



MARK HALLORAN

MUERTE PARA DOS

1ª EDICIÓN
FEBRERO-1957



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

© FRANCISCO BRUGUERA - 1967

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyección, 2. - Barcelona

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

313. — ¡Volad, insectos de plomo!

En Colección BUFALO:

21. — Rojo, color de sangre. 27. — Rastros humeantes. 61. — Ha llegado un hombre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

283. — Cuando la muerte ríe. 296. — Catástrofe en Ginebra. 299. — Con sudario de nylon. 303. Tumbas en Tampico. 307. — Sangre latina. 310. Ataúd para dos. 329. — Cha cha cha. 328. — Jugando a muertos.

En Colección CONGO:

4. — Los diamantes de Kwan.

MUERTE PARA DOS

MARK HALLORAN



CAPÍTULO PRIMERO

Todo empezó con una pregunta:

—¿Duermes ya?

—No.

—Corre la voz. Diles que estén preparados.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—La cadena está rota en el último eslabón. Han metido al novato entre Bill y Babe.

—Da igual. Bill actuará en cuanto nos vea.

—Okey.

—Dile a Mac que siga el plan previsto. No hay variación. Buenas noches.

—Conforme.

¡Mañana!

La palabra mágica, llena de esperanzas, había sonado. Saltó de celda en celda sin que ninguna voz humana la pronunciase, pero todos la oyeron. Aquella noche, en el odiado presidio de Folsom Hill, los seis condenados a cadena perpetua recluidos en el pasillo XII, trataron de contener sus nervios impacientes crispando los puños bajo las mantas. Eran hombres que habían roto para siempre con el mundo y que, ahora, veían de nuevo anudados los antiguos lazos con la libertad. Sus sueños se convertían en realidades. La palabra «mañana» significaba que saldrían con vida de aquella terrible mansión de muerte. Y había sonado.

En el reino de los desesperados entraba la esperanza. En las tinieblas se encendía una luz.

Sin embargo, el pasillo XII permanecía sumido en el mayor silencio. Ni una sola voz, ni tan siquiera un susurro, turbaron la angustiosa quietud de aquel lugar preñado de amenazas. En medio de la quietud y del silencio, como por arte de magia, el diálogo se

había producido, y de tal modo que nadie perdió una palabra de él. Misteriosamente, milagrosamente, la orden de alerta corrió.

¿Cómo fue?

Unos golpes rápidos y precisos en la pared medianera de las celdas, sólo audibles para quien tuviera la oreja pegada al cemento, habían bastado. ¿Código Morse? No. El sistema telegráfico de puntos y rayas resulta excesivamente complejo para los no iniciados; más aún cuando muchos de los no iniciados son criminales de obtusa mentalidad. Requiere práctica y memoria. Pero hay otro sistema más fácil y seguro, ideado por algún ingenio en la soledad de su celda, que cuántos han «veraneado» en Folsom Hill o en cualquier penitenciaría de los Estados Unidos conocen muy bien. Es lo que se llama el Cuadrado Mágico, grabado en la mente de los presidiarios con tanta fidelidad como el rostro de la última novia que se dejó en el exterior:

- A B C D E
- F G H I J
- K L M N O
- P Q R S T
- U V X Y Z

Su manejo se aprende en dos minutos, y bastan unos golpes discretos con los nudillos o el talón para utilizarlo. La primera serie de golpes indica la columna dónde está la letra que quiere transmitirse; la segunda serie expresa si se trata de la primera, segunda, tercera, cuarta o quinta letra. Cinco golpes seguidos de tres, por ejemplo, señalan quinta columna y tercera letra: La O; tres seguidos de cuatro, tercera columna y cuarta letra: la erre.

Por este método se habló aquella noche en el pasillo XII, como otras muchas, sin que el guardián apostado en el corredor oyera ni un simple bisbiseo. Todos los «inquilinos» eran veteranos, gente que manejaba el Cuadro Mágico tan bien como en otro tiempo la pistola. Más de unas vacaciones por cuenta del Estado les habían permitido practicar.

El cerebro del grupo y responsable del plan cuya próxima ejecución acababa de anunciarse era Lou Sexton, celda número 3. Lou era un producto quintaesenciado del hampa, cínico y astuto, pequeño, enclenque, que había sabido suplir su falta de facultades

físicas con un continuado entrenamiento de *Jiu-jitsu*, mucha habilidad con la pistola y una gran cantidad de inteligencia. Llevaba más de un mes madurando el proyecto, y aun entonces, en la hora crítica, le daba vueltas en el magín buscándole posibles fallos.

«Mañana habrá festival —se decía—, como todos los primeros domingos de mes».

Y se respondía a sí mismo:

«Si no llueve».

«No lloverá —afirmaba con seguridad de alucinado—. Al igual que el mes pasado, la vigilancia del patio pequeño se reducirá en cuatro guardianes, quienes irán a reforzar la del patio grande mientras dura el partido de pelota-base».

«¿Y si esta vez no fuera así?».

«Lo será. Y si no, ¿qué importa? ¿Qué significan cuatro guardianes más o menos? Siempre será mejor morir luchando que pasarse el resto de la vida entre muros. Pero, no. Nada de morir. ¡Nada! Los de fuera están preparados y actuarán de todos modos. No habrá dificultades».

El esfuerzo nervioso, la concentración mental, le hacían sudar. Sus ojos se abrían como platos en la penumbra, mientras los lejanos rumores de la ciudad llegaban como una tentación a sus oídos. Tenía la boca seca. No podía ni quería dormir. Sentía casi, físicamente cómo las horas caían en el saco del tiempo, lentas, interminables.

Agotado, se sumió de madrugada en una duermevela febril. Vio en sueños al guardián a quién a sangre fría mataría al día siguiente. Buen muchacho. Un simpático irlandés, siempre dispuesto a hacer favores. A cambio de unos dólares, naturalmente, pero su tarifa podía soportarse. Y su sonrisa también. Sería una pena borrar aquella sonrisa. Si en lugar de endosarse el uniforme se hubiera dedicado a cultivar patatas, nada malo le hubiese ocurrido. Era, una especie de ley natural que los irlandeses terminasen en «gangsters», o en policías.

La angustia de las horas, la sensación física del tiempo acompañó a Lou durante toda la mañana. Le temblaba todavía la mano cuando se llevaba a la boca las cucharadas de potaje del almuerzo. Luego, cuando en el descanso que seguía a la comida, oyó dar las tres; se resistió a creer en el testimonio de sus oídos. El

gran momento había llegado. En el patio grande sonaban ya los aullidos con que los presidiarios «caldeaban la atmósfera» para el partido de pelota-base.

Pasos en el corredor, tintineo de llaves, un *clic* metálico en la cerradura, anunciaron el crítico instante. Lou se volvió de cara a la puerta, y entre las rejas, vio al irlandés. Había ya abierto las otras celdas del pasillo XII. Los ocupantes de éstas formaban conforme al reglamento, en fila de a uno, marcando el paso perezosamente, pero sin avanzar. Lou devolvió al guardián su sonrisa y se les unió.

—¡De frente! ¡Mar!

El rítmico

ras-ras

de los zapatones resonó lúgubrementemente en la abovedada galería. Los diez reclusos se dirigían a la puerta del extremo del pasillo, a cada lado de la cual dos guardianes los contemplaban con la mano apoyada en el arma.

El primer hombre de la fila traspuso aquella puerta. Y el segundo. El tercero. El cuarto.

Lou, entonces, tosió fuerte.

Había medido el tiempo con absoluta precisión, y todo ocurrió después a velocidad vertiginosa. El hombre de la celda número 6, que se llamaba Phil, se lanzó como un gato contra el guardián situado a la derecha de la puerta. Mac, el número 5, contra el situado a la izquierda. Rodaron los cuatro por el suelo, pero apenas un par de segundos. Enseguida, los presidiarios que venían detrás se sumaron a la acción y terminaron con sus dos víctimas sin dejarles ni lanzar un grito de alarma.

A Lou le había tocado en suerte el irlandés. Fue sencillo: le desnucó de un único, terrible y habilísimo golpe.

Lo poco que se había oído, era un leve rumor de pataleo. Los movimientos de aquellos hombres estaban tan sincronizados, como si los hubieran ensayado previamente. Así, en perfecto silencio, los guardianes muertos fueron despojados de sus uniformes y encerrados en una celda. Los uniformes los vistieron Mac, Phil y Lou. Rápidamente, la fila se volvió a formar, aunque ahora custodiada por tres asesinos prestos a todo.

El primer patio, o patio pequeño, estaba vigilado arma al brazo por seis centinelas distribuidos a lo largo del muro. Junto a sus

garitas, estos centinelas lo dominaban totalmente. Sin embargo, también sus siluetas ofrecían un blanco perfecto, recortadas contra el cielo azul gris.

Apenas la fila salió al exterior, las metralletas de que se habían apoderado los penados escupieron plomo hacia lo alto de los muros. Dos de los centinelas, segados por las ráfagas, se doblaron sobre sí mismos mucho antes de haber adivinado siquiera lo que ocurría. Uno tras otro, cayeron al patio y produjeron un repugnante *plof* al estrellarse sobre el pavimento. Inmediatamente, dos reclusos corrieron por sus armas. No llegaron a ellas, porque los guardianes supervivientes habían ya empezado a reaccionar. Su violenta descarga hizo de los dos hombres sendos ovillos. Un tercer centinela emitió un chillido histérico. Estuvo asomando demasiado la cabeza. Ahora se oprimía la cara entre las manos y había cesado de disparar.

El tiroteo encontraba en las paredes del angosto recinto una resonancia increíble. Las armas de cuatro hombres rugían abajo. Arriba, las de tres. Los reclusos combatían con furia de endemoniados. Uno de ellos acababa de conquistar el rifle del más próximo de los guardianes muertos, y, en medio del patio, sin protección, visiblemente tocado, le daba al gatillo con el rostro contraído por el dolor, la desesperación y la rabia.

Los tres centinelas que quedaban vivos se refugiaron, al fin, en una garita. A su vez, los presos se guarecían en las esquinas, aprovechando dudosas zonas desenfiladas. El espeluznante ulular de las sirenas se puso a hender el aire como el aullido de un coyote gigantesco.

Era, evidentemente, una hazaña de locos, y, sin embargo, a Lou no se lo parecía así. Disparaba sin cesar, pero sin prisa, sin nervios, contra la garita del muro. Le protegía el hueco de una puerta. Y sus ojos llameaban de esperanza. Todo él plasmaba la actitud de quien, con fe ciega, aguarda un milagro. Ni un instante titubeó.

A juzgar por la dirección de su mirada, el milagro debía venir precisamente de la alta y recia pared de ladrillos que le encerraba como en una ratonera en el patio acribillado por las balas.

Luego, el milagro vino.

Una explosión enorme hizo temblar de pronto la construcción. El doble muro que circundaba el patio semejó derrumbarse bajo el

impacto de un puño de titán. Los cristales rotos del edificio cayeron destrozados entre polvo y cascotes. Un vasto boquete se abrió como un bostezo en la pared, y, al unísono, los presidiarios se lanzaron hacia él amparados por el humo del estallido.

En el exterior, proyectados contra la acera contraria, humeaban los restos de un viejo automóvil. Lou sabía perfectamente que lo vería allí. Sabía que sus cómplices lo habían cargado de TNT antes de dirigirlo hacia el muro. Lo sabía todo, pues no en vano era él quien, en rasgos generales, lo había proyectado. El coche ya no era sino un amasijo de hierros retorcidos, pero había realizado su obra.

Otros dos coches, que avanzaban velozmente por la calle, frenaron ante la brecha. Entre el aullido de las sirenas, la voz de Lou casi no se oía cuando gritó:

—¡Sálvese quien pueda! ¡Tomad cada uno un camino diferente!

El primero de los dos coches abrió sus portezuelas y Lou fue arrastrado a su interior por unos brazos vigorosos. Luego partió rugiendo calle adelante.

—Perfecto, muchachos —articuló el fugitivo, en cuanto hubo recobrado el aliento—. Este golpe lo recordará la historia. ¿Quién ha cuidado de la ejecución?

—¿Quién te parece? —replicó el hombre sentado a su lado, que era corpulento, velludo y de rostro tan anguloso que semejaba tallado con un hacha—. Sólo el jefe podía hacerlo a lo grande. Se necesitan mucho dinero y mucha cabeza para una cosa así.

—El jefe tiene el dinero, por supuesto —añadió Lou, significativamente.

El auto embocó una carretera con el motor a plena revolución. En cuestión de segundos, dejaron de oírse las sirenas. No se advertía barrunto ninguno de perseguidores. Estaban en pleno campo y el segundo coche había desaparecido.

—Bien, Lou —dijo el hombre de rostro anguloso, momentos después. Miraba al evadido detenidamente, con una media sonrisa—. Tengo un encargo para ti. De parte del jefe.

Lou se deleitaba contemplando el paisaje.

—¿Un encargo, Benny?

—Sí. Dice el jefe que mereces un premio por tu comportamiento de los últimos meses. Dice que te lo has ganado.

El entrecejo de Lou se arrugó.

—¿Bromeas?

—¡Qué va! No bromeo. Me ha encargado premiarte —el llamado Benny sacó súbitamente una pistola— ¡con una muerte rápida!

—Benny, ¿estás loco?

El hombre parecía contento.

—¿Loco? —repitió, sonriendo con deleite—. Claro que no estoy loco, ¿por qué?

—¡Guarda esa pistola!

—No, Lou. Lo siento. Lo que has hecho merece un procedimiento más refinado, pero el jefe es así.

Lou estaba pálido. Conocía a Benny y conocía al jefe. Su frente se había perlado de gotas de sudor.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Prometer por escrito al

F. B. I.,

que hablarías si te reducían convenientemente la condena. No has tenido paciencia, y eso se paga caro.

—¡Fue para ganar tiempo! ¡Fue precisamente cuando se me ocurrió el plan de fuga! ¡No pensaba decir una palabra!

Benny alzó sus enormes hombros.

—No te lo discuto, Lou. Sin embargo, el jefe lo sabe siempre todo, y siempre tiene razón.

Lou se dio cuenta de que su última hora había llegado. Sólo un nuevo milagro podía salvarle, pero se hallaba ya agotada la reserva de milagros. Por lo menos, de la clase de milagros necesarios cuando se está desarmado y se tiene ante las narices una pistola dispuesta a disparar.

Preguntó, roncamente:

—Entonces, ¿por qué me ha preparado la fuga? ¿Para matarme luego?

—Eso es, para matarte luego. Quiere estar seguro de que no hablarás. Una medida de prudencia.

—¡Pudo haberme hecho matar en el patio! —exclamó Lou, con desesperación—. ¡Eso hubiera sido lo decente, maldito canalla, cerdo asqueroso! ¡No hubiera salido vivo de allí si no llegáis a abrir el boquete!

Benny repitió:

—Una medida de prudencia.

Y sin ni asomo de clemencia, con la misma naturalidad que si respirase, apretó hasta cinco veces el gatillo.

A Lou le sobraron agujeros por dónde se le escapara la vida. Se quedó tieso, en mitad de una convulsión, ridículamente envarado dentro del uniforme de guardián, que le venía grande.

Benny sopló el humo del cañón de la pistola, y, plácidamente, volvió a cargar ésta. En cuanto hubo terminado comprobó los resultados de su trabajo. El evadido de Folssom Hill estaba tan muerto como un fósil.

—Afloja un poco —dijo Benny al conductor—. Lo echaré a la cuneta. Nos llenará el coche de sangre, si lo dejamos más rato aquí.

El cuerpo, un enorme pelele, salió despedido por la portezuela. Quedó con la cabeza incrustada en el fango de la carretera y una pierna —el pantalón azul risiblemente arremangado— asomando por detrás de unos juncos.

El conductor gruñó:

—Cuidado, idiota. Viene un coche. Han debido ver cómo lo tirabas.

—Estaremos en Los Ángeles antes de que se les haya pasado el susto —replicó Benny, riendo sordamente—. Dudo que la vista del fiambre les incite a seguirnos, ¿no crees tú? —Se guardó la pistola—. Servicio cumplido... ¡Zumba, muchacho!

Y se puso a silbar.

Pero los ocupantes del coche anunciado por el conductor no necesitaban seguirles, ni tampoco detenerse a examinar el cadáver. Eran un granjero y su esposa, ambos dotados de buena vista y de sentido común. Cuando advirtieron que el cuerpo de un hombre vestido de azul era arrojado del automóvil que los precedía, anotaron el número de la placa de éste. Momentos después, desde el primer teléfono que hallaron en su camino, denunciaron el hecho a la policía.

Su denuncia fue la primera pista de aquel caso. La segunda fue el propio cuerpo del criminal, ataviado como los guardianes de la penitenciaría de Folssom Hill. Ambas parecían claras.

Todos los patrulleros de servicio en California meridional escucharon por radio la orden:

»—Detengan “Sedan” negro, matrícula de Los Ángeles XH
25 32.

Va ocupado por fugados de Folsom Hill. Se dirigen al interior por la Ruta 53... ¡Atención, patrullas! Detengan “Sedan” negro...». Así empezó todo.

CAPÍTULO II

La puerta del despacho del capitán Sanders se abrió y dio paso a Dick Roman.

—¿Me llamaba, capitán?

—Siéntese. Tengo un trabajo interesante para usted.

Dick Roman se sentó sin demostrar expectación de ninguna clase.

—Usted suele llamar interesante a un trabajo cuando consiste en rastrear vampiresas de vía estrecha. ¿Es eso?

—No se preocupe. Esta vez la mujer está más muerta que mi abuela, la de Minnesota.

Dick emitió una risita de circunstancias. A Sanders le gustaba pasar por gracioso, y nada costaba darle gusto.

Era un hombre, Sanders, de apariencia chabacana y vulgar, algo grueso, amigo de los chistes ruidosos y de la cerveza, pero detrás de este disfraz abrumador, escondía una inteligencia privilegiada. Roman, en cambio, era mucho más joven y mucho más atractivo. Su aspecto denotaba fuerza, ímpetu, agresividad. La mayoría de las mujeres que se cruzaban con él, le miraban dos veces. Medía un metro ochenta y cinco y estaba dotado de unas enérgicas y regulares facciones donde chispeaban dos ojos penetrantes, agudos, de color gris verdoso, que formaban un raro contraste con su cabello castaño oscuro y su tez morena, casi cobriza.

Dick Roman era el agente de confianza de Sanders. Ambos trabajaban juntos a la perfección, engranados en la gran máquina del

F. B. I.

El capitán dijo:

—Eche una mirada al legajo de la fuga de Folsom Hill. — Empujó una carpeta a través de la mesa—. Ojo con los detalles. Luego hablaremos.

El agente le lanzó una rápida mirada y enseguida se sumió en la lectura. Sanders, por su parte, desplegó sobre la mesa una hoja de papel y comenzó a trazar en ella extraños dibujos.

A los pocos instantes, zumbó el interfono.

—¿Qué ocurre?

—El hombre de la Metropolitana a quién usted mandó llamar, está aquí —anunció una voz femenina—. ¿Le hago pasar?

—Que espere. Yo avisaré.

—Okey...

Sanders volvió a sus dibujos, empleando en ellos lápices de diferentes colores. Cinco minutos. Diez. Dick Roman leía con el entrecejo fruncido.

—Visto —dijo, al fin—. No parece gran cosa.

—¿A eso se reduce su opinión?

—A eso y a pensar que la policía de California no se distinguió por su eficacia. Si el hecho se hubiera producido aquí, en Nueva York, tendríamos a todos los pollos en la jaula.

—Valiente hazaña —replicó, decepcionado, el capitán—. ¿Y qué habríamos ganado con ello?

—No le entiendo.

—Eso es lo malo, que no me entiende. Debió haber leído el legajo con verdadera atención.

Dick Roman hizo una mueca.

—El mío es solamente un cerebro vulgar. Sirve para poco más que resolver crucigramas.

—¿No ha observado nada anormal en esa fuga de Folssom Hill?

Roman guardó un instante de silencio.

—Toda ella es anormal, creo yo.

—Toda ella —asintió Sanders—, pero muy especialmente la circunstancia de haber volado medio presidio para rescatar a un preso, y, en cambio, apiolar a este pocos minutos después.

—Pudo recibir una herida grave en la refriega. Se librarían del cadáver para no comprometerse.

Sanders señaló el legajo.

—Entre esos papeles está el informe médico de la autopsia de Lou Sexton. ¿Es que no se ha tomado la molestia de leerlo, Roman?

—Sí.

—El informe dice que Sexton murió a consecuencia de cinco

heridas de bala. Los proyectiles fueron disparados por la misma arma y a quemarropa. Le mataron, pues, dentro del automóvil que aparentemente le conducía hacia la libertad. Se trata de un asesinato, aunque montado con más aparato que una revista musical de Broadway.

—¿Y para qué?

—Sexton había ofrecido al

F. B. I.,

declarar acerca de un puñado de asuntos poco claros si se le reducía convenientemente la condena. Su oferta estaba en estudio cuando se fugó.

—Ya veo —murmuró Roman—. Mucho y muy gordo sería lo que tenía que decir cuando se tomaron tanto trabajo para cerrarle la boca.

—Mucho, muy gordo y muy peligroso para alguien que está situado muy arriba, en efecto. —Sanders sonrió como un tendero que ve entrar a un buen cliente—. Pero ahora viene la segunda parte. Uno de los ocupantes del «Sedan» negro ha sido seguido a través de toda la nación por uno de nuestros agentes. Se llama Benny Wetzel. Es una criatura de casi dos metros de estatura, ciento y pico de kilos de músculos, dueño de una ligereza en el manejo de la pistola que para mí quisiera yo. Wetzel eliminó anteayer aquí en Nueva York, al hombre encargado de vigilarle, y se le fue de las mismas narices a un guardia que acudió al tiroteo. A continuación, en un apartamento, asesinó a una mujer. Todo fue aproximadamente simultáneo. Ignoramos quién era realmente la mujer, pues sus papeles sólo han revelado su nombre y también ha desaparecido una muchacha que vivía con ella.

—Y Benny Wetzel —apuntó Roman.

—Por supuesto, también Wetzel. La operación, si la relacionamos con el escándalo de Folsom Hill, se asemeja de modo extraordinario a una eliminación de testigos molestos. Es seguro que Benny Wetzel no ha atravesado el país en viaje de turismo, que no se encuentra en Nueva York para admirar el panorama desde lo alto del Empire State Building y que no ha matado a esa mujer por casualidad. Alguien, no sé quién, tiene mucho miedo a que se hable mal de él estos días.

—¿El propio Benny Wetzel?

—No. Wetzel es solamente un ejecutor, un asesino a sueldo. — Sanders accionó el conmutador del interfono y añadió—: Haga pasar a ese hombre. —Luego se volvió nuevamente a Roman—. Su trabajo empieza con la declaración que va a escuchar. El hombre que aguarda ahí fuera es el agente que acudió al oír los disparos que mataron al teniente Parker.

Se abrió la puerta y entró un guardia que tenía la cara fatigada de un padre de familia numerosa. Sanders le señaló un asiento sin apenas mirarle, y dijo:

—He leído su declaración, pero necesito algunos detalles complementarios. ¿Quiere repetir la historia otra vez?

El guardia manoseó su gorra. Parecía fastidiado.

—Mi día libre es el domingo —declaró, con voz monótona—. El pasado, anteayer, fui a visitar a un compañero que vive en los Apartamentos Brown y festejaba el nacimiento de su primer hijo. Él había salido a comprar unas cervezas cuando sonaron los disparos. Fueron dos. Yo no iba armado, pero cogí su pistola y corrí al pasillo, empuñándola. Varias puertas se habían abierto ya. Unos metros más allá, vi a un hombre tendido en el suelo, mientras que otro, muy corpulento, que tenía una pistola en la mano, registraba sus ropas.

—¿Vio bien a ese segundo hombre?

—Sí, señor, muy bien. Era todo un tipo. Si no medía dos metros, poco debía faltarle.

—¿Qué hizo usted, entonces?

—Le di el alto. Pero él me mostró una credencial del

F. B. I.,

diciendo: «Soy el teniente Parker. Quédese junto al cadáver. Necesito telefonear». Luego se dirigió hacia el fondo del pasillo, hacia la puerta de un apartamento desde donde una muchacha rubia nos miraba con cara de susto. —El guardia calló un momento, se pasó la lengua por los labios e inició humildemente, en tono de disculpa, la parte más penosa del relato—. Al principio, cuando el sujeto pidió permiso a la chica para usar el teléfono y entró con ella en la habitación, e incluso cuando cerró la puerta a su espalda, no sospeché. Pero inmediatamente, antes de que yo reflexionase, sonaron dos disparos más. Me precipité a la puerta del apartamento. Le habían echado el cerrojo por el interior, de modo que hube de forzarla. Perdí un tiempo precioso. Cuando logré entrar, el hombre

había desaparecido por la escalera de incendios y la muchacha estaba tumbada allí en medio con dos balazos en la cabeza. Su... su cara... era una máscara de sangre roja. Nada más.

Sanders miró a Roman y aclaró:

—El muerto del pasillo era, naturalmente, el verdadero teniente Parker. Su asesino le arrebató la credencial después de tumbarle y con ella engañó a todos. Hacemos frente a un individuo más inteligente de lo que su presencia física induce a esperar.

—Conocí a un profesor de filosofía que era, además, campeón de gimnasia —comentó Roman, a media voz.

El capitán preguntó al guardia:

—El apartamento de esa muchacha, ¿estaba lejos del lugar donde cayó el teniente?

—Lejos, no. Pero tampoco inmediato.

—¿Había otra gente asomada a las puertas?

—Sí, cinco o seis personas.

—¿Más cerca del cadáver?

—Sí.

—¿No le sorprendió que el presunto agente federal no eligiera para telefonar el apartamento más próximo?

—Lo noté, pero pensé que lo hacía por la muchacha. Ella era joven y bonita y llevaba puesto... Bueno, de esas cosas transparentes. Hay quién procura siempre cumplir con su deber del modo más agradable posible. Usted me entiende, señor.

Sanders no dijo si le entendía o no. Preguntó:

—Pero ¿fue casual que el hombre entrara en aquel apartamento? ¿No advirtió si él y la muchacha se conocían?

Los ojos del guardia reflejaron desconcierto. Se restregó nerviosamente el mentón.

—Pues, no. Creo que no se conocían. Pero... lo que hablaron... fue raro. Él dijo: «Permítame telefonar». Y ella: «¿Es usted quien ha llamado a la puerta?».

Sanders se inclinó hacia adelante.

—¿La muchacha le preguntó si era él quien había llamado a la puerta?

—Sí.

—¿Qué más?

—Nada. Entraron en el apartamento y el resto no lo oí.

Hubo un silencio.

—Bien, muchas gracias —dijo el capitán—. Tenemos bastante por ahora. Le llamaremos si necesitamos de usted.

El guardia se despidió con un suspiro de alivio.

Sanders miraba fijamente a Dick Roman.

—¿Prestaba usted atención, o ha estado en la luna? —inquirió.

—A medias.

—Parece evidente que Wetzel no mató a la mujer por azar, sino que tal era su verdadero propósito. Quiero decir que no la mató para escapar con más facilidad, pues aturdira de un golpe le hubiera bastado. Quiero decir que visitó los Apartamentos Brown en su busca. El teniente Parker le estaba siguiendo y debió de ponerse en evidencia o cometer alguna imprudencia cuando ya él había llamado a la puerta de la muchacha. Esto es lo que significa la pregunta de ella, que el guardia oyó. Por tanto, Benny Wetzel vino de California con objeto de cometer ese crimen. Quién se lo ordenó y qué cosas sabía la chica que hacían necesario cerrarle la boca para siempre, eso es ya algo que ignoro.

Roman sacudió la cabeza.

—Ha sido una locura no detener antes a Wetzel.

—Nada de locura. Benny Wetzel era el único hilo que podía conducirnos al corazón del ovillo. Ningún otro personaje conocido figuraba en el caso de Folssom Hill. Solamente él podía llevarnos hasta quien lo organizó, y el riesgo valía la pena.

—A usted le obsesiona la idea de pescar un pez gordo, pero ¿y si el pez gordo no existe? ¿Si ha sido todo un tejemaneje de peces pequeños?

Sanders descartó la hipótesis con un enérgico ademán. A título de respuesta, levantó la hoja de papel en que había estado dibujando y la mostró a su subordinado. Había en ella tres circunferencias concéntricas. La mayor era azul. Las dos restantes, rojas. En su centro aparecía un interrogante. De la menor de las tres, partían unas rayas verdes que terminaban en otros tantos nombres escritos en negro.

—Azul —explicó el capitán—: Circunferencia de víctimas, dónde están Lou Sexton y la joven de los Apartamentos Brown, ambos relacionados directamente con el interrogante que simboliza al personaje central del asunto, y a causa de ello, asesinados, otro

personaje conocido: Benny Wetzel. Está en el círculo rojo más próximo al jefe, vive y sabe muchas cosas que nos interesan...

—Déjese de líos —suplicó Roman—. Háblense claro: ¿cuál es mi trabajo?

—La mujer. ¿No son las mujeres su especialidad?

—Diga que son la especialidad que usted me ha asignado gratuitamente.

—Conforme. Ésta se llamaba Doris Lane. Vivía en compañía de otra llamada Connie Ball. Trabajaban juntas en «Puerto Rico», una cafetería de la calle Cuarenta.

—Más datos.

—No los hay. Hemos tomado las huellas dactilares del cadáver de Doris y comprobado que no estaba fichada. Su pasado se desconoce, por ahora, y otro tanto ocurre con Connie Ball. Ésta llegó a los Apartamentos Brown como una hora después del doble asesinato y en la portería se enteró de lo que había ocurrido. Sin ni siquiera subir, se largó. Ha desaparecido completamente.

—¿Ordenes?

—Busque a Connie Ball.

—¿Pasando Nueva York por un cedazo?

Sanders sonrió. Abrió el cajón superior de su mesa y sacó una fotografía tamaño seis por nueve.

—Ésta es. Le bastará para empezar.

Dick Roman abandonó el despacho de su jefe con la fotografía en la mano. Su expresión era más bien lúgubre. «Otra mujer», dijo, casi en voz alta. Por alguna razón no demasiado convincente, o acaso por un mero capricho de Sanders, sus tareas se habían concretado desde hacía tiempo en perseguir mujeres. Unas fueron pobres infelices, otras auténticas tigresas, pero todas le ocasionaron excesivas preocupaciones de muy diversa índole.

Miro la foto. Connie Ball no aparentaba ser una tigresa, ni tampoco exactamente una infeliz; pero él ya no se fiaba ni de una sombra femenina. ¿Quién podía explicarle lo que ocultaba la sonrisa que en el rectángulo de cartulina parecía tan inocente y natural? ¿O había de creer que no ocultaba nada?

Entonces, ¿por qué huyó Connie Ball? ¿Y por qué había matado Benny Wetzel a su vecina de apartamento?

La foto denotaba larga práctica en quien la hizo, quizá la

práctica de un profesional, pues era una pequeña obra de arte. Connie asomaba la cabeza por la ventanilla de un automóvil y la apoyaba graciosamente en sus antebrazos, sonriendo con picardía. Era una muchacha preciosa, de cabellos cortos y ojos claros. La instantánea la mostraba en plena juventud, y a juzgar por las características del coche, fue tornada hacía pocos años, probablemente en 1953.

«En tres años —dijo Roman para sí—. Apenas habrá cambiado nada. Sería una delicia verla, y, especialmente, verla sonriendo de ese modo. He de encontrarla. La encontraré».

Volvió la cartulina y examinó el dorso. Suspiró. Había un sello borroso, pero legible, que rezaba:

LLEWELLYN STUDIO
N — 0998

Era un buen dato. Un dato que había de llevarle, no sobre el rastro de una mujer muerta, sino en pos de una mujer viva, y, además, hermosa.

Consultó su reloj, porque sentía hambre. No le sorprendió que la hora de almorzar casi hubiera pasado, pensativo, fue hacia su coche, se sentó al volante y lo puso en marcha. Se incorporó a la corriente del tránsito en dirección a la calle Cuarenta.

En la calle Cuarenta había una cafetería llamada «Puerto Rico». En aquellos momentos era, para almorzar y para otras cosas, el establecimiento de la ciudad que más le convenía.

Se hallaba en la barra de «Puerto Rico», comiendo un «sándwich» de lechuga y tomate, cuando preguntó a la camarera que le había servido:

—¿Conoce usted a Connie Ball?

—Es el quinto hombre en dos días que me pregunta por ella. ¿Qué tiene Connie que no tenga yo?

—Tiene una amiga asesinada —dijo Roman, fríamente—. De lo demás, está usted bien surtida, paloma.

La camarera emitió una risita.

—Eso creía yo. Puede que algún día organice un crimen en mi apartamento, a ver qué pasa. ¿Qué es usted? ¿Un periodista? ¿Un detective?

—Un pelmazo. ¿Conoce o no conoce a Connie?

—Claro que sí. Trabaja conmigo en este turno.

—No la veo.

—No, ahora no. Falta desde anteayer, desde lo de la pobre Doris. Por cierto que si no viene mañana, el puesto le volará. Se lo he oído decir al jefe. Convendría que alguien la avisara.

—¿Dónde está?

—Eso nadie lo sabe.

Lo que nadie sabía, así respecto a Connie como a la difunta Doris Lane, parecía ser casi todo. Mientras engullía plácidamente su almuerzo, Dick Roman prosiguió su interrogatorio e incluyó en el a otras dos camareras y al gerente. La policía metropolitana los había trabajado ya. No obtuvo nada que valiese un centavo, excepto convertirse en víctima del coqueteo de la primera de las muchachas. Fue saliva gastada en balde.

Antes de marcharse consultó la guía telefónica. El «Llewellyn Studio» existía. Estaba en el 970 de la calle Veintitrés Oeste.

Por el camino miró como seis o siete veces la foto que el capitán Sanders le había dado. Notó que su interés por Connie Ball crecía de una manera extraña, y, en cierto sentido, peligrosa. Saber quién era exactamente y dónde paraba la muchacha de la enigmática sonrisa, se había convertido para él en una necesidad. Aquella boca picaresca, aquellos claros y burlones ojos le atraían, pese a sí mismo.

«Cuidado, Dick —se aconsejó—. No vuelvas a las andadas. Ella no es una mujer, sino la incógnita de un problema, o la salida de un laberinto. Cuidado, no la mires más».

Pero la miró de nuevo antes de detener el coche en la calle Veintitrés, a la puerta de un modesto comercio de artículos fotográficos que un rótulo rojo y blanco anunciaba como «Llewellyn Studio».

Le atendió primero un joven dependiente judío. Luego, el dueño. El señor Llewellyn era obeso y disimulaba su calvicie con el cabello peinado de través. Llevaba en la mano derecha un anillo con una piedra enorme, pero falsa.

—Soy agente federal —declaró Dick, exhibiendo su credencial—. Quiero saber quién hizo esta foto.

Llewellyn inspeccionó anverso y reverso de la cartulina.

—Por el número que figura al dorso —explicó— podré indicarle, a lo sumo, el nombre que se me dejó como contraseña. Pero no se haga muchas ilusiones, porque no siempre es así. En cuanto a la dirección, a no ser que el encargo fuese servido a domicilio, no estará.

—Pruebe —replicó Roman.

El gordo le condujo a la trastienda y sacó de una estantería un archivador que llevaba en el lomo la fecha de 1953. Comenzó a hojearlo. Se detuvo en una página y siguió con el dedo la columna de números. La piedra de su anillo lanzaba relámpagos al reflejar la luz.

—Aquí está. —Llewellyn tuvo un ligero sobresalto—. No le conozco. Es uno de los que... no dieron sus señas...

El agente le miró con recelo. Cogió el archivador. En efecto, junto al número 0998 figuraba solamente el apellido Kitchener. No había dirección, pero sí una fecha: 15 de octubre de 1953.

Con sencillez, como quien cumple un trámite, Roman pidió:

—Deme el libro de matrices de las facturas de octubre del 53.

Llewellyn se pasó la lengua por los labios.

—Es que... no las guardamos tan antiguas. Se destruyen.

—¿De veras? Tenía entendido que la Ley obliga a conservarlas durante cinco años —el

G-man

no ponía amenaza ni reconvención en su tono, pero, de pronto, se inclinó hacia un timbre que había en la mesa y lo hizo sonar—. Kitchener —agregó— es un apellido lleno de posibilidades.

El dependiente acudió con una sonrisa solícita.

—¿Llamaban?

—El señor Llewellyn desea las matrices de facturación de octubre del 53 —dijo Roman, antes de que el gordo pronunciase una palabra.

Cinco minutos después, Llewellyn estaba rojo como una amapola, y el agente federal anotaba en su cuaderno las señas de J. Kitchener

según constaban en una de las páginas del libro de matrices. Las señas correspondían a aquella misma calle, número 956.

—Es mala táctica mentirle a la policía —manifestó tranquilamente Roman, cuando hubo terminado—. Suele conducir a

la cárcel.

El gordo masculló:

—Mi intención era buena.

—Lo dudo.

—Le digo que sí. Jerry Kitchener es buen amigo mío... un vecino... un cliente regular...

—¿Y qué?

—Me disgustaría causarle perjuicio.

—¿Acaso sabe que haya cometido alguna fea acción?

—¡No!

—¿Entonces?

—¡Muy bien, llámelo lealtad mal entendida! ¡Allá usted y allá él, mil diablos!

Dick Roman señaló el teléfono, golpeándolo con el índice.

—Cuidado con avisarle, Llewellyn. Nos volveremos a ver.

Giró sobre sus talones y abandonó el establecimiento.

CAPÍTULO III

Jerry J. Kitchener era, si la tarjeta fijada en su puerta no mentía, fotógrafo de Prensa. Estaba en camiseta cuando abrió a Roman. A juzgar por una serie de signos muy patentes, la visita había interrumpido su mejor sueño.

El

G-man

le examinó con interés. Debía de tener unos veintiséis años y parecía simpático, una persona llana y agradable. Su cabello rubio, lacio y despeinado, le caía hasta el comienzo de la nariz.

—¿Qué desea?

—Hablar con usted.

—¿De qué?

—De fotografía, naturalmente.

Roman hizo ademán de pasar, pero el joven le detuvo.

—Poco a poco.

—Soy del

F. B. I.,

—el agente exhibió una vez más la credencial—. ¿Puedo pasar ahora?

—Qué remedio —dijo, burlonamente, Kitchener—. Pero es demasiado tarde, se lo advierto. No encontrará el cadáver: acabo de descuartizarlo y tirarlo al mar. Y si es lo de las fotografías del último modelo de reactor atómico, esta misma mañana las llevé a la embajada soviética. He eliminado el cuerpo del delito.

Roman sonrió a medias.

—Puedo acusarle de falsario.

Entró en una habitación donde muebles, trabajos fotográficos y prendas de vestir aparecían en confusión caótica.

—¿Quiere echar un trago? —preguntó Kitchener.

—No, gracias —el agente sacó el retrato de Connie Ball—.

¿Conoce a esta chica?

El rostro del fotógrafo no mudó de expresión.

—No recuerdo.

—La foto la hizo usted.

—Pueda ser. Retrata uno a tantas mujeres a quienes no vuelve a ver jamás... ¿Cómo cuerno sabe que la foto es mía? No veo mi firma por ninguna parte.

—Consta su nombre en el registro del laboratorio donde la revelaron. Su amigo Llewellyn no es lo bastante reservado para mí.

—Oh, un detective de heroicas y brillantes cualidades. — Kitchener miró al

G-man

a los ojos—. Esa foto debí tomarla hace mucho tiempo, cuando no tenía aún laboratorio propio. Entonces trabajaba como ambulante en Central Park.

Roman sabía que el hombre estaba mintiendo, pero también, que por aquel camino jamás llegaría a la meta. Kitchener tenía respuesta para todo. Y sin embargo, fue el propio fotógrafo quien le brindó la ocasión de averiguar la verdad.

—¿Qué ha hecho la muchacha? —preguntó, mientras encendía un cigarrillo—. ¿Robar las joyas de la familia y fugarse con el novio? ¿De qué se le acusa?

—Se estrelló con su coche cerca de Miami —improvisó Roman—. No ha sido identificada todavía. La única pista para lograrlo es esta fotografía que la policía encontró en su bolso. Cuando, después de una serie de pesquisas, se ha averiguado que el «Llewellyn Studio» era un laboratorio de Nueva York, la foto nos ha sido remitida para que nos ocupemos nosotros de la tarea.

La sonrisa de Kitchener se había helado al tiempo que el agente federal hablaba.

—¿Ha... muerto?

—Sí.

—Cáscaras.

—¿Qué le pasa? ¿Es o no una desconocida?

—Bueno... verá... creí que la pobre, estaba metida en algún embrollo y traté de disimular. Es natural entre amigos, ¿no cree?

—No, no lo creo. De todos modos, la chica ha muerto. ¿Qué sabe usted de ella?

La historia del accidente no tenía base y se derrumbaría a poco que Kitchener se parase a reflexionar. Pero no se paró.

—Se llamaba Arabella Taylor —dijo.

Roman enarcó las cejas. ¿Arabella Taylor o Connie Ball? Escrutó el rostro del joven. Reflejaba un sentimiento sincero. Kitchener no mentía. Pero. ¿Arabella Taylor o Connie Ball?

—Hace dos años que no la he visto —prosiguió el fotógrafo—. Se marchó de Pelhamville a raíz de la muerte de su padre. No tenía en el mundo a nadie más, fue un golpe, muy fuerte para ella. Algo penoso.

—¿La conocía bien? ¿Está seguro de no equivocarse?

—Completamente seguro. Yo nací y me crié también en Pelhamville, y fui íntimo amigo de Arabella. Asistimos juntos a la escuela. Los Taylor eran una familia muy significada. Josiah Taylor, el padre, era fiscal de nuestro distrito cuando murió. De aquí... de aquí vino todo...

—¿Qué vino? —inquirió Roman, rápidamente.

—Arabella dijo desde el primer instante que a su padre lo habían asesinado. No había de ello ninguna evidencia, y la gente lo tomó como una fantasía de la muchacha, quien, a decir verdad, tenía los nervios desquiciados por lo ocurrido. Arabella, entonces, se marchó. Desapareció sin prácticamente despedirse de nadie, y en Pelhamville no se supo de ella nada más.

—¿Cómo murió su padre?

—Su automóvil se despeñó y se incendió. Al pobre fiscal lo encontraron carbonizado.

—¿Por qué afirmaba Arabella que fue un asesinato?

—Nunca dio razones concretas. Decía que su padre había descubierto un foco de inmundicia en la ciudad, que personas muy importantes estaban complicadas y que se había tramado una conspiración para suprimirle...

—¿Pudo ser verdad?

—No lo sé. Para mí, Pelhamville era el lugar más tranquilo y honesto del mundo.

—Comprendo. Las acusaciones de la chica debieron de sonar a manía persecutoria, y quizá lo eran.

—Exactamente.

«Quizá lo eran», se repitió Dick Roman a sí mismo. La conducta

de la joven aparecía muy clara. Interpretó la muerte de su padre como un asesinato y abandonó su ciudad natal huyendo de unos imaginarios enemigos; se ocultó en Nueva York y vivió tres años bajo un nombre falso; y cuando el azar quiso que la muerte volviera a rondarla en forma de un asesinato verdadero, había huido por segunda vez. Ahora habría adoptado un nuevo nombre y permanecería oculta hasta haber vencido su crisis de terror. Era una pena que la compañera de cuarto de Doris Lane fuese una persona así. De no haber perdido la serenidad, de no haber escapado, quizá el extraño y doble crimen de los Apartamentos Brown se habría, a través de ella, aclarado muy pronto.

¿Dónde estaría en aquel momento? Si disponía de dinero suficiente, en México, en el Canadá, en cualquier parte; si no, en algún hotel miserable de los barrios extremos. No habría ahorrado mucho trabajando en una cafetería.

—¿Sabe si Arabella llevaba dinero consigo, cuando abandonó Pelhamville?

Kitchener hizo un gesto desdeñoso.

—Bah, alguna miseria. Su padre era un servidor de la justicia, no un propietario ni un comerciante. Vivían en una casa alquilada. Si dejó ahorros al morir, apenas bastarían para pagarle el entierro.

—¿Los muebles eran propios?

—Los muebles sí. Arabella los vendió a los pocos días del accidente y se mudó al hotel. Tenía un empleo en los Almacenes Siglo XX, nada de particular.

El

G-man

contempló nuevamente la foto. Aquellos ojos y aquella sonrisa, ¿correspondían a una mente desquiciada? ¿Qué misterio había en la personalidad de Arabella Taylor, alias Connie Ball? ¿O no había ninguno? ¿No sería que él estaba, una vez más, comportándose como un sentimental idiota? ¿No sería que veía en el retrato de la muchacha cosas que en la muchacha verdadera no existieron jamás?

Era Doris Lane, la mujer asesinada por Benny Wetzel, quien importaba, no aquella insignificante criatura, a fin de cuentas simple camarera de una cafetería de baratillo. Si su chifladura la había inducido a esconderse, nada quedaba por hacer. Roman no

sabía contender con chiflados. Era un policía, no un loquero.

Se despidió de Kitchener.

—Soy solamente un pobre diablo —dijo éste—, pero no puedo tolerar que Arabella haya muerto sola como una rata y sea arrojada a la fosa común. Le ruego que avise a Miami de que yo me hago cargo de todo para que tenga una tumba decente.

—Creo que no será necesario, pero hablaré con nuestra oficina en Miami, de todos modos.

—Gracias —el fotógrafo estaba sombrío—. Qué cosa, ¿verdad?, padre e hija muertos del mismo modo, sentados al volante de un automóvil. Yo apreciaba a Arabella. Llegué a quererla como a una hermana.

A Roman le remordía la conciencia por haber mentido.

—No lo tome tan a pecho —palmeó el brazo del joven—. Adiós, Kitchener, y muy agradecido a su colaboración.

Tenía prisa por hablar con Sanders, exponerle el caso y solicitar su opinión, seguro de que el capitán sabría sacarle del mar de confusiones en que se debatía ahora.

Cuando llegó al despacho de su jefe, empero, encontró a la secretaria retocando cuidadosamente el esmalte de sus uñas y leyendo a la vez una revista que mantenía apoyada en la máquina de escribir. El síntoma era claro de que Sanders se hallaba ausente.

Preguntó:

—¿A dónde fue el capitán?

—Ni idea —la secretaria ahogó un bostezo—. ¿Cómo sabe que ha salido?

—Adivínelo, preciosa.

Roman entró en la oficina privada, conectó el dictáfono y grabó su informe en menos de cinco minutos. Se marchó sin esperar. Había indicado a Sanders la posible conveniencia de investigar en Pelhamville la muerte del fiscal Taylor, pero se daba cuenta de que esto no podía tener relación alguna con los sucesos de la penitenciaría de Folssom Hill, el asesinato de Lou Sexton o los de Doris Lane y el teniente Parker. El capitán decidiría qué era lo que más convenía hacer.

Por su parte, él volvió a «Puerto Rico». Había calculado que la camarera «bien surtida» con quien hablara antes, estaba en condiciones de ayudarle aún.

La muchacha le reconoció inmediatamente.

—¿En qué puedo servirle ahora? —preguntó, jugueteando con los extremos de su delantal—. ¿Ha digerido ya el almuerzo?

—Puede servirme una taza de café —repuso el

G-man

amablemente—. Será el principio.

—¿De qué?

—Ya veremos.

Ella le sirvió el café. Roman, cuando tuvo la taza delante, añadió:

—Connie me preocupa. No ha vuelto a su departamento ni dado la menor señal de vida.

—¿No sospechará... que ella tuvo participación en esos horribles crímenes? —La joven entornó los párpados—. ¿Qué me dijo antes que era usted? ¿Un policía?

—Un pelmazo. —Roman titubeó—. ¿Quiere saber la verdad?

—Venga.

—Me llamo Richard Ball, Dick para los amigos. Soy hermano de Connie. Me enteré por los periódicos del apuro que pasaba y vine inmediatamente a Nueva York. Temo que haya huido aterrada y necesite apoyo. Quiero encontrarla a toda costa, ¿entiende usted?

La camarera se emocionó.

—Por Dios, ¿cómo no lo dijo antes? Yo me llamo Jane Haydn. No sé en qué puedo ayudarles, pero, si está en mi mano, lo haré.

—¿Su turno acaba pronto?

—Un par de horas.

—¿Está libre para la cena?

—Sí.

—Cenemos juntos, ¿quiere?

—¡Oh, encantada!

—¿De veras no tiene compromiso?

La muchacha adoptó una expresión aprendida, en las películas de Kim Novak.

—Si lo tuviera lo dejaría.

Roman, sonriendo, le dio un suave pellizco en la mejilla.

—Volveré por usted dentro de dos horas.

Volvió. Encontró a Jane Haydn pintada con los colores de la guerra. El efecto era de lo más cinematográfico. La forma y

dimensiones de su blusa de punto y el contoneo de sus caderas lo eran también.

—¿Qué rumbo, almirante? —preguntó.

El

G-man

empezó a descubrir cualidades en ella.

—¿Salió usted alguna vez con Doris y Connie?

—¿A qué viene eso?

—Se me ha ocurrido que quizá algún conocido de mi hermana podría indicarme su paradero. Yo llevaba sin verla más de tres años, e ignoro cuál era su vida aquí.

—Bueno —sé resignó Jane—, lo prometido es deuda. Iremos al «Calypso Club». Me había hecho ilusiones de que usted me llevaría por lo menos al «Morocco», pero eran ilusiones nada más.

—El «Calypso Club» será el principio —dijo él, en el mismo tono que antes.

Y la muchacha rió.

Luego, sentada en el interior del coche, le pidió un cigarrillo.

—No crea que va a conseguir mucho con sus pesquisas —declaró—. Connie apenas se relacionaba con nadie... Es decir, usted conoce su carácter mejor que yo. A veces íbamos a cenar o a bailar juntas, pero no se prodigaba. En cuanto a los hombres, una sonrisa y un baile para uno, un baile y una sonrisa para otro, y hala, adiós. Quien más la trató fue un italiano que se llama Bruno Nazzi. Solía aparecer por la cafetería y regularmente se le encontraba en el «Calypso», donde les vi charlar algunos ratos. Por eso le llevo a usted allí. Bruno parecía un poco mordido por Connie, ¿sabe? Claro que una no puede hacerles a los italianos mucho caso...

El

G-man

conducía a medio gas.

—Ahora es usted quien determina el rumbo —recordó.

—Oh, sí, siga hacia el Bowery. Ya le avisaré.

El «Calypso Club» era casi exactamente como Dick Roman lo había imaginado: una decoración pasada de moda, cocina al gusto italiano, músicos de color y un público compuesto por mitad de empleados de comercio y personajes ambiguos en cuya actividades profesionales convenía no profundizar.

El

G-man

y la muchacha llevaban media hora sentados a una mesa y estaban liquidando su ración de espaguetis cuando un hombre moreno, de ojos negros, vivos y brillantes, muy bien parecido, se les acercó. Hizo a Dick una ligera inclinación de cabeza, como excusándose, y preguntó a Jane:

—¿Vendrá Connie?

Ella se volvió a su compañero.

—Es Bruno Nazzi —explicó. Y añadió para el italiano—: Éste es el hermano de Connie, y precisamente anda buscándola. No la hemos visto desde anteayer.

Bruno no movió un músculo de la cara, pero el súbito chisporroteo de sus pupilas no le pasó inadvertido al agente federal.

—¿No ha ido a trabajar?

—No.

—¿No está en su casa?

—No, Bruno, no está. Ha desaparecido desde que mataron a Doris. Hemos venido por si tú puedes indicarnos de algún modo su paradero.

—Yo la busco también, y no he logrado dar con ella. Es absurdo.

Roman preguntó:

—¿Tiene mucho interés en verla? ¿Interés especial?

—¿Por qué lo dice? —replicó el italiano, en tono ligeramente agresivo.

El

G-man

sostenía su mirada.

—Porque quizá yo la encuentre pronto. Si lo desea, le daré el recado.

—Es cosa personal.

—Pero no secreta, supongo.

Bruno, lentamente, se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Connie corre peligro.

—¿Connie?

—Sí.

—¿Qué sucede? Vamos, yo la avisaré. He venido a Nueva York expresamente para protegerla.

—Es que... es que hay algo que no puedo decir a usted. Soy yo quien debe hablar con ella.

Roman empezó a enojarse.

—Pero. ¿Connie en peligro? ¿Por qué? ¿Por lo de Doris Lane?

—¡No!

El

G-man

disparó una andanada a ciegas:

—¿Por algo relacionado con los asesinos de nuestro padre?

El italiano se quedó mudo un momento, y de nuevo centellearon sus negros ojos. Nada más.

—No sé de qué me habla... Está bien, ¡entérese! Cierta muchacha cree tener derecho sobre mí y considera a Connie como una rival que se ha atrevido a pisarle el terreno. Ha jurado «marcarla» para siempre. La conozco y sé que lo hará, pero no puedo impedirlo. Buenas noches.

Se alejó.

—¡Bruno! —exclamó Jane a media voz, asombrada.

—Linda historia —gruñó Roman.

—¡Oh, no la crea, no crea una palabra! ¡Es una vil mentira! ¿Cómo ha podido Bruno inventar algo semejante? ¿Y con qué objeto?

—Quizá para causarme impresión.

La joven miraba con la boca abierta hacia el lugar por dónde Bruno había desaparecido entre la gente.

—Es un italiano —concluyó—. Nunca he entendido a los italianos.

Pero el

G-man

pensaba de otro modo. Pensaba que Bruno había improvisado aquella ridícula y novelesca patraña para salvar una situación imprevista: la de haber conocido al hermano de Connie Ball. Por una causa u otra, este conocimiento le había desconcertado. Había un misterio allí. Lo había en Connie, o en Arabella Taylor. Roman experimentaba la misma sensación que el pescador que espera atrapar una sardina y saca del agua un atún. Su interés por Connie obedecía a que Doris Lane, su vecina de apartamento, había muerto asesinada y era necesario que alguien explicase el por qué; pero,

ahora, la propia Doris pasaba a segundo término. Ciertamente, había un misterio, un gran misterio allí.

Sacó a bailar a Jane. Si en circunstancias normales le hubieran dicho que se aburría bailando con una muchacha como ella, se hubiese reído a carcajadas. No obstante, se aburrió. Su mente estaba lejos, muy lejos, tejiendo hipótesis. No oía la música. La conversación de su pareja resbalaba por encima de él.

La joven comentó amargamente:

—O su hermana le preocupa mucho, o no es usted lo que parece, o yo no soy esta noche la que soy.

Roman se mordió los labios.

—Algo, no sé qué, me ha convertido en menos... Perdóneme.

—Vámonos. Estoy cansada.

Él no dijo que no, ni se esforzó por mostrarse galante. Salieron a la calle en silencio. Cuando el

G-man

abría la portezuela de su coche, la muchacha propuso:

—¿Por qué no caminamos? Vivo solamente a seis manzanas de aquí. Necesito que, me dé un poco el aire.

—Creí que deseaba librarse cuanto antes de mí poco amena compañía.

Ella se asió ligeramente de su brazo.

—En eso se equivoca. Soy comprensiva. Otro día le encontraré de mejor humor. Todos tenemos nuestras horas negras.

—¿Cómo sabe que las mías no son todas negras?

—No diga tonterías. Es usted estupendo. Lo es incluso cuando se comporta como un hotentote. Si cree que a mí me gustan los galanes ocurrentes, almibarados y dicharacheros, se equivoca también.

—Gracias —sonrió Dick.

Llevaban recorridas cuatro de las seis manzanas y estaban en una calle mal alumbrada cuando Roman tuvo la sensación de que alguien los seguía. Volvióse al cabo de un par de minutos. Vio claramente que un hombre se escondía en el hueco de una puerta, tratando de confundirse con las sombras.

Momentos después, al llegar a la casa, comprobó que el hombre continuaba tras ellos. No se esforzaba demasiado en pasar inadvertido. Permanecía a cierta distancia, junto a la pared, pero

visible.

Roman dijo distraídamente:

—Buenas noches, muñeca. La próxima vez procuraré comportarme como un ser humano. La culpa no ha sido del todo mía. Ni suya, claro está.

Ella murmuró:

—Suerte.

Y se quedó con una cara como la de un niño a quién arrebatan su mejor juguete cuando él se alejó sin darle un beso de despedida.

CAPÍTULO IV

Dick Roman no titubeó: como si nada hubiera notado, siguió a pie, calle adelante. Lo peor de su situación era que se dirigía hacia los muelles y el distrito estaba cada vez más oscuro.

De todos modos, su perseguidor no le dejó caminar demasiado. Su actitud se hizo pronto agresiva: Dick oyó un silbido a su espalda y, al volverse, vio a un hombre que corría hacia él con la mano derecha metida en el bolsillo. Pensó que no era la posición más adecuada para correr. Comprendió lo que significaba. Rápidamente sacó la pistola, y el hombre, al verla, se detuvo en seco. Estaba a una distancia como de seis pasos.

A continuación fue el instinto lo que avisó al agente, porque sus oídos nada percibieron; o fue quizá la mirada del hombre a quién encañonaba. El caso es que giró sobre sí mismo, a tiempo de ver tras él a un nuevo atacante con un cuchillo en la mano, el mango pegado al muslo y la hoja dirigida oblicuamente hacia su vientre. Este segundo hombre no estaba ni a tres pasos.

Roman, entonces, apretó el gatillo.

Lo único que ocurrió fue que se oyó un ligero *clic*. El percutor de la pistola había golpeado en falso.

El

G-man

se estremeció. La situación había cambiado en un segundo. El arma encasquillada e inútil le dejaba a merced de sus agresores.

No obstante, el primero de ellos, que no debió de advertir que la pistola fallara, había emprendido la fuga y en aquel momento desaparecía doblando la esquina. El hecho de que Roman estuviera armado semejaba haberle sorprendido mucho.

El otro, en cambio, no huyó. Dick no tuvo tiempo de entretenerse en reflexiones. Tensó los músculos y arrojó contra su enemigo la pistola. El hombre se agachó y la esquivó. Era ágil como

un felino. La hoja de su cuchillo lanzaba siniestros destellos.

Luego, como una centella, aquella hoja buscó el vientre del G-man.

Fue tan rápido y violento el ataque que Roman sólo pudo esquivarlo en última instancia con un desesperado quiebro. El brazo de su asaltante le rozó la cadera. Resollando de rabia, el hombre frenó su impulso y trató de repetir su acometida. Dick retrocedió. La mirada homicida que se clavaba en Su cara era más amenazadora que el propio cuchillo.

Pero, cuando el atacante lanzó su segunda cuchillada, el agente federal ya no se limitó a rehuirla. Se arrojó al suelo sobre la mano derecha y enlazó con el pie izquierdo la pierna de su enemigo. La zancadilla hizo tambalear a éste. Dio unas largas y grotescas zancadas para no caer.

Aunque en aquel instante pudo haber escapado, Roman ni siquiera pensó en ello. La circunstancia de no llevar armas le dejaba indiferente: aceptaba el combate con todos los riesgos. Y el hombre del cuchillo se precipitaba ya en tromba contra él.



El hombre del cuchillo se revolvó.

El choque fue violento. El agresor acudía ahora con el brazo muy separado del cuerpo, en previsión de que el agente pretendiera otra vez escabullirse, y Roman creyó ver en aquella posición más abierta su gran oportunidad. Cuando el cuchillo comenzaba a descender para herirle, apesó al hombre por la muñeca. Mientras

aguantara aquella presa, la temible hoja quedaría neutralizada. Pero el atacante era fuerte como un toro. Dick puso todos sus músculos a contribución. Su rostro y el de su enemigo enrojecían por el esfuerzo.

El

G-man

simuló un fallo que hizo al del cuchillo tambalearse y echarse vigorosamente atrás para no caer. Esto era lo que Roman esperaba: en el instante preciso empujó a su contrincante y le puso una segunda zancadilla. El hombre perdió el equilibrio. Sin abrir la férrea tenaza con que neutralizaba su mano armada, Dick cayó encima de él, pero adelantando una rodilla y cargando en ella todo su peso. El asesino emitió un largo y quejumbroso *uuufff*. La rodilla se le había incrustado en la boca del estómago. Roman tuvo la sensación de que lo reventaba.

La mano, inerte, soltó el cuchillo. La cabeza del hombre se dobló a un costado. Estaba fuera de combate.

El agente federal recogió el cuchillo, se levantó y buscó su pistola. Al encontrarla hizo una mueca.

—A la chatarra, hermana —gruñó—. Otro fallo como éste y no lo cuento.

Echó a andar en dirección oblicua a la que le había conducido hasta allí, y en cuanto encontró un bar abierto entró e hizo al F. B. I., una llamada telefónica:

—Enviad una ambulancia al cruce de Low River y Malcom, en el Bowery, antes de que la Metropolitana se me lleve al muchacho a, quien tengo a punto de echar las tripas por la boca. Habla Richard Roman. Espero.

Regresó al escenario de la lucha, y diez minutos más tarde subía a la misma ambulancia que su maltrecho enemigo y se hacía conducir al estacionamiento del «Calypso Club», donde dejara su coche. En éste fue hasta la Central.

—Me interesa en extremo averiguar la causa de que ese pájaro y un compinche suyo me siguieran y me atacasen —dijo al oficial que tomaba a su cargo al prisionero—. Depende mucho de que se tratara de un vulgar atraco o de que alguien los enviara con orden expresa de acabar conmigo. No descanses hasta saber la verdad.

El oficial le guiñó un ojo a modo de respuesta.

Roman pasó al despacho del capitán Sanders, y según costumbre, confió el oportuno informe al dictáfono. Luego se marchó a casa y se acostó.

A las seis de la mañana estaba nuevamente despierto y cubriendo el teléfono de maldiciones. La insistencia de su timbre le había despertado. Sólo Sanders podía llamarle a aquella hora.

Era Sanders, efectivamente.

—No hacía falta que lo dijera —rezongó Dick—. Lo imaginaba. La llamada llevaba su firma.

—Trato solamente de evitar que se me presente a las doce del mediodía y alegue que ha tenido una mañana muy ajetreada. Prefiero que la tenga de verdad. Le espero dentro de media hora.

El

G-man

no protestó. Necesitó más de cinco minutos para librarse completamente del sueño, aunque el agua de la ducha estaba helada. Se dio una pasada con el rasurador eléctrico, y a la media hora más o menos justa se hallaba ante el capitán.

—¿Qué pasa? ¿Se ha hundido la estatua de la Libertad? ¿Han volado el Empire State Building?

Sanders tenía un aspecto polvoriento y fatigado.

—Sus informes son incompletos. Me hacen falta datos para mis gráficos.

—¿Puedo enviar sus gráficos al diablo sin que se me acuse de insubordinación? —preguntó, suavemente, Roman.

El capitán fingió no oírle.

—Con excepción de la chica de la cafetería y el italiano del «Calypso Club», ¿le contó usted a alguien que era hermano de Connie Ball?

—Únicamente a ellos.

—¿Dejó usted sola a esa chica después de haberle endosado la historia?

—Si —dijo el

G-man,

mirando con atención a su jefe—. La dejé sola bastante tiempo. Volví en su busca cuando hubo terminado el trabajo.

—¿Mucho tiempo?

—Un par de horas.

—Hum —murmuró Sanders—. Lo mismo ella que el italiano pudieron comunicar que era usted hijo del difunto fiscal de Pelhamville, a quién le interesara saberlo, con la antelación suficiente para que esta persona movilizase una pareja de asesinos.

Hubo un silencio.

—¿Está usted desarrollando una hipótesis? —inquirió Roman.

—En parte. El hombre a quién usted magulló ha hablado. Dice que media hora antes de que usted y la chica abandonaran el «Calypso», les encargaron a él y a su compañero que lo liquidasen sin ruido y se apoderasen de su documentación. La orden era matarle primero y tomar los papeles después.

—¿Quién ordenó tal cosa?

—Ese angelito afirma que no le conoce. Un hombre le citó por teléfono en el parque de estacionamiento del «Calypso» y le entregó la mitad del precio estipulado desde el interior de un coche, en la penumbra. No le vio bien la cara.

—Un cuento chino.

—O no. —Sanders se pasó la mano por la cara y añadió bruscamente—: Doris Lane murió por error.

El agente continuaba mirándole.

—Ya suponía yo que tarde o temprano llegaríamos a una conclusión de esa clase.

—¡Naturalmente! Está claro que si a usted intentaron asesinarle porque le creían hermano de Connie Ball, era a ésta a quién buscaba Bennny Wetzel en los Apartamentos Brown cuando se cargó a Doris. Le debieron dar orden de que matase a una muchacha que vivía en el cuarto 127, y no se molestó en indagar, o no tuvo tiempo, si allí vivía más de una.

—Bueno, ¿y por qué le dieron orden de matarle?

Sanders sonrió.

—¿Por qué tenía ella miedo de que la matasen?

—Estaba chiflada. Sufría manía persecutoria. Todos en Pelhamville lo comprendieron así cuando empezó a protestar de que a su padre lo habían asesinado.

El capitán extendió la mano y descargó sobre la tapa del dictáfono unos golpecitos.

—En el informe que ha dejado usted aquí no se mostraba muy

convencido de que la opinión de los ciudadanos de Pelhamville fuera acertada.

El

G-man

se mordió los labios.

—Usted me conoce. Puro sentimentalismo. La chica, en la foto, me pareció demasiado bonita para suponerla loca.

—¿Por qué habría de estar loca? —replicó Sanders, incisivamente—. Esta noche he llamado por teléfono a Pelhamville y hablado con un punto llamado Mitchell, uno a quién conocí durante la guerra, que es ahora oficial de policía allí. Conforme, no hubo pruebas, ni siquiera sospechas, de que al fiscal Taylor lo asesinasen; pero era un hombre duro e implacable, capaz de crearse terribles enemigos, y sé lo menos de quince casos de asesinato en que éste se disimuló fingiendo el despiste y el incendio de un automóvil. A la muerte de Taylor no se abrió sino una investigación rutinaria. No había motivo para más —el capitán hizo una pausa—. ¿Cómo sabemos que no había motivo y que la muchacha no tenía razón?

—Lo contrario es descabellado —apuntó Roman, sin mucha fe.

—Se equivoca usted completamente. Reflexione un poco. Doris Lane era una persona vulgar, honrada, gris, joven, sin antecedentes, alguien que apenas había empezado a vivir. Jamás tuvo el menor contacto con el mundo a que pertenecía Benny Wetzel...

—¿Está seguro de eso? —Sanders tocó unos papeles que había sobre su mesa—. He recibido ya un montón, de informes. Doris vino a trabajar a Nueva York, desde Dodge City, Kansas, hace año y medio. Han sido localizados sus padres, que se encuentran en camino hacia aquí. Todo en torno a esa chica está claro como el agua, excepto su muerte. Y su muerte se produjo por error.

—Por error —repitió Roman, pensativo—. Bueno, quizá. Su idea es que Connie Ball, o sea Arabella Taylor, no se engañaba al afirmar que su padre había sido asesinado, y que sabía algo respecto a los asesinos que la hacía para estos muy peligrosa. Es decir, que no fue una chifladura abandonar Pelhamville e instalarse en Nueva York con un nombre falso. Cuando, de un modo u otro, la persona o personas que eliminaron al fiscal descubrieron la identidad y el paradero de su hija, enviaron contra ella a Benny Wetzel. Éste,

entonces, metió la pata y se cargó a Doris.

—¡Exactamente! Y esa persona, o esas personas, procedieron contra usted apenas declaró ser hermano de Connie, ¿quiere prueba más clara? Probablemente, a poco que conocieran a la familia Taylor, no lo creyeron, pero prefirieron matarle que permanecer en la duda.

—De acuerdo —concedió el agente. Era inútil levantar obstáculos ante la lógica aplastante de Sanders—. ¿Cuál será mi misión ahora?

—La misma: hallar a Arabella Taylor, alias Connie Ball, cueste lo que cueste. Su vida es preciosa. He ordenado vigilar el domicilio de Kitchener, el fotógrafo, por si la muchacha acude a él en su apuro. Un hombre se ocupa de Jane Haydn, la camarera de la cafetería, y otro, y también la Metropolitana, buscan a Bruno Nazzi. Según se ha comprobado con usted, hay una vía que conduce desde Arabella a los asesinos, una vía mediante la cual la localizaron a ella y le han localizado con increíble rapidez a usted. Puede encontrarse en «Puerto Rico», o puede partir del italiano. En favor de Bruno solo cabe decir que no tiene antecedentes criminales.

—Bruno no me gusta.

Sanders sonrió maquiavélicamente.

—Ya lo he notado en su informe. Está usted celoso.

—¡Celoso! —exclamó el

G-man,

asombrado—. ¿Celoso de quién?

—De Bruno, por causa de Connie. Es usted capaz de volverse turulato por una mujer sin haberla visto más que en fotografía. Le admiro, Roman.

El agente no dijo que no.

Al salir del despacho de su jefe se marchó a desayunar, y mientras se entonaba el estómago reflexionó acerca de la nueva y extraordinaria perspectiva que había cobrado el caso. Su intuición no le engañaba cuando suprimió del primer plano de su interés a Doris Lane para colocar en su puesto a Connie Ball. Era ésta quien ahora centraba todo.

Más tarde descendió hacia el Bowery y visitó los Apartamentos Brown, una construcción de fecha reciente, llena de ventanas como un panal. Subió al piso décimo. Sabía que la habitación de Connie

era la 127. Se sentía atraído por ella como por un imán, o acaso como por un torbellino.

Tres minutos hurgando en la cerradura con su llave maestra le bastaron para abrir la puerta. La pieza donde se encontró tenía una gran ventana abierta a la luz matinal. En el aire flotaba un cierto olor a tabaco...

Fue este olor lo que le puso en guardia, pero tarde. Una voz sonó detrás de él:

—No se mueva. Levante las manos.

La orden estuvo acompañada del inconfundible contacto del cañón de una pistola en sus riñones. Había caído en la trampa como un niño. El sujeto que empuñaba aquella pistola, prevenido por el hurgar de su llave en la cerradura, se había limitado a esperarle detrás de la puerta con todas las circunstancias a su favor.

Pero Dick Roman no se dejaba cazar tan fácilmente. Sus manos se detuvieron cuando apenas empezaban a alzarse. Siguieron el rapidísimo giro que imprimió a su cuerpo. Hicieron presa en la muñeca de su adversario.

El

G-man

retorció con saña el brazo armado de su enemigo, obligó a éste a bascular sobre su hombro y vio una masa azul salir despedida hacia adelante. La operación se había realizado en fracciones de segundo. Luego, el ruido de la pistola al caer al suelo fue acompañado del estrépito causado por la masa azul al estrellarse contra una mesilla y aplastarla.

Roman se quedó inmóvil. La masa azul no era otra cosa que un agente de policía. Cuando le vio despatarrado Sobre la mesilla, maltrecho, atónito por la rapidez del contraataque y sin saber lo que le había sucedido, el federal se echó a reír.

—Vamos, levántese. No esperaba encontrarle aquí. Lo siento.

El guardia, indeciso ante el comportamiento de su agresor, se rascaba con perplejidad la cabeza.

—Soy del

F. B. I.

—añadió Roman, exhibiendo su credencial—. Estoy encargado del caso. Recoja su pistola y asegúrese de que no tiene ningún hueso roto. Repito que lamento haberle maltratado.

Sin gran entusiasmo, el guardia se puso en pie y obedeció.

—Estaba usted en su derecho —dijo—. Mi misión aquí es aguardar a que aparezca una chica llamada Connie Ball —se palpó los brazos, las piernas y la espalda—. ¿Cómo diablos practican ustedes tan rápidamente esos trucos? ¡No me ha dado ni tiempo de pensar!

Roman replicó:

—¿Cómo diablos son ustedes tan torpes? Cuando trate de detener a alguien no se le acerque tanto, o le ocurrirá siempre lo de hoy. Eso de meterle a uno la pistola en los riñones, aparte de no ser nada agradable para quien lo soporta, sólo hace efecto en las películas. Es bonito, pero peligroso. Ahora —el

G-man

se dirigió resueltamente hacia el escritorio que ocupaba un, ángulo de la pieza— siéntese ahí y déjeme trabajar.

Comenzó un minucioso registro. Se notaba a un kilómetro que el contenido del escritorio había sido ya manoseado por la policía, pero las cartas y papeles de Doris Lane y Connie, o sea Arabella, continuaban allí. Connie, hasta aquel momento, no había despertado sino un mediano interés, que se centraba en escuchar, si reaparecía, su declaración como testigo. El hecho concreto del crimen y la identidad de su autor no admitían dudas de ninguna clase.

El escritorio estaba escrupulosamente dividido en dos secciones, una de las cuales había utilizado Doris, y la otra Arabella. En ésta encontró Roman algo que dio a su rostro una expresión preocupada. Era una libreta de ahorros a nombre de Connie Ball y señalaba un saldo a su favor de casi veinte mil dólares.

El

G-man

silbó quedo. Por unos momentos permaneció pensativo, hasta que, de repente, comprendió que lo único cebo para pescar a la muchacha, si se hallaba todavía en Nueva York, estaba en sus manos. En cuanto ella hubiera conseguido retirar del Banco su pequeño capital, desaparecería de la ciudad para ocultarse en cualquier rincón del país y reemprender su vida bajo otro nombre falso. La respuesta a la pregunta que le había hecho a Kitchener respecto al dinero de Arabella Taylor la tenía ahora delante.

Con aquella suma en su poder, no habría detective que encontrase a Arabella una vez fuera de Nueva York.

Dick dio súbitamente por terminado el registro, dedicó un distraído saludo al guardia y abandonó el apartamento. Descendió a la calle. Su coche salió disparado hacia la Tercera Avenida.

Allí estaba la sucursal del Banco Unitario al que correspondía la libreta. El

G-man

mostró su credencial, pidió por el jefe de la sección de cuentas de ahorro y abordó sin dilación el asunto:

—Cuando una libreta se pierde, ¿qué trámite hay que seguir para poder sacar el dinero que se depositó en la cuenta?

—Se pide una renovación por el interesado —repuso cansadamente el jefe, que era un hombre de prominente nariz—. Previa comprobación de la personalidad del demandante, por su firma y datos personales, se extiende otra libreta nueva, que equivale a abrirle una cuenta nueva.

—Eso creía yo —asintió el policía—. Necesito saber si se ha pedido alguna renovación a nombre de Connie Ball.

—¿En qué fecha?

—Hace dos días, tres a lo sumo.

—Será fácil —sentenció el jefe.

Pulsó un timbre y dio a la secretaria que acudió las instrucciones propias del caso. Momentos después tenía ante sí un fajo de papeles. Los revisó con mayor celeridad. Apartó uno.

—Aquí está. Fue solicitado ayer.

—¿Por Connie Ball?

—Eso dice.

—Lo cual significa que he llegado tarde.

El jefe le lanzó una inquisitiva mirada.

—¿Por qué tarde? ¿Qué es exactamente lo que desea?

—Encontrar a Connie Ball.

—Tardamos veinticuatro horas en renovar una libreta —sonrió el jefe—. Ésta no ha sido entregada aún.

El rostro de Roman se iluminó.

—¡Magnífico! Avise al encargado de la ventanilla correspondiente, por favor. Yo me situaré cerca de allí. Debe hacerme una seña cuando la titular de la libreta acuda, de

¿acuerdo?

—De acuerdo.

CAPÍTULO V

Dick Roman se acomodó una vez más en el sencillo diván tapizado de plástico rojo. Estaba impaciente. En ocasiones como aquélla su oficio no le merecía sino maldiciones.

Sus planes parecían haberse frustrado por completo. La vigilancia que se había impuesto fue, al principio, cuestión de horas, pero ahora era ya cuestión de días. Llevaba dos prácticamente sin moverse, dos días ante la ventanilla de cuentas de ahorro del Banco Unitario, y no había visto ni sombra de Connie Ball. Su única distracción consistió en leer periódicos, fumar cigarrillos y observar a los clientes. Mientras, la libreta, renovada permanecía en, su casilla, sin que nadie la hubiese reclamado.

Roman habría podido solicitar del capitán Sanders que un plantón le relevase en aquel aburrido servicio, pero tenía poderosas razones para cumplirlo personalmente. Nada había dicho al capitán del hallazgo de la libreta: era el gran triunfo que se reservaba. Sanders creía que se estaba ocupando de revisar las circunstancias en que el fiscal Taylor murió en Pelhamville, aunque por derroteros mucho más alejados de su hija.

Aparte la vanidad de obtener un triunfo personal, había otra razón para que el

G-man

soportase aquella inacción de dos días sin haber perdido definitivamente la paciencia. Era una razón que él ni siquiera se confesaba a sí mismo: una sonrisa, unos ojos chispeantes en una foto tomada tres años atrás...

Las agujas del reloj eléctrico del Banco señalaron las cuatro. Las cuatro de la tarde del segundo día. Pronto otra jornada habría transcurrido en vano. Por un instante pensó Roman si no se impondría tomar al respecto una nueva decisión.

El empleado de la ventanilla que tenía la cara pecosa, le miraba

ya con tanta indiferencia como si fuera un mueble.

Quince minutos después, a las cuatro y cuarto, algo debió de ocurrir, pues la cara pecosa se avivó. Ante la ventanilla estaba una cliente. Joven. Una figura ni demasiado rectilínea ni demasiado curvada: la justa proporción. Llevaba un sencillo vestido de color crepúsculo. El cabello, de un rubio platinado, se rizaba en su nuca.

Aquella mujer en nada respondía a la imagen que de Connie Ball había Roman grabado en su mente. Connie era castaña, llevaba el cabello muy corto, no iba... «Eso era hace tres años», se corrigió. Era en la época de la foto. Tres años son un lapso de tiempo larguísimo para el aspecto exterior de una mujer.

El empleado pecoso le estaba haciendo guiños con lo que él probablemente creía exquisita discreción. Dick indicó que había captado el aviso. La rubia, en aquel momento, recogía su libreta y se iba con ella a una mesa, donde llenó un impreso que llevó a la ventanilla de cobros. A los pocos minutos salía del Banco metiendo un fajo de billetes en su bolso, sin que el

G-man

hubiera alcanzado a verle bien la cara.

La cabellera rubio platino era fácil de seguir en la acera atestada de gente. Avanzaba en dirección a la parada de taxis de la esquina. Desapareció en el interior de uno.

Roman comprendió que no tenía tiempo de retroceder en busca de su coche; y cuando se disponía a saltar también a un taxi vio algo que le hizo fruncir el entrecejo: un individuo joven y no mal parecido tomaba el vehículo estacionado a continuación del de la muchacha y señalaba éste al conductor, como ordenándole que lo siguiera.

El

G-man

le imitó.

—Siga a esos dos taxis. Soy agente del

F. B. I.

—Ujú —gruñó el taxista. Arrancó violentamente—. Parecerá la caravana del Día de la Independencia.

Pretendía ser una broma, pero a Dick no le hizo gracia ninguna. Estaba preguntándose quién sería el ocupante del segundo taxi, si un hombre enviado por Sanders, un detective de la Metropolitana, o

qué. Se lo preguntaba todavía cuando los tres taxis, uno tras otro, pararon ante la Estación de Pennsylvania.

La muchacha se dirigió sin vacilar a las taquillas y adquirió un billete. Inmediatamente, el desconocido se acercó a la misma taquilla, habló brevemente con el expendedor y adquirió otro. Esto hizo a Roman apretar los dientes. No era un policía. De serlo, no hubiera necesitado billete para viajar.

Fue a la taquilla en cuestión y mostró el expendedor su credencial.

—Una mujer rubia, y un hombre después de ella, acaban de sacar billete. ¿Para dónde?

—San Luis.

—¿Los dos?

—Sí. El hombre preguntó primero a dónde iba la chica.

—¿Cuándo sale ese tren?

—Dentro de diez minutos. Vía quince.

—Gracias.

La figura vestida de color crepúsculo y rematada por una cabellera rubio platino se hallaba comprando tabaco y revistas. A poco, se encaminó hacia la entrada de los andenes. Su perseguidor no la perdía, de vista, aunque lo disimulaba fingiendo estudiar una cartelera de horarios.

Dick se mantuvo a cierta distancia. Vio a, la muchacha subir a un vagón. Luego, al hombre. Instantes antes de la salida subió él también. Muy a grandes rasgos, había ya esbozado un plan de acción.

Avanzó por el pasillo del convoy hasta encontrar el departamento que ocupaba la muchacha. Estaba Sola con una revista ante los ojos. Cuando Roman abrió la puerta, le dedicó una mirada que reflejaba temor.

El

G-man

procuró disfrazar el interés con que la examinaba. Era, efectivamente, Arabella Taylor, o Connie Ball, la muchacha de la fotografía. Se maquillaba de una manera un poco distinta y la línea de su vestido y el color de su pelo la transformaban, pero era ella, tan viva, tan joven, tan bonita como Roman había supuesto que sería en realidad. Solamente sus ojos, aquellos ojos extraordinarios

que hasta entonces no pudo borrar de su imaginación, habían perdido toda picardía, y miraban en torno con recelo.

El tren silbó y empezó a moverse. Dick fingía atender exclusivamente a las personas y cosas que desfilaban más allá de la ventanilla, y en esta actitud se mantuvo hasta que la estación se hubo quedado muy atrás.

Transcurrió media hora.

—Perdone —dijo el agente federal. El sonido de su voz sobresaltó a la muchacha—. He tomado el tren con el tiempo muy escaso y olvidé comprar algo para leer. ¿Puede prestarme una de sus revistas?

—Sí... claro... —titubeó ella—. Coja la que guste.

Cuando sacó un cigarrillo, él se apresuró a ofrecerle fuego.

—¿Va muy lejos?

La joven eludió la pregunta con una sonrisa forzada.

—Bastante.

—Yo, a San Luis. Me divierten los trenes. Jamás tomo el avión si puedo evitarlo. Los pájaros no me causan ninguna envidia.

Ella no supo qué decir. Chupó su cigarrillo afanosamente, para luego expulsar el humo en un largo suspiro.

—Si la importuno con mi charla, callaré —se excusó Roman—. No es que sea muy hablador, pero permanecer en silencio rato y rato ante una persona me resulta incómodo.

—No, en absoluto, no me importuna —respondió la muchacha con desgana—. Estoy algo fatigada, eso es todo.

El

G-man

añadió suavemente:

—Y asustada.

—¿Cómo?

—Se lee miedo en sus ojos, un miedo como el de un cervatillo apresado en un cepo. Sé que es meterme donde no me llaman, pero si puedo ayudarla de cualquier modo...

—No. Se equivoca. Muchas gracias, pero se equivoca. —Connie sacudió la cabeza e hizo un esfuerzo desesperado por mostrarse natural—. ¿Le gusta jugar a psicólogo?

Dick se encogió de hombros.

—Supongamos que sí. Olvide lo que he dicho.

El conato de conversación se había frustrado, y a partir de entonces, ambos trataron de concentrarse en la lectura de revistas; pero en el ánimo de cada uno estaba el otro demasiado presente para que, semejante intención diera buen resultado.

Pasó una hora.

Cayó la noche. Las luces del tren se encendieron.

Con la obscuridad exterior, con las tinieblas que comenzaban al borde mismo de la ventanilla, la inquietud de la joven fue en aumento. Un ligero, pero invencible temblor agitaba sus manos.

Al fin, Connie se puso en pie nerviosamente, salió al pasillo y torció a la izquierda, aparentemente en dirección al bar. Dick aguardó cinco segundos y la siguió.

Apenas hubo cruzado la puerta del departamento, observó que el hombre a quién viera en Nueva York en pos de la muchacha avanzaba ahora por el pasillo y se dirigía a la plataforma trasera, donde ella acababa de desaparecer.

Dick, asaltado por una súbita sospecha, apresuró el paso. Oyó un forcejeo, una puerta que se abría violentamente, un ahogado grito...

En dos zancadas ganó la plataforma. El hombre luchaba para arrojar a la muchacha a la vía, sujetando con un pie la portezuela abierta y tapando la boca de su víctima con una mano, mientras que con la otra, muy apurado, pese a su vigor, pugnaba por desprender los dedos que ella había cerrado convulsivamente en torno a su garganta.

Roman actuó con rapidez. Sacó la pistola, la empuñó por el cañón y descargó en la cabeza del agresor un salvaje culatazo. El tren hacía ruido, pero el macabro *croc* como de nuez cascada se oyó distintamente. El hombre se tambaleó en el vacío, ante la portezuela. Dick sólo tuvo tiempo de agarrar a la muchacha por los cabellos y atraerla rudamente hacia sí. No pudo evitar que el desconocido saliera despedido al exterior. No pudo hacer por él absolutamente nada.

Enlazó a Connie por la cintura y la condujo al centro de la plataforma. La portezuela se cerró por sí misma. El fragor del convoy lanzado a más de cien por hora se acalló. La joven, abrazada a su salvador, lloraba histéricamente. Los sollozos sacudían su espalda.

—Vamos, ya ha pasado todo —susurró Roman junto a su oído—.

No tiene nada que temer. Estoy a su lado.

La empujó con suavidad hacia el pasillo y, poco a poco, sosteniéndola, la llevó al departamento. Sus sollozos eran ahora sordos, apagados. Ninguno de los restantes pasajeros semejaba haberse percatado de la tragedia que acababa de suceder. Detrás de una puerta se oyó una alegre risa femenina.

Dick hizo sentar a la muchacha a su lado, sacó el pañuelo y le secó las lágrimas.

—Es suficiente, ¿no le parece? —sonrió—. Si no cierra las compuertas de ése Niágara moriremos los dos ahogados. A ver, míreme. No ponga esa cara. Las chicas bonitas no lloran.

Ella le miró y trató de corresponder con otra a su sonrisa, pero el terror no se había borrado de sus ojos.

El

G-man

añadió:

—No se preocupe. Tranquilícese. No la ha seguido nadie más.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la joven, incrédula—. ¿Quién es usted?

Roman ignoró la segunda cuestión.

—Cerca del Banco Unitario —explicó— vi a ese individuo subir a un taxi y ordenarle al chofer que siguiera al que usted acababa de tomar. Yo hice lo propio y observé que, en la estación, el pájaro pedía también un billete en la misma taquilla que usted. Averigüé que ambos billetes eran para San Luis, sospeché lo peor, continué en pos de ustedes y me instalé en este departamento en previsión de que hubiera jaleo. Lo ha habido, pero ya ha terminado. Ese hombre estaba solo.

El tono deliberadamente superficial del agente obró como un sedante sobre los nervios de Connie. Le miró agradecida, ligeramente turbada.

—Si no llega a ser por usted... ¡Qué horror! —Se cubrió el rostro con las manos—. ¡Qué horror, Dios mío!

—Pero ha habido suerte y fue él quien cayó.

—No... no me di cuenta de nada... hasta que me encontré en sus brazos...

—Lo prefiero. No resultó muy agradable. Le pegué un culatazo y salió despedido de la plataforma.

Connie se estremeció.

—Un... culatazo... Luego, ¿va usted armado? ¿Para qué?

—Para auxiliar a las muchachas en apuros. Es una de mis artes de seducción. Soy uno de los caballeros del siglo Veinte.

Ella sonrió, ahora sin reservas. La alegría volvía a sus ojos.

—Así me gusta verla —dijo Roman—. Temí que esa maravillosa chispita de sus pupilas se hubiera desvanecido para siempre jamás.

—Habla como si la hubiera visto antes.

—En efecto.

—No es posible. Estoy segura... Diga, ¿cuándo y dónde la vio?

—La veo cada pocos minutos desde hace unos días.

—¿Nos hemos vuelto locos, soñamos, o qué es lo que ocurre? No alcanzo a entenderle, la verdad.

Roman sacó del bolsillo la foto y se la mostró. Connie se quedó muda de asombro, en una actitud de sorpresa infantil. El declaró, jovial:

—El jefe de los caballeros andantes del siglo Veinte nos avisa cuando sabe de alguna chica que se encuentra en peligro. Nos entrega una foto, nos comunica sus señas, y todo se reduce a buscarla por toda la nación hasta que la encontramos. El mérito consiste en encontrarla a tiempo.

El asombro de Connie ocultaba inquietud. Roman se dio cuenta.

—No se asuste —añadió—. Si yo fuera uno de sus enemigos no la hubiese salvado de caer a la vía. Puede creermelo, señorita Taylor.

Al oír su nombre, ella casi se levantó de un salto.

—¿Ha dicho Taylor?

—Arabella Taylor, hija del difunto fiscal de Pelhamville, La policía federal vela por usted. Soy uno de sus agentes y se me encargó buscarla. En su casa encontré una libreta de ahorros con veinte mil dólares y pensé que tarde o temprano, iría por ellos. Me aposté en el Banco hasta que apareció. La sigo desde entonces.

—Pero ¿cómo sabe que mi verdadero nombre no es Connie Ball?

—Su foto nos lo dijo. Localizamos a Jerry Kitchener, que era quien la había tomado, y él la identificó.

—Comprendo.

—Vea, señorita Taylor —el

G-man

se inclinó persuasivamente hacia adelante—. Al principio la

buscaba, simplemente, para que declarase como testigo en la encuesta por el asesinato de su amiga Doris Lane, pero ahora mi máxima responsabilidad consiste en protegerla del peligro que la amenaza. Tengo la obligación de ocultarla en lugar seguro hasta que hayamos aplastado a la gente que la persigue; y que no cesará de perseguirla, pues mañana, cuando sea encontrado el cadáver del sujeto que ha intentado matarla, se sabrá que está usted todavía viva y cuál fue la dirección que tomó en su fuga. Ésta es nuestra ocasión para desorientar a sus enemigos. Volveremos atrás y la conduciré a uno cualquiera de los pueblos de la costa, próximos a Nueva York. La necesito fuera de la ciudad, pero lo bastante cerca como para tenerla en cualquier momento al alcance de la mano.

Arabella articuló:

—Tengo miedo.

—No hay opción. Es usted mi prisionera. —Roman sonrió amistosamente—. Dejaremos el tren en Pittsburgh, iremos a Atlantic City y allí compraremos para usted ropas y equipaje, cosa que, supongo, esperaba hacer en San Luis. Luego buscaremos un hotel de la costa, apartado y tranquilo. En esta época, fuera de temporada, apenas habrá nadie... Oh, y puede devolverle a su pelo el color natural. Como disfraz, el rubio platino no es precisamente un tono discreto, aparte otras cosas.

—¿Qué cosas?

Roman se pasó la lengua por los labios.

—Quiero decir aparte que no la favorece.

Se apearon en la estación de Pittsburg, según lo convenido. Media hora después tomaban dos camas en el expreso de Nueva York. Durmieron hasta Atlantic City y allí se alojaron en un hotel. Arabella hizo sus compras por la mañana. Después de almorzar continuaron el viaje, en autobús, camino de Groton.

En el vestíbulo del Hotel Marino, en Groton, se despidieron.

—Hasta aquí me he guardado de hacerle preguntas —dijo el G-man

—, pero antes de separarnos necesito saber algunas cosas. Por gusto no hablaríamos sino del paisaje. Usted no ignora, empero, que existe en la vida de los hombres un cierto imperativo que se llama deber.

Arabella sonreía divertida.

—¿Por qué usa tantos circunloquios?

—Por el placer de prolongar la despedida —replicó Roman—. Dígame qué fue lo que, hace tres años, en Pelhamville, la indujo a afirmar que su padre había sido víctima de un asesinato, no de un accidente.

La muchacha miró al agente a los ojos.

—Fue un asesinato. No importa que a la camarilla política que dominaba la ciudad le conviniese echarle tierra encima al asunto. Fue un asesinato, tengo la plena convicción.

—Bien, ¿por qué?

—Mi padre estaba por aquella época muy preocupado, muy nervioso. Dos días antes de su muerte le pregunté qué le ocurría y me contestó que había emprendido la investigación más importante de su carrera. Me dijo solamente esto, no qué clase de investigación ni sobre qué: se negó en redondo... Al día siguiente, sorprendí una violenta conversación que sostenía en su despacho con el rector de la Universidad Hopkins. Oí perfectamente cómo el rector amenazaba a mi padre con que le pasaría algo «si insistía en su propósito de salpicar de lodo la institución». Mi padre casi le echó de casa. Yo estaba cerca de la puerta, y su salida fue tan impetuosa que prácticamente tropezaron conmigo.

Roman hizo una mueca.

—¿El rector de la Universidad Hopkins?

—¿No ha oído hablar de ella?

—Vagamente.

—Fue fundada en 1910 gracias a un legado de Wilbur Hopkins, un ciudadano de Pelhamville que se enriqueció especulando con petróleos. Está especializada en estudios comerciales superiores.

—¿Quién era el rector?

—William Sandburg.

—¿Qué clase de hombre?

—Un gran personaje. Sus conferencias eran famosas en todo el país.

—¿Y esa investigación de su padre se relacionaba con él?

El tono del agente, aunque disimulaba, expresaba duda.

—Tenía que relacionarse forzosamente con la Universidad. Forzosamente, señor Roman —los ojos de Arabella ardían de excitación—. Mi padre, furioso, le juró a Sandburg que acabaría

«con aquel nido de podredumbre». ¿Qué otra cosa podría significar?

—No lo sé —concedió Dick.

—Al día siguiente de la entrevista, mi padre fue encontrado carbonizado dentro de su coche. Apparently había caído a un barranco al tomar una curva de la carretera, y el coche se incendió... ¡Apparently! Mi padre era el conductor más prudente que ha existido y conocía aquella carretera como la palma de la mano. Absurdo, increíble, ¡vergonzoso! Pero la policía de Pelhamville se limitó a cumplir con los trámites rutinarios. Se burlaron de mí.

—¿No se supo nada de la investigación emprendida por su padre?

—Nada.

—Pero ¿y los empleados de la oficina del fiscal?

—Estaban en la luna. Las pesquisas, si existían, las llevaba mi padre personalmente. Eso, por lo menos, dijeron todos.

—¿No aparecieron documentos, cartas o notas?

—No.

—Comprendo que lo que usted decía resultase duro de creer —comentó el

G-man,

pensativo—. Sin embargo, ¿no obró con demasiada irreflexión abandonando Pelhamville, ocultándose en Nueva York y adoptando un nombre falso? ¿Había verdadera necesidad de ello? ¿No hubiera sido mejor recurrir a nosotros, los federales, o contratar los servicios de un detective privado?

—¡Oh, usted no se da cuenta de cuál era mi situación! —exclamó la joven—. Después de la muerte de mi padre me sentí constantemente espiada, acechada. Descubrí más de una vez que alguien me rondaba durante la noche. Estaba sola, aterrorizada, no tenía a quién apelar. Los amigos a quienes confiaba mis temores... ¡me aconsejaban un calmante para los nervios! ¿Qué otra cosa podía, hacer, sino esconderme? ¿Qué otra cosa, sino procurar que los asesinos de mi padre no descubrieran mi paradero? ¿Recurrir al FBI, dice usted? ¿Recurrir y ponerme de nuevo en evidencia? —Arabella se retorció desesperadamente las manos—. ¿No ha visto lo que ha ocurrido cuando, ignoro de qué manera, esa gente ha conseguido localizarme?

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Roman con suavidad.

—Han matado a la pobrecita Doris y a un hombre, ¡y me buscan a mí!

—¿Está segura de eso?

—¡Y usted también! ¡Anoche, en el tren, tuvo la prueba!

El agente asintió cabizbajo.

—Perfectamente. Aquí estará a salvo por completo. Le dejaré mis señas, mi teléfono y el de mi jefe, el capitán Sanders. No vacile en avisarnos si lo necesita. En todo caso, llame al FBI.

Hizo las anotaciones en una tarjeta. La muchacha respiraba agitadamente.

—Gracias.

Roman le estrechó la mano.

—Señorita Taylor.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que sabe usted? ¿Qué es lo que la hace para alguien, sea quien sea, tan peligrosa? ¿Por qué ese empeño en perseguirla, todavía hoy, tres años después de la muerte de su padre?

—Sé lo que le he contado —la mano de Arabella era suave y fría—. Lo que le he contado, señor Roman. Ni una palabra más.

CAPÍTULO VI

Cuando Dick Roman entró en el despacho de su jefe, éste tenía los pies encima del escritorio y leía una revista infantil ilustrada. No pareció importarle que un intruso turbara su intimidad.

—Hombre, celebro verle de regreso —dijo tranquilamente—. Por esta vez me he ahorrado la corona de flores. ¿Dónde estaba metido?

Dick se sentó y se puso cómodo. Replicó:

—¿Recibió mi informe telegráfico?

—Sí.

—¿Y bien?

Sanders bostezó.

—Llevamos tantos días con ese cuento de Arabella Taylor que me suena ya a cosa prehistórica. En su informe pedía usted alguna documentación. Bueno, aquí está. Encontraron al muchacho con la cabeza rota junto a la vía del ferrocarril. ¿Qué pasa?

—¿Se le ha identificado?

—Le digo que aquí está la documentación. Simples papeles. Un estudiante se parte la cabeza al caer de un tren en marcha. Lo único atractivo en esto. —Sanders ocultó, el rostro detrás de su revista— es que el médico que hizo la autopsia sugiera la posibilidad de que la cabeza se la hubieran roto golpeándole con un objeto contundente antes de arrojarlo a la vía. Un objeto de las características aproximadas de la culata de una pistola. Lo único atractivo, Roman...

—En efecto —asintió el
G-man.

—¿Qué dice?

—Esa pistola era la mía.

—Siga.

—Al muchacho lo maté yo.

—¿Por qué?

—No era ese mi propósito. Sólo trataba de impedir el asesinato de Arabella Taylor, alias Connie Ball.

Sanders dobló con gran cuidado la revista y la depositó sobre la mesa. Mientras duró la operación no apartó los ojos del rostro de su subordinado.

—De modo que la ha encontrado. ¿Vive?

—Sí.

—Adelante. Colóqueme el disco.

Roman hizo un relato detallado de sus pesquisas y del resultado de ellas, relato que el capitán escuchó con aire indiferente, pero en realidad con apasionada atención. Cuando el agente calló, conectó el interfono para ordenar a su secretaria:

—Necesito urgentemente conocer el paradero de un hombre llamado William Sandburg que en 1953 era rector de la Universidad Hopkins, de Pelhamville. Reclámelo personalmente al archivo general. —Sanders cortó la comunicación y miró a Dick—. En las últimas veinticuatro horas ha sonado tres veces la palabra «universidad» relacionada con este caso, y las tres veces ligadas entre sí.

—Tres veces —repitió Roman—. Yo no la he oído más que una, cuando Arabella me habló del asesinato de su padre.

—El muchacho del tren era un estudiante universitario.

—¿Ve usted en ello alguna coincidencia?

—La veo. Es ya una coincidencia muy curiosa que a un estudiante universitario se le encomiende la eliminación de una mujer que durante tres años se ha ocultado bajo nombre supuesto por temor a un profesor universitario. El profesor William Sandburg, naturalmente. Pero hay además otra cosa. Bruno Nazzi, el piojo a quién usted conoció en el Calypso Club, y al cual no hemos echado todavía el guante, se dedica, según me informaron anoche, a vender cigarrillos de marihuana a los alumnos de cierta universidad.

—Eso es un rompecabezas.

—Sin embargo, aspecto importantísimo de la cuestión, todas las piezas corresponden al mismo juego.

—¿En qué universidad opera Bruno?

—En una pequeña institución titulada Universidad de Ciencias

Sociales.

—¿Dice pequeña?

—No parece tener más de doscientos alumnos. Es en realidad una especie de seminario y círculo de estudios de Economía que se rige por un patronato. Este patronato lo preside el senador Murphy, antiguamente más conocido por «Carnicero» Murphy, uno de los caciques político-sindicales del Bowery. —Sanders hizo una pausa y añadió, en tono forzosamente melodramático—: Segunda y grave coincidencia: el muchacho del tren, que se llamaba Oswald Pullock, era uno de los doscientos alumnos de la Universidad de Ciencias Sociales.

Roman silbó.

—Un posible rayo de luz. Pero ¿qué es lo que ilumina?

—Si la última pieza del rompecabezas coincide, un hermoso cuadro.

—¡Hum! Comprendo adonde quiere ir a parar. Usted espera que William Sandburg figure actualmente entre los profesores de dicha Universidad, lo cual nos daría una hermosa pista acerca de la investigación que hace tres años había emprendido el fiscal de Pelhamville.

—Ha acertado —sonrió Sanders, estirando las piernas perezosamente—. Ésa es mi idea...

Veinte minutos después, sonaron en la puerta unos discretos golpes.

—¡Pase! —ordenó, con impaciencia, el capitán.

Entró su secretaria, una muchacha rectilínea y funcional. Llevaba en la mano unos papeles.

Sanders inquirió:

—¿Qué han averiguado?

—Aquí tiene un resumen de los hechos más destacados de la vida de William Lincoln Sandburg. —La secretaria depositó los papeles sobre la mesa—. Falleció en Boston en marzo de 1955, ya retirado de sus actividades profesionales.

—¿Falleció?

—Sí, señor.

—¿Y ahora, qué? —intervino Roman, con aspereza—. A su rompecabezas le falta la pieza más bonita de todas.

El capitán callaba, pero su cara de tendero traslucía una violenta

tempestad interior. Roman sabía que estaba furioso. Sabía que si llegaba en sus deducciones a una conclusión lógica y ésta no coincidía con la realidad, su cólera alcanzaba el paroxismo. Solía entonces desahogarse con quien tuviera más cerca, y aquella vez, cómo otras muchas, lo pagó su secretaria.

—¿Qué hace usted ahí plantado? —exclamó—. ¡Lárguese! ¡Pronto!

La muchacha se retiró con dignidad. La única muestra de que no era insensible a las vociferaciones intempestivas fue el portazo que dio al salir.

Sanders hizo una mueca. Gruñó:

—Cada exabrupto de éstos me cuesta como desagravio una caja de bombones.

Roman apenas le había oído.

—Yo sigo preguntando: ¿y ahora, qué? ¿Queda algún cabo por atar?

El capitán se rascó vigorosamente el pecho.

—Queda uno muy interesante: Bruno Nazzi. Tengo la impresión de que, hasta el momento, las pesquisas acerca de él han sido muy descuidadas. Usted se encargará de ellas. Conoce a Bruno. Búsquele y no haga otra cosa. Estoy harto de dispersión y de energías consumidas tontamente. Este fandango empezó con una fuga en el penal de Folssom Hill. ¡Pero Dios sabe cómo terminará!

—Un momento. —Roman alzó la mano—. Un momento, capitán. Ha mencionado usted la fuga de Folssom Hill, o sea, el asesinato de Lou Sexton. Me parece de la mayor importancia averiguar qué relación puede haber existido entre Sexton y el fiscal Taylor, entre Sexton y la Universidad Hopkins, entre Sexton y William Sandburg...

—Sí, o entre Sexton y la Universidad de Ciencias Sociales —asintió Sanders—. No es mala idea. —Tomó nota de ello rápidamente—. Ahora usted a su trabajo. Quiero a Bruno Nazzi lo antes posible.

El

G-man

se levantó y se despezó.

—Conforme.

—Y reciba mi enhorabuena por su éxito con Connie Ball.

Figurará en su hoja de servicios distinguidos. —Sanders se restregó la nariz—. ¿La chica ha respondido a sus esperanzas?

—¿Qué esperanzas?

—Ya sabe a lo que me refiero. Usted se había chillado por la foto. ¿Qué tal el modelo viviente?

—Váyase al diablo —replicó Roman.

No inició su nueva tarea hasta después de anochecido, a la hora en que sale de sus guaridas la fauna entre la cual debía desenvolverse. No utilizó el coche para desplazarse, sino el «metro». Luego anduvo a pie. Su aspecto era muy peculiar. Calificarle de andrajoso o de miserable, hubiera constituido un patente error, pues los pantalones negros que vestía, así como la chaqueta de cuero, e incluso los zapatos que calzaba, estaban todavía de buen ver. Sin embargo, un halo de mezquindad semejaba envolverle. Hubiérase dicho, en particular, que su personalidad se había esfumado. Era un hombre gris, un vagabundo de la calle, un personaje de quien resultaba imposible inferir la procedencia, el destino o los medios de vida. Los había como él a miles en los bajos fondos de cualquier gran ciudad.

Paso a paso, hundidas las manos en los bolsillos, se adentró en el bajo Bowery y estuvo casi una hora caminando sin rumbo por los alrededores de Salmson Square. Cuatro veces pasó sin detenerse ante un bar que tenía un viejo rótulo cuyas letras apenas legibles rezaban: «Eden Corner». La quinta vez se detuvo y entró.

Olía a cerveza agria. Detrás del mostrador, escuchando la radio y leyendo una novela barata, había una mujer enorme, de nariz bulbosa, ojos muy juntos y grasiento pelo negro. Dos clientes ocupaban una mesa. No se veía a nadie más.

—Hola, Concha —dijo el agente a media voz—. Tú cada día más joven.

La mujer le miró una fracción de segundo y continuó leyendo.

—Lárgate —murmuró—. Me comprometes.

—Terminemos pronto, entonces.

La mujer no apartaba los ojos de la novela.

—¿Qué quieres?

—Busco a uno a quién llaman Bruno Nazzi.

—¡Hum! No eres el primero. Yo no le conozco. Dame datos.

—Vende

ju-ju

a los estudiantes. La Universidad de Ciencias Sociales es su mercado favorito.

—Vete a jugar al billar a la calle Kremer.

Roman dejó diez dólares sobre el mostrador. La mujer vertió en un vaso de aspecto poco higiénico el líquido incoloro contenido en una botella. El líquido parecía agua, y lo era en realidad. Sonriendo, el

G-man

la bebió de un trago. La mujer se guardó íntegros los diez dólares, que no eran el pago del agua, sino de la información. Concha tenía tarifa fija, uno nunca se engañaba con ella.

—Lárgate.

Roman se marchó.

Llegó arrastrando los pies a la calle Kremer, que era corta y bulliciosa, un lugar donde los agentes de policía procuraban molestar lo menos posible. Había un salón de billares hacia la mitad. Roman entró y se distrajo admirando los malabarismos que dos muchachos practicaban taco en mano sobre el tapete verde. A los diez minutos, alguien le preguntó:

—¿Pasando el rato?

Era un chico como de diecisiete años. El

G-man

había ya observado que le contemplaba con cierta atención, primero desde el extremo opuesto de la sala y después, progresivamente, desde más cerca.

—Pché —contestó.

—¿Prefieres echar unas tacadas?

—Bueno.

—¿Qué te parece a dólar la partida?

Roman titubeó.

—La primera a medio. No apuesto a ciegas.

El muchacho disimuló una sonrisa.

—Conforme. Me llamo Perry. ¿Y tú?

—Roman.

—No recuerdo haberte visto por aquí. ¿De dónde sales?

—De donde me pasa por las narices.

Perry rió.

—Bueno, lo preguntaba por pura cortesía. Vamos. Iniciaron la partida en la única mesa que se hallaba libre. El muchacho, aparentemente, distaba mucho de ser un maestro. Roman ganó con la mayor facilidad.

—¿Revancha? —se apresuró a inquirir su contrincante.

—La última.

—Entonces a dos dólares, ¿no?

—Vale.

Esta vez, aunque Roman se esmeró en las jugadas, el golfillo le ganó por quince puntos.

—Toma tu dólar y medio —gruñó el agente—. Eres un zorro y un verdadero campeón.

Perry le palmeó alegremente la espalda.

—Hala, no lo tomes a mal. Hay que vivir. Te invito a un trago.

Bebieron cerveza, y Roman correspondió con otra a la invitación. El muchacho no cesaba de mirarle escrutadoramente. De pronto, dijo en tono confidencial:

—Me gusta facilitarle las cosas a la gente, y tú pareces aquí un poco extraviado. No. —Alzó las manos y mostró expresivamente las palmas—. No quiero saber de dónde sales ni quién eres, nada de eso. Pero si algo necesitas, pídelo. Dados, chicas, ju-ju,

coca, buenos consejos, hay de todo.

Roman respiró profundamente.

—¿A cómo la ju-ju?

—Dos pavos los cinco.

—Venga.

Recogió con disimulo el pequeño paquete de cigarrillos y pagó los dos dólares. Luego comentó:

—Espero que sean tan buenos como los que compré la semana pasada. Primera calidad. Pero no he vuelto a ver al muchacho que me los vendió, y quizá no le vuelva a ver nunca.

—¿Por qué?

—Los guardias le andan detrás, según creo. Dos pies planos preguntaban por él en los bares, anoche. Si le ves, dile de mi parte que mucho cuidado.

El rostro de Perry se puso grave.

—¿Quién es?

—Dijo que se llamaba Bruno Nazzi. Yo mismo se lo advertiría si supiese dónde para. Me hizo un favor. Luego caeré por el «Calypso», a ver qué.

—Si él va al «Calypso» estará apañado. Prueba con su chica.

«Su chica», repitió Roman para sí. Bruno, según sus informes, cortejaba a Connie Ball. ¿Quién era «su chica»? ¿La que había jurado «marcar» a Connie, conforme a la historia que el italiano le había endosado cuando le conoció?

—Bruno estaba solo —dijo—. No conozco a su chica.

—Minnie Waletzka. Vive ahí, en Midway Crescent, Apartamentos Hull.

—Ya —murmuró el
G-man,
distraídamente.

Como si el asunto le tuviera en el fondo sin cuidado, continuó charlando de esto y de aquello hasta que el golfillo se despidió de él. Pero todo el tiempo estuvo pensando que pocas veces había empleado mejor diez dólares que dándoselos a Concha para obtener aquella pista.

No le fue difícil encontrar los Apartamentos Hull, un enorme y grisáceo edificio-colmena de Midway Crescent que condensaba en sí la fealdad y la tristeza del suburbio, ni tampoco averiguar que Minnie Waletzka ocupaba el cuarto 823. El ascensor que le llevó al octavo piso emitía un aullido semejante al de un perro. Ante la puerta 823, Roman se restregó las manos en los costados de su chaqueta de cuero. Minnie podía estar en casa y podía no estar, y Bruno podía y no podía estar con ella. Fuera como fuese, en el apartamento se oía funcionar una radio.

Llamó.

La puerta tardó en abrirse. Al hacerlo quedó retenida por una cadena de seguridad y no permitió ver sino el rostro de una muchacha morena. Un rostro oval, joven, muy lindo.

—¿Qué desea?

—¿Está Bruno?

—No.

—Lo mismo da. Hablaré con usted. Soy amigo suyo.

—Muy bien, diga.

—No puedo hablar en el pasillo. Es confidencial.

La muchacha no abrió.

—Cuánto lo siento.

—Vamos, no tema. —Roman bajó la voz—. Vengo a avisarle de que la policía anda tras él.

Minnie Waletzka le franqueó el paso. Era una chica menuda, nerviosa, construida toda ella con materiales de primera calidad. Su cara de profundos ojos negros y boca carnosa estaba positivamente fuera de serie. Tenía la voz grave. Roman sintió por Bruno franca admiración.

—Lo he visto y lo he oído, palabra —dijo—. «¿Dónde está Bruno Nazi? ¿Dónde encontraremos a Bruno Nazi?». Dos sujetos a quienes no me gustaría tener por amigos, hace un rato, en el «Calypso Club», ¿entiende? Los he seguido. Le buscan por todo el barrio. Un caso de asesinato, según cuentan. He venido por devolverle a Bruno un favor.

—¿Tengo que creerle? —preguntó, recelosamente, la muchacha.

—No le pido que me crea sino que en cuanto vea a Bruno, le avise. Debe desaparecer de aquí por una temporada. Usted, naturalmente, hará lo que quiera. Yo he cumplido.

—¿Quién le digo que es usted?

—Dick Roman. Él ya sabe de qué se trata. —El

G-man

improvisó—. Estoy en el negocio con Perry. Comuníqueme a Bruno que le buscan por lo de la rubia de los Apartamentos Brown, y que lo pasará mal si no consigue una coartada.

Los bellos ojos de la muchacha centellearon.

—Una rubia, ¿eh? —La alusión a la rubia semejaba haberla enfurecido—. Nada de particular —se apresuró a tranquilizarla Roman. Los periódicos habían hablado sobradamente del asesinato de Doris Lane y la desaparición de Connie Ball para que ella supiera a qué atenerse, sobre todo si no ignoraba que Bruno había cortejado públicamente y con más o menos insistencia a Connie—. Una coincidencia fastidiosa.

—Está bien —dijo, entre dientes, Minnie—. Gracias.

El agente federal saludó con un gesto y se fue. Tenía la impresión de que había dejado a la chica madura para lo que esperaba obtener de ella.

Se apostó en el lado contrario de la calle, metido en el hueco de la puerta de un almacén que olía a, amoníaco y procuró no perder de vista el edificio de apartamentos. Aguardó mucho, quizá media hora. Empezó a lloviznar. Minnie Waletzka no dio señales de vida.

En el edificio habían entrado y salido varias personas, pero ninguna de ellas fue Bruno, ni tampoco la muchacha. Por fin, cuando ya Roman comenzaba a impacientarse, una figura femenina apareció. Llevaba un impermeable de plástico con la caperuza alzada, lo cual dificultaba su identificación, pero por la talla, el aire, la gracia de sus movimientos, no podía ser sino Minnie.

La mujer echó a andar por la acera charolada por la lluvia. No fue lejos. A los doscientos metros se detuvo ante un bar llamado «El Mono Azul», en cuyo escaparate un artista que tenía de zoología unos conocimientos absolutamente quiméricos había pintado un supuesto simio bebiendo cerveza. Entró. Dick Roman se acercó al establecimiento y miró a través del escaparate. La muchacha estaba dentro de la cabina telefónica, y como se había retirado la caperuza, podía reconocérsela sin dificultad. Era Minnie Waletzka, efectivamente, y sin duda hablaba con Bruno. El

G-man

pensó que sería una pena si le daba el aviso por teléfono. Había confiado en que la chica le conduciría al italiano, pero el teléfono iba ahora a estropearlo todo.

Roman recobró su confianza al ver que Minnie, terminada su conferencia, no salía a la calle, sino que, por el contrario, se dirigía al fondo del local, hacia unas medias puertas batientes, empujaba éstas y desaparecía al otro lado. Allí debía de haber reservados, o un salón interior, o ambas cosas. Era un lugar excelente para una cita con Bruno, contando con que Bruno tendría en aquellos momentos una explicable predilección por la discreción y las sombras.

El agente entró y pidió en la barra una cerveza. Observó al hacerlo que la concurrencia visible era predominantemente femenina. Una muchacha de cabello teñido de rojo, a su izquierda, engullía a cucharaditas un yogur. Otra, a su derecha, resolvía el crucigrama de un periódico de la noche. Una tercera, más allá, contemplaba abstraída el fondo de su vaso vacío.

Para pagar, Roman sacó deliberadamente el mayor de los

billetes que llevaba en el bolsillo. La muchacha del crucigrama pestañeó como si se hubiera deslumbrado. Durante unos segundos permaneció con el bolígrafo en el aire. Luego esbozó una sonrisa, se enderezó sobre el taburete en que estaba sentada y echó su chaqueta un poco atrás. Debajo de la chaqueta vestía una artística blusa de punto.

Roman encontró su mirada y respondió a la sonrisa con otra.

—Se aburre uno cuando llueve, ¿no? —comentó después.

Ella pestañeó de nuevo. Puso una cara como si fuera a pronunciar una frase la mar de ingeniosa, y replicó:

—Según.

—Yo sí me aburro.

—¡Oh, no, imposible! —Denegó la muchacha, con la misma cara—. Parece usted muy inteligente, y dicen que las personas inteligentes no se aburren jamás.

—De modo que parezco inteligente.

—¡Oh, ya lo creo! Se conoce a las personas inteligentes porque suelen llevar el bolsillo bien provisto de dinero.

—¿Está segura?

—¡Oh, sí, completamente segura! Esas personas luego se gastan el dinero invitando a una chica a bailar y a tomar unas copas. Nunca se aburren.

—¡Qué curioso! —comentó Roman—. Y eso de las invitaciones, ¿dónde es?

La muchacha señaló con el mentón hacia las puertas batientes.

—¡Oh! Ahí dentro, pongamos por caso. Hay buena música y se bebe a gusto.

El

G-man

sintió ganas de reír.

—¿Tiene ese paraíso alguna otra entrada? —inquirió.

Esperaba que ella comenzaría la frase diciendo «oh», como parecía tener por norma, pero estaba equivocado.

—Tiene una puerta trasera que da al callejón —repuso—. ¿Qué le ocurre? ¿Una novia celosa?

—No. Es que mi mamá se enfada si bailo con desconocidas. —Roman recogió el cambio de su billete y apuró la cerveza—. ¿Vamos?

—¡Cómo no!

Fueron. Se doblaba un recodo, se trasponía una segunda puerta y se encontraba uno en un salón de ambiente almibarado, a media luz, donde unos altavoces invisibles producían una música lenta y ramplona. Las mesas estaban separadas por tabiques de contrachapado pintados de colores. El lugar sorprendió a Reman por su ingenuidad. Esperaba otra cosa, no un nido para novios de barrio.

Acudió un camarero.

—¿Hay aquí alguna muchacha sola? —le preguntó, bruscamente, el G-man.

El hombre se quedó parado.

—Señor, yo no suelo ver nada de lo que ocurre.

—Dudo que haya nunca mucho que ver. De todos modos, ¿qué tal con estas gafas?

El camarero miró el billete de cinco dólares, lo recogió rápidamente e hizo una mueca.

—Tercera mesa de la izquierda. Sola. Y muy bonita.

El tabique impedía ver la mesa en cuestión, pero no a cualquiera que se le aproximase. Roman asintió, satisfecho.

—Okey. Traiga unas cervezas, para empezar.

La muchacha preguntó, con recelo:

—¿Qué demonio pasa? ¿Para qué quiere...?

—Siéntese —la interrumpió él, con la mayor amabilidad. Retiró la silla para ella—. Fíjese qué música más bonita tocan.

CAPÍTULO VII

El salón tenía, efectivamente, una puerta trasera, que no tardó en abrirse. Entró un hombre. Su cara era invisible en la penumbra, pero Roman advirtió que se encaminaba directamente al tercer compartimiento de la izquierda y esto le bastó para identificarle. Había logrado atrapar a Bruno Nazzi. El italiano estaba ya en el cepo.

—Vuelvo enseguida —dijo a su compañera. Ella inició una protesta que no prosperó—. Pida más cerveza, si le apetece.

La muchacha suspiró, resignada.

—¡Qué pena que esté usted loco! Nos hubiéramos divertido en grande.

Él se alejó sin hacerle caso. Rebasó de una zancada el tabique que ocultaba la tercera mesa y se plantó ante esta de sopetón.

—Hola, Bruno —dijo—. ¿Me recuerdas?

El italiano, que estaba saludando con un beso a Minnie, se volvió como si le hubiera picado una víbora.

—¡Si se ha creído usted que...!

Había intentado reaccionar violentamente, pero vio que la mano derecha de Roman se encontraba en el interior de su chaqueta de cuero y esto le frenó. Con absoluta frialdad, el G-man

le cacheó a través de la mesa y le quitó del cinto un revólver.

Bruno murmuró, asombrado:

—El hermano de Connie.

—Buena memoria.

Minnie, por su parte, balbucía:

—Es... es el hombre... el que dijo...

—¡Idiota! —Bruno la había entendido perfectamente—. ¡Te has dejado embaucar por este cerdo! ¡Idiota, más que idiota!

—No se ha dejado embaucar sino a medias —intervino Dick,

sentándose frente a ellos—. La policía anda detrás de ti, Bruno, eso es verdad. Y no me gusta que me llamen cerdo cuando le hago a alguien un favor.

El italiano le miró con perplejidad.

—Ya sé que la policía me busca, truenos —exclamó—. ¿O es que te figuras que soy ciego y sordo? ¡Lo que quiero saber es por qué me buscas tú!

—Quizá porque espero que me conduzcas hasta Connie.

—Pues estás listo si esperas eso.

—Y por otra razón mucho más seria —añadió Roman, con voz fría—. Porque necesito saber a quién le dijiste la otra noche que yo soy su hermano. Al salir del «Calypso» no me apiolaron por poco. Sólo tú pudiste chivarte, Bruno, y eso es lo que ahora mismo vamos a aclarar.

Bruno demostró sorpresa, real o fingida.

—¿Chivarme yo? ¿Qué me importa a mí quién eres?

—Elige entre hablar para mí o hacerlo ante la policía.

—¡Un pepino de policía! —replicó el italiano, desafiante—. ¿Llevarme tú a la policía? ¿Tú? ¡Me gustaría verlo!

—Lo verás —anunció Roman.

Su mano semejó volar por encima de la mesa. Dio de canto en el cuello de Bruno, bajo la oreja, y el terrible golpe hizo vacilar al italiano y le derribó de la silla. Dick le agarró de las solapas y lo enderezó sin contemplaciones.

—Muy bien, valiente. —La voz del

G-man

cortaba como un cuchillo—. Marcha derecho ante mí si no quieres que te trufe el cuerpo con plomo.

Minnie sollozaba en silencio, sin osar siquiera moverse. Su hombre, aturdido por el golpe, obedeció. Algunas parejas asomaron la cabeza por los tabiques al ruido de la disputa, pero a nadie se le ocurrió ni remotamente intervenir. En el mundo a que pertenecían era ley no mezclarse en los asuntos ajenos.

Cuando salió a la calle por la puerta trasera, Roman recibió de lleno en el rostro el viento y la lluvia. Ésta había arreciado. Hacía una noche de perros. El callejón con que comunicaba aquella puerta estaba convertido en un lodazal.

Sin ganas, aunque dócilmente, Bruno avanzaba paso tras paso.

De pronto, una especie de trueno retumbó muy próximo en la estrecha calleja. Pero no era un trueno. Dick vio a través de la cortina de lluvia los fogonazos de un arma y se lanzó en plancha hacia el abrigo de algo que resultó ser un depósito de basuras. Las balas, al mismo tiempo, rebotaron zumbando en el asfalto y arrancaron esquirlas a los ladrillos de la pared.

Roman oyó un extraño chillido y miró a Bruno. El italiano, tocado, se revolcaba en el lodo.

—¡Cúbrete! —le ordenó.

Lo ordenó en vano. Murmurando una maldición, asomó por detrás del depósito y trató de localizar el punto de donde brotaban los tiros. Apuntó cuidadosamente. Su pistola no se encasquilló esta vez. Hizo tres disparos, cuyos ecos fueron seguidos al extremo de la calle por un agudo gemido de dolor. Un bulto se desplomó en el quicio de una puerta.

Roman pensó con satisfacción: «Uno menos». Estaba claro que la temible y misteriosa fuerza que había borrado del mundo a Lou Sexton, Doris, Lane y el teniente Parker, entraba de nuevo en acción. A Bruno lo habían seguido sus propios compinches, suponiendo que fueran sus compinches.

«A no ser —se dijo el
G-man

—, a no ser que ¡me siguieran a mí!».

Al extremo del callejón, en la calle inmediata, apareció un auto. Los rápidos fogonazos de una metralleta relampaguearon en él. Roman se tendió detrás del depósito de basura cuan largo era y dejó que pasara la ráfaga. Luego, por un flanco de su parapeto, apuntó a la ventanilla delantera del coche. Tampoco entonces su pistola falló. Los fogonazos cesaron bruscamente. La portezuela del vehículo se abrió. Un hombre quedó con medio cuerpo colgado fuera, barriendo el agua del suelo con una mano balanceante. Un sombrero rodó hasta el centro de la calzada.

Se hizo el silencio. Sólo se oían el riego de la lluvia sobre el asfalto y los débiles ayes de Bruno.

Roman preguntó:

—¿Dónde te dieron, muchacho?

—En las piernas, en el estómago. No puedo moverme. ¡Hijos de perra, malditos, canallas asquerosos! ¡No puedo moverme! ¡Me han

matado!

—Todavía no —replicó el agente, casi en un murmullo—. Todavía vivirás para enviarlos a la silla eléctrica.

Como el silencio persistía, abandonó su refugio, se levantó y se cargó a hombros al herido. Echó a andar hacia la calle principal, pero arrimándose a la pared para resultar menos visible. Estaba empapado y cubierto de maloliente lodo. La lluvia formaba en aquel momento una espesa cortina de agua que caía con estrépito semejante al redoble continuo de un tambor.

Entonces sonaron dos detonaciones.

Tan fuerte era el ruido que Roman las oyó apenas. Lo que sí notó fueron sus efectos: dos sordos y siniestros choques a su espalda. Bruno emitió un gáñido que se cortó en seco. Su cuerpo sufrió una convulsión y después quedó inerte. Su peso aumentó. Las dos balas solitarias lo habían matado.

Sonaron tres detonaciones más.

Roman arrojó al suelo su inútil carga para ponerse a cubierto del nuevo y todavía invisible agresor. El cadáver hizo *chap* sobre el barro. Dick sé agachó e intentó valerse de él como parapeto. Enseguida, con su pistola y el revólver que le arrebatara a Bruno, comenzó a responder locamente a los disparos.

No tardó en comprender que su posición era insostenible. Aquellos disparos procedían de un coche que avanzaba lentamente a su encuentro. Pronto le pillarían de flanco y estaría perdido.

Se levantó y echó a correr. Las balas silbaban a su alrededor. La lluvia le cegaba y le ahogaba. Oyó cómo roncaba el motor del auto, lanzado súbitamente en su persecución. El callejón era una trampa. Se daba plena cuenta de que le cazarían como a una alimaña si no encontraba un medio de salir de allí.

El muro de ladrillos parecía la única vía de escape. Roman no lo pensó dos veces. Saltó desesperadamente y se agarró con la punta de los dedos al borde superior. Se izó a pulso, recurriendo a todas sus fuerzas, mientras las balas mordían rabiosamente en torno, sin reparar en que la pernera de su pantalón y la carne de su pantorrilla se desgarraban en un clavo que sobresalía de la pared.

El esfuerzo le situó arriba. Se dejó caer a ciegas al otro lado, sobre un montón de cascotes. Luego corrió como un condenado. Salvó otro muro, una valla de madera, un inmenso charco de agua,

un solar sembrado de escombros, hasta asegurarse de que ya las balas no le amenazaban y se había librado de sus perseguidores.

Se paró para recobrar el aliento, apartando de sus ojos los cabellos chorreantes. Las luces de una calle se distinguían a su derecha. Anduvo hacia allí. Momentos después llamó a un taxi, que no le hizo caso. En el estado en que se hallaba, mojado, cubierto de barro, oliendo a podredumbre, no era probable que lo recogieran. Al siguiente le amenazó con la pistola.

—Estropearé para siempre la tapicería —arguyó el chofer, al darse cuenta de que no era un atraco—. Y la compañía me impondrá una multa. ¡Hombre, hombre, tenga piedad!

Roman no tuvo piedad. Entró y se acomodó en el asiento. Balanceó el arma.

—Es preferible pagar una multa que pagar con la vida, hermano. No estoy de humor para tonterías. A la Décima Avenida, pronto.

La inmovilidad en el interior del taxi le dio frío. Tiritaba cuando llegó a su apartamento de la Décima Avenida. Sucio, empapado, con una pierna sangrante, pocas veces en su vida se había sentido peor.

Su primera medida fue meterse bajo la ducha hirviendo, y permaneció soportándola hasta que reaccionó. Después se desinfectó y vendó la herida de la pantorrilla. Por último, se preparó un «grog» de su invención, potente como un explosivo.

Mientras saboreaba el mejunje, sin otra ropa que una toalla arrollada en torno al cuerpo, fumando un cigarrillo, llamaron a la puerta. Salió a abrir con la pistola en la mano.

Era el repartidor de telegramas. La pistola le dejó indiferente.

—Firme aquí, señor.

Roman firmó y le dio propina. Abrió el telegrama apenas se hubo marchado. Era de Arabella.

«Temo nos siguieron. Me vigilan. En mi ausencia registraron equipaje. Me voy. Dejaré a nombre de usted en hotel mi nueva dirección.

»A».

El
G-man,

sombrío, terminó el «grog» de un trago, se preparó otro más fuerte todavía que el anterior y le bebió, acompañado de un par de aspirinas. Sin pérdida de tiempo se vistió y se dispuso a partir. Momentos antes, agotado, no pensaba sino en meterse en cama. Ahora pensaba muchas otras cosas, entre ellas que la vida de aquella muchacha de sonrisa pícara y alegres ojos claros le importaba más que nada en el mundo y que él era responsable directo de cuanto pudiera ocurrirle.

Ya en la calle, tomó su coche y buscó un «*drugstore*» abierto. Adquirió un surtido de bocadillos y un termo de café caliente. Poco después salía del centro de la ciudad y embocaba la carretera, hacia Groton, rodando a ciento cincuenta por hora.

Durante el trayecto comió, bebió, fumó y cantó casi sin parar, con el único objeto de no dormirse al volante. Pero llegó a Groton completamente despejado, que era más de lo que se proponía.

En el Hotel Marino, aparte el rótulo, sólo estaba encendida la luz de la oficina de recepción. Todo respiraba tranquilidad.

—¿Un recado de la señorita Taylor? —preguntó con voz soñolienta el conserje nocturno, en respuesta a su pregunta—. ¿Qué recado?

—No lo sé. Un recado a nombre de Richard Roman.

—¡Oh, calle, sí! —El hombre comenzaba a despertarse—. Escrito no dejó nada, por supuesto, pero esta noche, cuando ella se marchó, el señor que la acompañaba me encargó que si usted venía, le dijese que la señorita se trasladaba al Panoramic Hotel.

Roman sintió como si un trozo de hielo le recorriera la columna vertebral.

—¿Dónde está eso?

—En los acantilados, saliendo por la Ruta Sur. No tiene pérdida.

—¿Quién era ese hombre?

—¡Ah! Yo no sé, señor.

—¿Acompañaba a la señorita Taylor?

—Sí. Él y otro. Estuvieron con ella, en sus habitaciones, desde antes de que entrara yo de servicio hasta las once y pico, cerca de las doce. Primero se marchó el otro. Luego, la muchacha con el que dejó el recado.

El rostro del

G-man

semejaba tallado en piedra.

—Póngame en comunicación por teléfono con el Panoramic Hotel.

El conserje asintió.

—Pase a la cabina, señor. Enseguida le pongo.

Respondió a la llamada una voz aguardentosa, que probablemente sonaba así a causa del sueño.

Roman inquirió:

—¿Han llegado esta noche al hotel dos hombres y una muchacha?

—Si —el dueño de la voz carraspeó ruidosamente, pero no consiguió aclarársela—. Están aquí. No tengo más cliente que ellos y un matrimonio anciano. ¿Quiere hablarles o qué? Es muy tarde, ¿no le parece?

El agente federal se pasó la lengua por los labios.

—Les veré mañana. Sólo deseaba asegurarme. Buenas noches.

Las noticias que acababan de darle iniciaron dentro de su cabeza una frenética danza. ¿Quiénes eran los dos hombres? ¿Por qué se había trasladado Arabella al hotel sin dejarle un mensaje más explícito? Si había ocurrido lo peor y se trataba de un secuestro, ¿por qué los secuestradores trazaron tras de sí una pista tan deliberadamente clara?

No quedaba otra solución que visitar el Panoramic, fuese tarde o no lo fuese y averiguar en qué consistía el misterio. Roman se encogió de hombros. Según sabía por experiencia, había noventa y nueve probabilidades sobre cien de que el misterio consistiera simplemente en que el capitán Sanders había tomado sin prevenirle la iniciativa. El debió comprobarlo antes de salir de Nueva York. No hacerlo fue un descuido. Sin duda los desconocidos que vigilaban a Arabella y registraron su equipaje en su ausencia eran agentes del FBI enviados por Sanders después de que él le hubo revelado el paradero de la muchacha. Por alguna razón, los agentes habían preferido trasladar a la joven a otro hospedaje. Sí, fue un tonto descuido no llamar a Sanders y enterarse de cuál era la verdadera situación. Ahora no tendrían lugar las dudas.

Roman abandonó el hotel y regresó a su coche. Consultó el reloj. Faltaban para el amanecer tres horas escasas.

Arrancó. Se hallaba en la población de Groton y guiándose por

los rótulos indicadores, tomó la Ruta Sur. Estaba seguro de que no le sería difícil descubrir el hotel junto a la carretera.

Así fue. Las casitas del parador se hallaban esparcidas por un pintoresco roquedal, entre pinos. En nada se diferenciaban de los pabellones de otros establecimientos semejantes. Las luces de los caminitos que las comunicaban unas con otras daban al conjunto un aspecto, sobre todo de noche, como de ciudad en miniatura.

En vez de llegar hasta la entrada y dejar el coche en la zona de aparcamiento, el agente federal frenó doscientos metros antes, bajo los árboles que festoneaban una playa. Tanteó la pistola que llevaba en la funda axilar, se apeó y echó a andar hacia las casitas. No tomaba ninguna precaución. No sabía en realidad a qué atenerse respecto a lo que le esperaba.

Vistas de cerca, las lindas construcciones mostraban bastante descuido. La estación no era la más apropiada para el turismo y se notaba que casi todas ellas llevaban algún tiempo deshabitadas. Las contraventanas y puertas necesitaban una mano de pintura. Abundaba la hojarasca. Crecían hierbajos entre las losas.

Aparentemente, sólo los seis pabellones más próximos a la entrada se hallaban en perfectas condiciones de uso. Sin embargo, fue en uno de los más alejados donde Roman distinguió un rayo de luz.

Hacia él se dirigió para asegurarse. Ciertamente, el rayo salía a través de una persiana mal ajustada. ¿Había que suponer que el matrimonio anciano, únicos huéspedes con excepción de los dos hombres y Arabella, velaban todavía a aquellas horas?

El

G-man

se dispuso a acercarse más y aplicar un ojo a la abertura para inspeccionar el interior de la casita. Fue entonces cuando una voz perentoria sonó detrás de unos arbustos:

—¡Por fin te atrapé! No te muevas y levanta las manos. Despacio, ¡sin hacer tonterías!

El dueño de la voz estaba un poco lejos y permanecía invisible. Dick escrutó en vano la negra masa de follaje. Fingió obedecer. De pronto, empero, se volvió y saltó.

Una detonación y el chasquido de una bala aplastada contra la pared del pabellón le obligaron a arrojar al suelo. Sabía muy bien

que la muerte le había rozado, lo cual significaba que su enemigo era un tirador excelente, sólo la obscuridad, el juego de luces y sombras, su propio movimiento y las ramas del arbusto habían impedido que la bala que silbó tan próxima fuera mortal. Quizá otra vez no tuviera la misma suerte.

Rodó sobre sí mismo hasta que las tinieblas lo ampararon, y de este modo consiguió que el segundo disparo fuera mucho menos peligroso de lo que temía. En cambio, le reveló la situación del tirador. Éste, probablemente para disponer de mayor campo visual, había retrocedido desde el arbusto a una esquina de la casita inmediata. Su tercer tiro sí fue bueno: el *plof* de la bala al hundirse en la hierba le indicó a Roman que la protección de las tinieblas distaba mucho de ser efectiva.

El

G-man

se dirigió a rastras al pórtico del pabellón. Llevaba la pistola en la mano, pero no quería disparar hasta estar a cubierto, pues hacerlo entonces y fallar era descubrir su situación, o sea algo parecido a suicidarse.

Acababa con un suspiro de satisfacción de tenderse tras de uno de los pilares del porche, cuando vio asomar cautelosamente la cabeza de su contrincante por la esquina. Hizo fuego antes de que el otro se percatase de que había mudado de posición. Se oyó un juramento y desapareció la cabeza, pero inmediatamente sonó un disparo. Dick lamentó su fallo, con el cual malograba una ocasión que acaso no volvería a repetirse.

Tal como estaban, parapetados ambos, era difícil lograr un blanco bueno. No obstante, las circunstancias favorecían al agente federal. El tiroteo alarmaría al personal del hotel y la policía sería avisada. Por ello, para ganar tiempo, Dick se resignó a aquella pequeña guerra de trincheras. Haberse librado de las primeras balas significaba ya para él un triunfo.

Su enemigo disparaba de vez en cuando. Roman también. Su única preocupación era no descuidarse y, por el contrario, descubrir al otro.

Pero luego, inesperadamente, tras del estridente silbido de un proyectil que rebotó en las losas, sintió como si en el suelo se abriera una profunda sima. Algo golpeó su nuca. La cabeza le crujió

igual que si se la oprimieran con un cascanueces. Al instante se sumió en un pozo sin fondo, negro primero salpicado de luces multicolores bailoteantes después. La pequeña guerra había terminado.

—Ya puedes venir, Benny —se oyó en la obscuridad del jardín—. Lo he dejado K.O.

Una sombra gigantesca se destacó de la casita inmediata. El hombre se aproximó, guardándose el arma en la cintura.

—¿Es él? —preguntó.

—No le veo bien la cara. Llémosle adentro. Y prepárate, porque ese viejo del hotel vendrá a ver qué ha pasado.

—Descuida —el gigante, ahogó la risa—. Le diré que andábamos detrás de esta pareja de delincuentes y que hemos logrado cazarlos aquí.

—Hum —gruñó el otro.

A rastras, metieron el cuerpo inanimado de Roman en el pequeño vestíbulo del pabellón por cuya ventana viera salir luz el G-man.

El individuo que había derribado a éste golpeándole por la espalda, comenzó a registrar sus ropas.

—Es tal como lo describió el italiano —comentó Benny—. Un bonito trabajo, ¿no crees, Jack?

—Aguarda. —Jack inspeccionaba los bolsillos uno a uno—. Lo único que puedo afirmar es que éste es el tipo que viajaba con la muchacha en el tren. Lo que dijera el italiano... Eh —el hombre había encontrado algo que casi le hizo saltar de sorpresa—, eh, Benny, ¡fíjate! ¡Pero si es un policía federal! ¿Qué te parece eso?

Lo que Jack había encontrado y mostraba a su compañero era la credencial de Roman. Benny la examinó.

—Y su nombre no corresponde para nada con el de la chica. La cosa cambia, ¿no? ¿Qué hacemos?

—De momento, llevarlos allá. Ellos decidirán lo que más convenga.

El teléfono se puso a sonar. Los dos hombres se miraron. Jack dijo:

—Contesta. Saben que estamos aquí.

Benny obedeció.

—Diga.

Se oyó un cotorreo metálico ininteligible. El pistolero esbozó una sonrisa sarcástica.

—No se preocupe —respondió fríamente—. Todo ha pasado ya. Puede venir si gusta. Hemos atrapado a dos tipos peligrosos. Hombre y mujer.

El parloteo prosiguió.

—No. No hace falta que avise a la policía. Somos del FBI. Cuando pasemos por Groton daremos parte nosotros mismos. Muchas gracias por su interés. Si en todas partes tropezáramos con personas así de decentes, nos ahorraríamos la mitad del trabajo.

Benny colgó.

Momentos después sonaron unos golpes en la puerta y apareció un hombre de cabello gris y boca sin dientes, tan asustado como si hubiera visto un fantasma. El gigante, con el mayor aplomo, le mostró el distintivo federal perteneciente a Roman. No era la primera vez que se valía de semejante ardid, y se le notaba la práctica que tenía en ello.

El hombre balbució unas palabras no demasiado claras. A poco, cuando, cínicamente, Benny y Jack volvieron el cuerpo del G-man

de cara al suelo y le ataron las manos a la espalda, se retiró.

Benny emitió un cloqueo para despedirle. A continuación, pasó al dormitorio inmediato y soltó a Arabella, que estaba amordazada y atada a una silla. Volvió a amarrarla, pero sólo las manos. La obligó a caminar hacia el vestíbulo.

Aunque se sobresaltó al ver a Roman caído e inmóvil, la muchacha procuró disimularlo y no dar muestras de que le conocía. Pensaba vagamente que de este modo le ayudaría, pero los dos hombres apenas le hicieron caso. La cuestión no parecía interesarles.

—Cuida de la chica —indicó Benny a Jack.

El, por su parte, levantó al G-man

y se lo cargó al hombro. Así salieron de la casita y, por los senderos iluminados como para una verbena, se encaminaron a la zona de aparcamiento. Tenían en ésta una furgoneta. No tardaron en dejar atrás el hotel y rodar a buena velocidad en dirección a Nueva York.



Se echó el herido al hombro...

Atados ahora de pies y manos con recios alambres, Arabella y Roman viajaban en la trasera del vehículo, uno junto a otro en la obscuridad. La muchacha tenía su rostro inmediato al del hombre y escrutaba ansiosamente cualquier signo de que recobrarse la conciencia.

Cuando Dick empezó a moverse, ella susurró:

—¿Cómo se encuentra? ¿Está herido?

No obtuvo respuesta.

—Soy Arabella Taylor, aquí, a su lado, ¿no me ve? —insistió—. ¿Cómo se encuentra?

La voz del policía sonó débilmente:

—Mientras siga usted ahí, como en el mismo cielo.

—Celebro que no haya perdido el buen humor.

—¿Qué ha pasado?

—Nos han atrapado a los dos. A mí me detuvieron al salir de la Oficina de Telégrafos, cuando acababa de enviarle a usted el telegrama. Luego... he estado oyendo los tiros...

—¿Qué lugar es éste?

—Una furgoneta en la que nos llevan a alguna parte.

—¿Sabe a dónde?

Arabella murmuró con hastío:

—No.

El motor del vehículo emitía un ronquido siniestro, y esto era todo.

CAPÍTULO VIII

El nudo que unas manos hacen, otras lo pueden deshacer. La única condición es que estas manos lo alcancen, cosa no difícil de lograr entre dos personas que se hallan tendidas muy próximas y en un lugar oscuro.

Quizá Benny y Jack no pensaron en esto. Lo más probable, empero, fue que sí hubieran pensado, pues, cuando consiguió que Arabella le librase de los alambres, Roman intentó abrir la puerta trasera de la furgoneta y la encontró cerrada con llave. La fuga resultaba imposible. Su situación era la misma que si viajara en el interior de una caja fuerte. Le habían despojado, no ya de su pistola, sino de su llave maestra y del cortaplumas de uso múltiple que, generalmente, tan buenos servicios le prestaba. Sus esfuerzos al respecto no dieron resultado.

Tuvo que declararse vencido y volver al lado de su compañera. Ella no dijo una palabra, pero apoyó una mano sobre la suya y no la retiró. Para Roman, no era ni mucho menos la primera vez que la mano de una mujer descansaba en la suya; por ello le sorprendió que un escalofrío recorriera su espalda y que el contacto de aquella mano le hiciera sentirse acompañado, comprendido y, por decirlo así, completo. Una intensa placidez le invadió. Descubrió repentinamente que nada le importaba lo que les aguardara al fin de aquel viaje. Sólo deseaba que éste durase eternamente.

No duró eternamente. Llegó un momento en que la furgoneta se detuvo. Las maniobras que efectuó antes y la resonancia de los últimos ronquidos del motor dieron a Roman la impresión de que lo hacía en un sitio cerrado, fuera garaje o almacén.

Sonaron voces. Luego, silencio.

Hubo de pasar un cuarto de hora hasta que de nuevo se percibieron en derredor signos de vida. Las voces que volvían a sonar parecían corresponder a no más de cuatro hombres.

Una llave se introdujo en la cerradura de la puerta de la furgoneta. Roman se agazapó al fondo de ésta. Todos sus músculos estaban en tensión. Abrir aquella puerta sería como abrir la jaula de un tigre.

Lo fue. Roman se precipitó al cuello del primer hombre que apareció ante él, le derribó de espaldas y ambos rodaron por el suelo estrechamente unidos. El hombre se debatía con desesperación, tratando de librarse de aquellas manos de hierro que por momentos lo estrangulaban; y no lo hubiera conseguido jamás, de no ser porque alguien terció en la lucha.

Un culatazo en el cráneo inmovilizó al G-man.

Todo semejó derrumbarse en torno suyo. Dado casi en el mismo punto en que recibiera el anterior, el golpe le resultó una salvaje y contundente anestesia.

Dick no supo que continuaba vivo hasta una hora después. La cabeza le dolía terriblemente. Se sentía magullado como si sobre él hubiera pasado al galope una manada de caballos salvajes. Tenía otra vez las manos sujetas a la espalda, pero ahora con fuertes esposas de acero. Estaba a oscuras. Solo. No podía hacer nada, excepto esperar. O dormir, que fue lo que intentó.

Había logrado sumirse en un doloroso sopor cuando oyó pasos. Alguien le zarandeó brutalmente. Un cubo de agua helada le cayó encima.

—Hala, despierta, ya es suficiente —dijo una voz.

—No ha habido para tanto. Sabrás lo que es recibir de verdad en cuanto empiece yo la tarea... Despierta, ¿no me has entendido?

El agente recobró por completo la noción de la realidad y abrió los ojos. Estaba en una habitación de paredes desnudas, sin otra abertura que una puerta forrada de acero, iluminada por una solitaria bombilla. El olor y las características generales de la pieza le indujeron a suponer que se encontraba en los sótanos de algún edificio.

—Levántate —insistió secamente la voz—. Tienes las piernas libres.

Su dueño era un gigantón velludo, rudo, con la cara tan angulosa que parecía tallada en la roca por algún instrumento primitivo; una cara prehistórica, incómoda, molesta, que no hubiera

servido ni para las películas de Frankenstein.

Roman se levantó trabajosamente y se quedó mirando el hombre con insultante fijeza.

—Benny Wetzel —dijo—. El asesino de Lou Sexton, de Doris Lane y del teniente Parker. No serán muchos los que tengan el privilegio de verte a partir de hoy. La silla eléctrica, achicharrándote, se lo impedirá.

—Oh, un fanfarrón —replicó Benny entre dientes.

—No te tomes tanto trabajo en hablar, pimpollo. No te va a servir de nada, te lo prometo.

—Prometer cuesta poco. Pero el mundo da muchas vueltas, y quién hoy está abajo, mañana está arriba. Benny, tú no tienes escape.

—Hala —el gigante empujó a Roman hacia la puerta—. Quien no tiene escape eres tú. Sabes demasiado y hablas demasiado.

Condujo al

G-man

a una habitación cercana, situada al otro lado de un pasillo de ladrillos desnudos. Al entrar en ella, Roman recibió como si fuera un choque una oleada de luz intensísima y aire caliente. Un par de focos dirigidos hacia la puerta le obligaron a dar involuntariamente un paso atrás. Las pesadas manos de Benny volvieron a empujarle, lanzándole al centro de la pieza. La puerta se cerró tras él.

Aquella luz torturante parecía inundarlo todo. Roman adivinó que alguien estaba detrás de las lámparas, pero no pudo verle.

—Siéntate —le ordenó una voz profunda.

Obedeció, dejándose caer en una silla de madera, dura y de respaldo recto, que aparecía bajo la cascada luminosa. Pese al poco tiempo que llevaba allí, Roman había ya empezado a sudar. Ni aun cerrando los ojos podía librarse del alucinante resplandor, y las esposas le impedían utilizar las manos como pantalla.

La voz sonó de nuevo. Su bajo y grave tono carecía de matices, pero resultaba tan tétrico, tan amenazador, que casi rozaba el melodrama.

—No hay solución: tu única salida es hablar —las frases brotaban lentamente, con las palabras claras y marcadas—. En realidad, nada tenemos contra ti, ni nos interesa chocar con la policía federal. Pero, si quieres librarte bien de esto, has de hablar.

Te supongo lo bastante inteligente para comprenderlo.

«Las personas inteligentes nunca se aburren», pensó Roman. Era la muñeca aficionada a los crucigramas quién se lo había dicho. Sintió ganas de reír.

—Pregunta lo que sea y acabemos cuanto antes...

—En primer lugar, ¿qué es para ti Connie Ball?

Dick contestó sin vacilar:

—Una muchacha a la cual se me encomendó buscar, y luego vigilar, como consecuencia del asesinato de su amiga Doris Lane.

—¿Nada más?

—Nada más.

—No te creo.

—Peor para ti. Si tienes razones para suponer que miento, sabes acerca de mí mismo más que yo.

—Sé que en alguna ocasión has afirmado ser el hermano de esa muchacha. No puedes negarlo ahora.

—¡Idiota! —replicó Roman, sarcásticamente—. ¿Para qué negar esa tontería? ¿O eres tan ingenuo que te la has tragado? Soy un policía, y me valgo de cualquier recurso que se me ocurra con tal de obtener información. Echa una mirada a mis papeles. Si ves en ellos algo que te recuerde el apellido Taylor, dímelo.

Hubo un breve silencio. El tono de la voz se elevó un poco:

—Así que conoces el verdadero apellido de la chica.

—El FBI no es precisamente una organización da memos como tú. La identidad de la supuesta Connie Ball se descubrió a las pocas horas de haber muerto Doris Lane. ¿Qué más?

—Pues... que hablas mucho.

—¿No era eso lo que querías?

—Me parece sospechoso que un federal, un veterano, se preste a darle con tanta libertad a la lengua.

—Tú lees demasiadas novelas baratas. ¿Qué pasa? ¿Echas de menos la tortura, la resistencia a muerte del heroico agente que entrega su vida antes que revelar las valiosas informaciones que posee? ¿Es eso?

—Algo parecido —admitió el dueño de la voz.

—Bien, lo siento mucho. Aquí no hay secretos que guardar. Se trata de un simple caso criminal cuyos pormenores se comunican oportunamente a la Prensa. La fuerza, por lo demás, está de vuestra

parte, y no deseo ser víctima de una paliza sin un motivo realmente serio.

—Maldita cotorra —rezongó el hombre—. ¿Cómo explicas tu llegada a Groton anoche en un momento tan oportuno?

—¿Cómo explicas que tus hombres permitieran a la señorita Taylor enviarme un telegrama de aviso y dejaran en el hotel las señas a que la trasladaban? ¿No era mi visita a Groton lo que estaban esperando?

La siguiente pregunta fue:

—¿Qué se sabe en el FBI de la muerte de Doris Lane?

Roman se vio obligado a reflexionar. Dada la índole reservada del asunto, podía impunemente mentir o decir la verdad a medias, pues sería imposible comprobar sus palabras. Pero lo que más le convenía era meterle el miedo en el cuerpo a aquella gente que tan segura parecía de sí misma y de su mortífero poder, sembrar aunque sólo fuese una ligera alarma entre aquellos hombres que cometían sus crímenes con la tranquilidad de quien jamás ha tenido en cuenta que la Ley existe. Quizá con ello consiguiera salvar su vida y la de Arabella Taylor.

—En el FBI se saben, se suponen o están a punto de saberse muchas cosas —declaró—. Ahora bien, yo no soy sino un agente y conozco la parte correspondiente a mis pesquisas, nada más. Es el capitán Sanders quien tiene a su cargo el asunto.

—A ver.

—Por ejemplo, se sabe que el estúpido de Benny Wetzel cometió un error al matar a Doris Lane, pues la persona a quién había que suprimir era Arabella Taylor. Esta compartía el apartamento de Doris usando el nombre falso de Connie Ball.

—Bueno, ¿y por qué había que suprimir a Arabella Taylor?

—Por la misma razón que se la secuestró en Groton o se intentó anteriormente arrojarla del tren cuando se dirigió a San Luis. Desde el principio comprendió el FBI que la muerte de Doris Lane era ilógica. Empezamos a investigar en torno a la muchacha y nos aseguramos de que no existía para su asesinato motivo de ninguna clase. En cambio, todo resultó muy distinto apenas fijamos en Connie Ball nuestra atención. Infinidad de cosas interesantes salieron inmediatamente a la superficie...

La voz preguntó con patente curiosidad:

—¿Qué cosas?

—Que es hija del que fue fiscal de Pelhamville, Josiah Taylor, muerto en un presunto accidente de automóvil. Según creo, porque yo no intervine en este aspecto del caso, nuestras pesquisas en Pelhamville revelaron que había una base muy sólida para suponer que él accidente no fue tal, sino un asesinato amañado. La policía local, bajo presión de personas influyentes, le había echado al asunto tierra encima, pero no fue necesario escarbar mucho para que la verdad apareciese. Al fiscal lo mataron porque se había propuesto efectuar una investigación entre ciertas gentes adscritas a la Universidad Hopkins. Parte de la documentación que había reunido. —Roman comenzó a mentir con la mayor naturalidad— se encontró, tengo entendido, en la caja fuerte de un banco de Atlantic City, adonde Taylor la había llevado para que estuviera más segura. Me dijo el capitán Sanders que una encuesta federal entre el Consorcio Bancario le había descubierto la existencia de la caja, existencia que las peculiares circunstancias de la muerte de Taylor le habían hecho ya prever con anticipación. Poco después, nuestros agentes obtuvieron de la antigua criada del fiscal y de uno de los empleados de su oficina sendas declaraciones muy importantes. Parece que, la víspera de su muerte, en su despacho, Taylor sostuvo una violenta discusión con el entonces rector de la Universidad Hopkins. A juzgar por lo alegre que estaba el capitán Sanders la última vez que le vi, esta pista había dado excelentes frutos.

El timbre de la voz era ahora tenso:

—¿Y qué más?

—No conozco los detalles. Mi trabajo no ha tenido conexión con esa parte de las pesquisas. Yo he buscado y encontrado a Arabella Taylor, que era la orden que se me dio. De lo demás hablo por referencias.

Roman quedó bastante satisfecho de su discurso y del modo como su interlocutor lo había acogido. No obstante, si creía que con lo dicho se iba a librar de un interrogatorio más duro, estaba en un error. El diálogo no sólo prosiguió, sino que se hizo más agrio cada vez. El hombre oculto tras de los focos preguntaba por puro sadismo, sin descanso, utilizando sus preguntas como una especie de arma.

Como tales preguntas no le llevaran muy lejos, ordenó a Benny

intervenir. El gigante no habló, solamente se sirvió de los puños. Roman dejó que su cara se cubriera de sangre. No pronunció un lamento. Contestó a todo, pero sus ácidas y malignas respuestas no tranquilizaron al oculto interrogador, sino que despertaron e incrementaron progresivamente su cólera.

Cuando los golpes hubieron sumido al
G-man

en una vaga insensibilidad, en un sopor sudoroso, angustioso, el hombre dio una nueva orden y uno de sus esbirros salió de la habitación, para regresar con Arabella Taylor. En obsequio de la muchacha, la voz que brotaba de la obscuridad recobró su tono profundo y melodramático. Una mano se introdujo en el círculo de luz y señaló con ademán imponente a Roman, quien había caído de la silla al suelo.

—Vea como ha quedado su amigo. Esto le espera si se niega a hablar.

La joven se puso pálida. La cruda luz reveló un brillo de lágrimas en sus bellos ojos.

Dick, desde el suelo, vio aquel brillo.

—Hable, Arabella —dijo súbitamente—. No tema, no oculte nada. La criada y el empleado de su padre que escucharon su discusión con el rector de la universidad están bien protegidos por el FBI —el agente intentaba enterar a la muchacha de su falsa declaración—. Muy pronto...

—¡Cállese! —gritó el hombre detrás de los focos.

Pero Roman no calló. La historia de los documentos encontrados en la caja de un banco, la de la criada y el empleado del fiscal, tenía como principal objetivo salvarle la vida a Arabella. El

G-man

había llegado a la conclusión de que si ésta no sabía acerca de la muerte de su padre más que lo que le contó en Groton, la persecución de que era víctima, los intentos de asesinato, se debían a que ella era el único testigo contra el rector Sandburg y los elementos de la Universidad por lo ocurrido tres años antes en Pelhamville. En consecuencia, si lograba convencer a aquella gente de que existían dos testigos más y, por añadidura, pruebas escritas, la eliminación de la joven perdería toda su importancia. Matarla, imponerle silencio, de nada iba a servir. Era una chispa de

esperanza, pero Roman la había acogido con desesperación.

Dijo todavía:

—La silla eléctrica espera sin remedio...

Benny, rápidamente, le acometió. Sólo a patada limpia consiguió que callase. Arabella ahogó un chillido de horror.

Alguien entraba en la habitación en aquel momento. Una puerta se había abierto al fondo y, aunque borrosa, una figura se hizo visible en el marco iluminado. Al cerrarse la puerta, la figura desapareció. Se oyó al visitante y al interrogador cambiar unas palabras en voz baja.

Arabella, en pie y con las manos esposadas, permanecía en pie junto a la silla donde Roman estuvo sentado, procurando en vano acostumbrarse a la cegadora y agobiante luz.

Roman, por su parte, había sido empujado por el salvaje ataque a puntapiés de Benny hasta un extremo del círculo iluminado y se hallaba a corta distancia de la mesa que utilizaba el interrogador. Cuando se recobró del castigo observó que el trípode que sostenía uno de los focos estaba a menos de medio metro de sus piernas. En un súbito arranque de furor vengativo, le lanzó una patada. El reflector se tambaleó. Giró sobre sí mismo, iluminando por un instante el resto de la habitación y revelando la presencia de cuatro hombres.

Una aguda exclamación impregnada de asombro escapó de sus labios:

—¡Sandburg!

Su grito coincidió con el estrépito de los cristales al romperse en el suelo y la pequeña explosión de la bombilla, pero Dick Roman lo oyó perfectamente. ¡Sandburg estaba allí! ¡William Sandburg! ¡El antiguo rector de la Universidad Hopkins de Pelhamville!

¡El hombre a quién los archivos del FBI daban por muerto hacía más de un año!

Benny volvió a intervenir. Sus pavorosos puntapiés llovieron sobre Roman.

—Basta —ordenó una voz nueva, que probablemente pertenecía al misterioso personaje—. Devuélvele a su celda. Esto es inútil.

El

G-man,

agotado, permitió que el gigante lo levantara.

—No escaparás, Sandburg —articuló mientras Benny le llevaba hacia la puerta—. Todo el FBI te anda a los talones.

—No sabe cuánto lo siento, agente —dijo la voz, con frialdad—. Lo siento mucho. Haberme identificado le costará la piel.

Encerrado de nuevo en la tenebrosa habitación, Roman se convenció de que estaba perdido. Nada podía salvarle. Esperar del capitán Sanders y sus subordinados que le localizaran y acudiesen en su socorro antes de haber terminado de un balazo en la nuca, era suponerlos unos superhombres. El mismo ignoraba qué lugar era aquél, adonde le habían conducido desde el hotel de Groton, y carecía absolutamente de medios para comunicarse con el exterior, con el mundo ancho y libre que quizá para siempre había quedado fuera.

Un escalofrío le sacudió al pensarlo. Un escalofrío particularmente intenso, pues pensó también que aquel negro destino no iba a ser solamente su destino. Lo compartiría con Arabella Taylor.

CAPÍTULO IX

La voz de Sanders se alzó en la oscuridad de la sala, dominando el runruneo del proyector:

—Para la máquina, Joe. Vuelve atrás la película. Pasa de nuevo la última escena.

Las luces se encendieron. Tres hombres acompañaban al capitán. Fumaban tranquilamente, sin hablar. En los ojos de Sanders ardía una llamita de interés.

—¿Qué escena? ¿La de la furgoneta entrando en el garaje de la Universidad?

—¿No he dicho la última?

—Ujú.

Se oyó el ruido del celuloide al ser arrollado y las luces se apagaron de nuevo. Sobre la blanca pantalla se proyectó la imagen de una calle. Al fondo de la escena, un portalón ostentaba un rótulo en bronce que rezaba: «Universidad de Ciencias Sociales»; y en letras menores: «Patronato General de Estudios». Por la derecha entraba una furgoneta comercial con las siglas de la institución pintadas en el costado.

—¡Alto ahí! —Sonó de nuevo la voz del capitán—. ¡Fija esa imagen!

La escena se inmovilizó.

Sanders ordenó al cabo de un minuto:

—Sigue ahora despacio.

En la pantalla, aunque un poco borrosa, se distinguía a los dos ocupantes de la cabina del vehículo. El más cercano a la cámara, un hombre de constitución como la de un gorila, tenía un rostro duro, anguloso, granítico, poco agradable de contemplar.

Sin dirigirse concretamente a nadie, el capitán preguntó:

—¿A qué hora fue tomado esto?

—Ayer por la mañana —respondía uno de los hasta entonces

silenciosos espectadores—. Serían las nueve y media. Yo acababa de relevar a Johnny, y mi guardia empezaba a las nueve.

Sanders consultó su reloj a la luz del proyector.

—O sea que hace veinticuatro horas justas. Son las nueve.

—Exacto —asintió el hombre—. Hace veinticuatro horas, yo me encontraba tras del visor de la cámara, en la casa de enfrente de la Universidad. Servicio aburrido. El mes pasado me encargó usted filmar lo que pasaba en el apartamento de esa pepilla que bailaba en el «Hillybilly Follies», ¿recuerda? Eso fue un buen trabajo, qué demonio.

El capitán se puso bruscamente en pie.

—Conforme, basta ya —las luces volvieron a encenderse—. Hogan.

—Dígame.

—Llame usted a quién esté de guardia ahora en la casa. Quiero saber si la furgoneta ha salido, del edificio y, sobre todo, si lo ha hecho el hombre que la conducía. ¿Alguno de ustedes le ha reconocido?

—A medias —contestó el que antes aludiera a la muchacha del «Hillybilly Follies»—. La imagen no está clara.

—¿Y bien?

—Usted cree que es Benny Wetzel.

—Prescinda de lo que yo creo. ¿Qué opina usted?

—Sólo le conozco a través de fotografías, pero juraría que, efectivamente, es él.

—En tal caso, teniente, irá usted con dos agentes a la Universidad, y se dará una vuelta por ella, como si fuesen visitantes casuales. Allí esperará mis órdenes, pero, si se hace necesario, obre por propia iniciativa. Márchese ya.

—Okey —dijo el hombre, echando a andar perezosamente hacia la puerta.

Sanders oprimió uno de los botones del interfono fijo a la pared.

—Cuatro coches a la Universidad de Ciencias Sociales, en el Bowery —ordenó—. Deben estacionarse por las cercanías, permanecer en contacto por radio entre sí y a la escucha de mi emisor. Si sale algún vehículo del edificio, que lo sigan y me avisen de qué se trata —oprimió un segundo botón y añadió—: Diez agentes a la zona de la Universidad de Ciencias Sociales, en el

Bowery. Que vigilen por parejas, prestos a intervenir a la menor alarma.

El llamado Joe estaba arrollando la película.

—Le ha entrado a usted la fiebre, ¿eh? —comentó.

—Yo tenía una cadena abierta y los eslabones de sus extremos se me han unido por sí solos —dijo Sanders en tono soñador—. El círculo es ahora completo: Lou Sexton, Benny Wetzel, la chica asesinada en la creencia de que era hija del difunto fiscal de Pelhamville, la verdadera hija de éste, su amigo Bruno Nazzi, la Universidad donde Bruno colocaba sus cigarrillos de marihuana y, por último. Benny Wetzel otra vez. ¡Benny que entra conduciendo una furgoneta en esa condenada Universidad! Perfecto, Joe... Manos a la obra. Falta saber aún quién ocupa el centro del círculo de eslabones...

El capitán salió canturreando de la sala de proyección.

Esto ocurría a las nueve. Una hora más tarde, a las diez, la dudosa institución cultural en cuyo interior se admitían matarifes de la talla de Benny Wetzel y donde se permitía la venta de estupefacientes a tipos tan poco representativos de la alta cultura como Bruno Nazzi, vivía su período diario de mayor ajetreo. Los estudiantes que la frecuentaban ofrecían un muestrario de tipos que iban desde el líder político de taberna de barrio al campeón de salto de pértiga. La mayoría de ellos tenían un aire de personas sumamente importantes y hablaban como si estuvieran situados por derecho propio un kilómetro o dos más arriba del saber común de los seres humanos. No eran muchos, pasaban apenas del centenar, y era aquella apariencia de haber resuelto ya los problemas del mundo lo que más los caracterizaba.

En los pasillos y en el patio del edificio se hablaba, se reía, unos daban empujones a otros y un muchacho le golpeaba la cabeza a una muchacha con un libro forrado de azul, cosa que a ella semejaba producirle notable placer.

Apenas entraron, el teniente Crookes y los dos agentes enviados por Sanders comprendieron que les resultaría imposible pasar inadvertidos o confundirse con aquella gente de tan acusadas peculiaridades, en su mayor parte personas muy jóvenes. Su aparición fue inmediatamente notada, como lo hubiera sido la de un elefante en una jaula de conejos. Los tres eran vulgares hombres

de la calle, aburguesados e inexpressivos; y no había un solo vulgar hombre de la calle entre aquella concurrencia de personajes despeinados, ataviados con «*blue-jeans*», jerséis y cazadoras.

—Bien —suspiró el teniente—, no nos queda más remedio que fingir que venimos a resolver cualquier asunto en las oficinas, o a pedir alguna información, o a lo que cuerno sea, excepto a estudiar. Os parecéis tanto a un estudiante como yo me parezco a Leslie Carol.

Uno de los agentes arrugaba desdeñosamente la nariz.

—Intelectuales de la miseria —rezongó—. ¿Qué pepino es lo que les enseñan aquí?

—El arte de conseguir que todos seamos pobres —sentenció el otro.

Crookes atajó el diálogo con un ademán. Luego señaló la escalera que conducía al primer piso.

—Vamos.

Subieron. El piso estaba mucho más tranquilo que la planta baja. Unas cuantas parejas deambulaban por una larga galería conversando a media voz. A un extremo de la galería, una puerta y un pasillo llevaban a las oficinas de la administración.

Nada parecía en aquel lugar concretamente sospechoso y, sin embargo, algo raro flotaba en el ambiente; algo que inducía a los tres federales a aguzar el oído y abrir bien los ojos; algo anormal, como si bajo la capa de aquella juventud desenfadada y presuntuosa estuviera labrándose una oscura intriga.

Se hallaban los tres hombres sentados en un banco, como quien espera que de un momento a otro lo llamen desde una de las ventanillas, cuando de una puerta que ostentaba el rótulo de «Rectorado» salió un individuo que ni por su edad era estudiante ni por su aspecto funcionario o profesor. Se parecía a Robert Mitchum y llevaba un traje de gusto pésimo. Costaba poco imaginarle con una metralleta bajo el brazo.

El teniente Crookes enarcó las cejas.

El individuo en cuestión sacó del bolsillo un llavín, fue resueltamente hacia una puerta situada bajo el arco de la escalera y la abrió. Desapareció por ella. Debió de volver a cerrarla con llave desde el otro lado, porque se oyó distintamente el *cric* de la cerradura.

Minutos después, dos individuos más, uno alto y con el sombrero puesto, y otro bajo y pelirrojo, salieron del mismo despacho y desaparecieron por la misma puerta que el anterior, luego de que el primero de ellos la abriese también con un llavín.

Los tres federales se miraron y no tuvieron necesidad de hablar para expresarse lo que pensaban. Rápidamente, Crookes tomó una decisión. Dijo:

—Fíjate en la estatua que hay en el descansillo, Morgan. ¿Podrías tú solo con ella?

El aludido miró la estatua: una mujer con una antorcha, que probablemente representaba la Razón. Era de tamaño natural y se asentaba en un pedestal bastante estrecho.

—Juraría que es de yeso —aventuró Morgan—. ¿Quiere que lo pruebe?

—Quiero que finjas dar un traspie y la eches escaleras abajo.

El agente sonrió.

—Okey.

Los tres hombres se levantaron. Morgan echó a andar el primero, su compañero en medio, el teniente detrás. Este último a pocos pasos de la puerta que le había llamado la atención, se paró a beber agua en un pequeño surtidor adosado a la pared.

De pronto, Morgan, con bien calculados movimientos, perdió pie en mitad de la escalera y proyectó su hombro contra el pedestal de la estatua. La Razón se tambaleó peligrosamente. Un segundo empujón, disimulado tras el intento de buscar donde agarrarse, la precipitó de cabeza al vacío.

En su primer choque con los peldaños, la estatua se partió en tres. En el segundo quedó convertida en un puñado de cascotes de yeso que, como un torrente blanco, descendieron hacia la planta baja produciendo un estrépito más que regular.

Los estudiantes corrieron en tropel hacia el lugar del accidente para ver lo que había pasado. Algunos se echaron a reír a carcajadas. Hubo comentarios a voz en cuello, gritos incongruentes, y todo ello apagó el violento crujido de una puerta que una vigorosa acometida descerrajaba. Los entrenados músculos de Crookes y el segundo agente habían realizado en un instante la obra.

Morgan fue quizá el único que se enteró, porque estaba

aguardándolo. Al pie de la escalera la algazara era ya grande. Tres bedeles se abrían paso a empujones. Algunas manos empezaban a señalar al federal como causante del estropicio.

Sin esperar más, Morgan echó a correr escaleras arriba y se encontró ante la puerta, que estaba abierta y se balanceaba sobre uno de sus goznes. Se metió por ella y la cerró a su espalda con el mayor cuidado posible. Miró en torno.

No vio a su compañero ni a Crookes; pero casi a sus pies se iniciaba una escalera de caracol descendente, y abajo se oyó un ruido sordo.

—Eh, ¿están ahí?

—Ssstt... —le respondieron—. Calla y baja, idiota.

El agente comenzó a bajar. Lo hizo con grandes precauciones, pues la escalera era de madera, y no nueva, y los peldaños emitían frecuentes gruñidos, chasquidos y gemidos. Se arrimó cuanto pudo a la pared. Aun así, como era un hombre pesado, produjo un verdadero concierto de rumores desagradables.

Crookes le aguardaba con expresión burlona.

—Morgan, te mueves con la delicadeza de un hipopótamo borracho. Si ello no va contra tus principios, procura acompañarnos en silencio. Te lo pido por favor.

—Hum —masculló el agente, malhumorado.

Un minuto después comprendían los tres hombres que el silencio y las precauciones eran ya inútiles. Al pie de la escalera, un par de metros por debajo de donde se hallaban, se escuchó el arranque de un potente automóvil; simultáneamente, el inconfundible estruendo de una persiana metálica que se alzaba; luego, el rugido del motor fuertemente acelerado.

Crookes murmuró un juramento y saltó los peldaños que le faltaban. Se encontró al fondo de un garaje, del cual un coche acababa de salir. Frente a él quedaba una furgoneta. Era la misma furgoneta que la mañana anterior entrara en la Universidad, la que había aparecido en la película proyectada ante el capitán Sanders.

Pero no fue aquel vehículo lo único que el teniente reconoció. También había un hombre, que se disponía a subir a la cabina, y el hombre era el gigante velludo de quien Crookes, como Sanders, hubiera jurado que era Benny Wetzel.

El teniente se dejó ver y le dio el alto. El hombre de la cara

prehistórica se volvió rápidamente. En su mano apareció una pistola, que al instante vomitó plomo contra los intrusos. Los federales corrieron desesperadamente en busca de protección. La encontraron tras de unos gruesos pilares que sostenían el techo.

Benny Wetzel no sabía con quién se la jugaba, Hubiera ganado la partida caso de acertar su primeros disparos, pero una vez fallados éstos, no tenía ni una probabilidad a su favor. Crookes y sus dos hombres, parapetados en los pilares, respondieron al fuego. El gigante se guareció instintivamente tras de la débil barrera que le ofrecía la portezuela de la furgoneta. Aunque no cesó de disparar y poseía una puntería formidable, sus enemigos eran tres, eran demasiados. Mientras neutralizaba a uno, los otros dos tiraban impunemente, ¡y cómo tiraban! Jamás un policía federal malgastó en salvas la pólvora.

Una salvaje maldición de Benny indicó que las balas, atravesando la delgada plancha de la carrocería, habían mordido carne. La enorme masa humana se vino a tierra. Pero, en lugar de quedarse allí, inmóvil, como esperaban los agentes, se revolvió en una rápida contorsión y se ocultó detrás de una rueda del vehículo.

Aquel atrincheramiento era ridículamente insuficiente para su volumen. Crookes le metió limpiamente dos balas en el muslo que sobresalía.

Una retahíla de palabrotas resonó en el garaje lleno de ecos. Morgan, entonces, abandonó el refugio del pilar en que se hallaba y corrió hacia otro que pillaba de flanco al pistolero. Agazapado en su nueva posición, disparó a placer. Antes de que Benny pudiera reaccionar le vació un cargador entero en el costado.

Una orgía de estampidos retumbaba en el garaje. Como un monstruo antediluviano herido de muerte, el gigantesco pistolero salió rodando, revolcándose en el suelo lleno de grasa entre horribles espasmos de agonía. Sus palabras se habían convertido en gritos incoherentes, más parecidos al barritar de algún animal inverosímil que a productos de la voz humana. De un modo reflejo, automático, su mano se crispó todavía sobre la culata de la pistola, y los tiros partieron en dirección a Morgan, que había asomado descuidadamente la cabeza para ver el efecto de sus disparos. Las balas no hicieron blanco por centímetros.

Crookes puso fin a aquella escena delirante. El escupitajo mortal

de su pistola le perforó el cráneo a Benny Wetzel.

Morgan se levantó y se sacudió el polvo de los pantalones. Su voz produjo un efecto raro sonando en el silencio que, de pronto, había descendido sobre el garaje:

—Esta fiera tenía siete vidas. Llevaba en el cuerpo tres cargadores y le quedaban aún fuerzas para disparar. Ha estado a punto de dejarme seco cuando ya no era sino un cadáver.

Los tres agentes se reunieron junto al cuerpo. Crookes recargaba su pistola.

—Ha muerto conforme vivió —dijo—. No era un hombre, sino una alimaña peligrosa —hizo una mueca—. Dios me perdone por esto, pero Parker era uno de mis mejores amigos...

Por debajo de la persiana metálica, alzada, aparecieron a la carrera cuatro hombres procedentes de la calle. Los tres policías los encañonaron con sus armas. Los recién llegados hicieron lo propio. Durante una fracción de segundo se hallaron a un tris de asarse a tiros entre ellos.

Una señal de Crookes a sus subordinados lo impidió.

—Pasad sin miedo —dijo a los otros—. Todo ha acabado.

Uno de los cuatro avanzó un paso en la semiobscuridad del garaje y exclamó abruptamente:

—¡Daos presos al

F. B. I.!

—No le echas tanto teatro al asunto, muchacho —replicó, con sarcasmo, el teniente—. Ya no hay nada que hacer. Nosotros os hemos terminado el trabajo sin dar esos gritos de serial radiofónico.

—Oh, cuerno, es usted —el hombre tosió, confuso—. Perdóneme.

—¿Qué ocurre con el coche que salió hace unos minutos? ¡Eso es lo que me interesa!

—Los patrulleros lo siguen, señor.

—Confío en que no pierdan su rastro. Registren la furgoneta, ¡deprisa!

Anticipándose a la orden, Morgan acababa de abrir la caja del vehículo. Llamó:

—¡Eh, vean esto! ¡Un saco que se mueve!

Acudieron todos. No era difícil adivinar que dentro del saco había un hombre. Lo sacaron de la furgoneta entre dos, lo abrieron,

y en el corro formado alrededor de él, salió del saco Dick Roman. Empero, transcurrió un breve intervalo antes de que sus compañeros le reconociesen. Maltrecho, sucio de sangre, con los cabellos revueltos y la ropa hecha trizas, amordazado con tiras de esparadrapo y las muñecas y los tobillos amarrados con varias vueltas de alambre, era una verdadera piltrafa. Sólo sus ojos despedían llamaradas de vitalidad.

Mientras estaban desatándole penetró en el garaje un nuevo grupo de policías. El capitán Sanders iba con ellos. Cuando le dejaron sitio en el corro y vio a su subordinado, rompió a reír. Se echó el sombrero atrás. Dijo:

—¿A qué juega usted ahora, Roman? ¿Ha sido también una mujer quien le ha puesto así?

El

G-man

se acarició la quijada, se frotó vigorosamente las muñecas y, con paso inseguro, comenzó a caminar para desentumecer sus piernas. Trató de dedicarle al capitán una sonrisa.

—Aunque no lo crea —replicó—, directa o indirectamente, ha sido una mujer. Y esta vez no lo lamento.

—Si hubiéramos llegado un poco más tarde, no hubiese tenido ni ocasión de lamentarlo. ¿Qué mujer fue?

Roman miró inquisitivamente a su jefe y preguntó:

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—¡Ella! ¡Arabella Taylor!

Sanders se encogió de hombros.

—Regístreme.

—Pero ¿no la han encontrado aquí?

—No.

El teniente Crookes intervino:

—Un momento. Un coche ha partido cuando nosotros llegábamos. Apuesto a que se han llevado a la muchacha en él.

—¿A dónde ha ido ese coche? —preguntó el capitán.

—Yo sé lo diré —replicó ásperamente Roman—: ¡ese coche conduce a Arabella al matadero!

CAPÍTULO X

El teniente Crookes encendió calmosamente un cigarrillo.

—No desorbitemos las cosas ni nos pongamos melodramáticos. Al coche lo siguen dos patrulleros. Si no lo pierden, no hay nada que temer.

—¿Está seguro?

—Ésas son mis noticias.

Sanders se aproximó al cadáver de Benny, Wetzel, lo tocó con el pie y lo contempló en silencio. Dick Roman le siguió hasta allí. Ambos hombres no cambiaron ningún comentario, sólo una mirada, pero fue suficiente.

—Está bien —dijo el capitán—. Vamos a ver qué noticias se han recibido. Crookes, usted cuidará de que este edificio sea acordonado y registrado minuciosamente. A partir de este momento, nadie puede salir.

—Okey —asintió el teniente.

Sanders tomó del brazo a Roman.

—En marcha. Siempre pensé que era mal negocio correr en pos de las mujeres, y usted acaba de corroborármelo.

—Es usted muy gracioso, capitán —repuso el G-man, con disgusto—. Un humorista de primera fuerza.

Llegaron a la casa de enfrente y subieron al primer piso, donde el

F. B. I.

había instalado su observatorio. Ante la ventana de una de las habitaciones se veía aún la cámara tomavistas que había servido para vigilar a las personas que entraban y salían de la Universidad. Un hombre atendía un aparato receptor-emisor de radio adosado a la pared. En esta misma pared había un gran plano de la ciudad y sus alrededores.

El hombre hablaba en aquel momento por el micrófono:

—Coche Dos —decía—, releve al Uno en la Octava Avenida, a la altura de Remington Cross. El auto pasará dentro de dos minutos aproximadamente.

—Allá vamos —anunció, cavernosamente, un altavoz.

—Coche Uno —añadió el hombre—. ¿Situación?

—Octava Avenida, tres manzanas más abajo de Remington Cross. Todo sin novedad. Los del «Cadillac» no parecen haberse dado cuenta de que los seguimos. Corto.

—Coche Uno. El Dos los relevará en Remington Cross. Continúen por la Sexta Avenida, a la misma marcha, hasta nueva orden.

Roman descubrió sobre una mesa un frasco de *whisky*, soda y vasos. Ignoró la soda. Se sirvió tres dedos de *whisky* puro y lo bebió sin respirar.

Las noticias seguían llegando. Los patrulleros informaban por el altavoz. El radiotelegrafista iba dándoles instrucciones.

—Situación —pidió.

—Estamos atravesando el túnel de Nueva Jersey.

Y luego:

—Tomamos la Ruta 306.

Sanders dijo de pronto:

—Si no son ciegos, esa gente descubrirá tarde o temprano que alguien los sigue. Dos coches son pocos. Ordene que intervengan los retenes de la Ruta 306. Ahora mismo.

El radiotelegrafista obedeció. Su voz movilizó el equipo de falsos automóviles particulares, taxis, camiones, furgonetas, que el F. B. I.

tenía en servicio permanente para organizar una persecución por el sistema de relevos continuos sin que los perseguidos lo advirtieran. Así transcurrieron como veinte minutos.

—El coche se ha metido por un camino lateral y acaba de entrar en una propiedad inmediata a la playa —anunció el perseguidor de turno—. Espero instrucciones.

El radiotelegrafista miró a Sanders.

—Situación exacta —pidió éste.

—Desvío de la Ruta 306 —fue la respuesta—, entre los hitos 98 y 99, dos millas antes del parador de Little Point.

—Enviamos refuerzos —anunció personalmente el capitán—. No

pierdan de vista la casa. Si alguien inatenta salir, deténganle. Intervengan a la menor anormalidad. La vida de una muchacha está en grave peligro.

—Conforme. Corto.

Sanders sacó un pañuelo y se restañó el sudor de la frente. Se volvió a Roman. Le vio con un segundo vaso de *whisky* en la mano.

—¿Qué le pasa a usted?

El

G-man

alzó los hombros.

—Nervios. Si no tiene usted inconveniente, desearía partir hacia allí.

—Iremos juntos —asintió el capitán. Consultó su reloj—. Pero antes, si puede, explíqueme en pocas palabras cómo ha sido que le encontráramos dentro de un saco.

Roman cerró los ojos para reflexionar. Luego hizo un relato que empezaba en el momento en que localizó a Bruno Nazzi y proseguía con la llegada del telegrama de Arabella y todo lo ocurrido a consecuencia de su visita a Groton.

Una sonrisa iluminó el rostro de Sanders cuando fue mencionado el incidente del foco derribado.

—¡De modo que William Sandburg vive! ¡Por supuesto, Roman, claro que sí! ¡Tenía que estar vivo! ¡Era lógico! ¡Ése fue el secreto que le costó la vida a Lou Sexton y ha amenazado la de Arabella Taylor!

—Pero ¿qué relación hubo entre Sandburg y Sexton? Uno era el rector de la Universidad de Pelhamville, y el otro un criminal a quién detuvieron en California. ¿Qué podía unirlos a los dos?

—¿Usted recuerda por qué se condenó a Sexton?

—Un asunto de estupefacientes.

—Exacto. Lou Sexton llegó a California y empezó a trabajar en el negocio. California, como usted sabe, es el mejor mercado del país para la marihuana, y él la vendía a precios de *dumping*, ruinosos para sus competidores, los caídes tradicionales del tráfico. Esto desató una guerra. Algunos elementos que mejor estaban muertos que vivos, cayeron acibillados. Por fin, sus propios competidores le tendieron a Sexton una trampa y la policía de Los Ángeles le cazó. Desde el primer instante se tuvo la impresión de

que él no era sino un hombre de paja, el testaferro de otra persona o de una organización enviado a California para extender un negocio floreciente. Podía proceder de Nueva York, de Chicago o de San Luis, pero Nueva York era el lugar más verosímil, puesto que Sexton había hecho aquí la carrera. Se intentó por una docena de medios distintos hacerle cantar, se le prometió poco menos que el levantamiento de su condena si revelaba la identidad del gran patrón y las características del tinglado que, según toda evidencia, tenía a su espalda. No hubo caso. Lou Sexton no habló. —Sanders sonrió con franca alegría—. El tinglado es lo que ahora se nos está hundiendo entre las manos; en cuanto al gran patrón, o es Sandburg o alguien muy allegado a él y, por supuesto, a la Universidad.

En aquel momento volvió a sonar el altavoz de la radio:

—Atención. Informa Patrulla Doce. Atención.

—Hable.

—Acabamos de averiguar quién es el propietario de la finca que estamos vigilando junto a la playa. Se llama Franklin F. Murphy, de Nueva York. Se encuentra en la finca en estos momentos.

Sanders se precipitó hacia el micrófono.

—¿Ha dicho Murphy?

—Sí.

—¿El senador Murphy?

Hubo una pausa.

—Sí, el senador Murphy, eso es —corroboró la voz, como si en el intervalo lo hubiera consultado con alguien—. Esperamos órdenes.

—No hay variación. Salgo hacia ahí inmediatamente.

—¿Quién es usted?

—Sanders.

—Conforme, capitán.

Roman había apurado su segundo vaso. Sanders le palmeó la espalda.

—¡Ha oído, «Carnicero» Murphy, el famoso filántropo del Bowery, metido en este lodazal! ¡Un senador! ¡El escándalo del año, Roman!

El

G-man

no demostró entusiasmo ninguno.

—Yo me voy.

Salió, y su jefe, indiferente a su estado de ánimo, salió tras él. Juntos descendieron a la calle.

Atravesaron la ciudad en el coche de Sanders, a velocidad suicida, mientras el aullido de la sirena les franqueaba el paso en todos los cruces. La sirena fue desconectada más allá del túnel de Nueva Jersey, pero la velocidad del coche no disminuyó. A todo lo largo del trayecto, el capitán fue dando órdenes por radio. Roman no pudo menos que admirar la claridad y precisión de sus ideas. Como un jefe de Estado mayor, pese a su cara de tendero y su aire vacuo, Sanders montaba pieza a pieza su dispositivo. El

F. B. I.,

desplegaba al conjuro de su voz su terrible poder. Fue prevenida la Policía de Tránsito. Los helicópteros de servicio en la Ruta 306 se mantuvieron alerta. Uno de ellos emprendió el vuelo hacia la finca de Murphy, en misión de exploración.

Al mismo tiempo, Sanders no descuidaba los restantes aspectos del caso. Una escuadra de agentes fue enviada al domicilio del senador en la ciudad, a sus oficinas, a la sede de sus negocios. El patronato de la Universidad y todos sus componentes quedaron inmediatamente bajo estrecha vigilancia. La propia Universidad era sometida en aquellos momentos a un implacable registro, del que llegaban noticias de vez en cuando.

Un coche patrulla de la Policía de Tránsito esperaba en el desvío, entre los hitos 98 y 99.

—La fuerza está a punto, señor —anunció uno de los guardias, cuando el capitán se dio a conocer—. Puede usted continuar aún casi una milla por el camino, que no es visible desde la casa. Luego los encontrará a todos concentrados. Aguardan sus instrucciones.

Una cadena de pequeñas lomas, efectivamente, ocultaba la casa y el mar en el primer tramo del camino. Al pie de aquellas lomas había tal número de vehículos y de hombres que Roman, al descubrirlos, lanzó un gruñido de asombro. Muy arriba, en el cielo, evolucionaba el helicóptero, semejante a una gigantesca libélula.

Sanders volvió a dar órdenes, ahora como un general sobre el campo de batalla. Los hombres debían distribuirse en torno a la casa en un amplio semicírculo cerrado por el mar, sin dejarse ver y sin intervenir si no les daba la señal, que sería un disparo; cualquier

clase de disparo. Cuando el semicírculo se hubiera completado, transmitirían por radio el aviso.

—¿Y entonces? —preguntó Roman.

—Entonces —el capitán se restregó sonriendo las manos— nosotros le haremos una visita de cumplido al senador.

—En el «nosotros», ¿me incluye a mí?

—Soy humano —dijo Sanders. Su tono era burlón, pero hablaba en serio—. Jamás le había visto tan trastornado, Roman. Puesto que esa muchacha significa tanto para usted, ¿cómo voy a impedirle intervenir directamente en su rescate?

—Gracias —murmuró el

G-man.

El aviso de que los extremos del semicírculo de agentes habían llegado al mar tardó más de media hora.

—Adelante —articuló el capitán, apenas lo hubo recibido.

El coche continuó avanzando por el camino. El conductor y otro hombre ocupaban el asiento delantero. Sanders y Roman iban detrás. Cuatro. Ignoraban el número de enemigos que había en la casa. Si se entablaba una lucha, ellos solos, los cuatro, deberían resistir hasta que se les sumaran los refuerzos. Era más que probable que alguno, o acaso todos, cayeran.

Sin decir palabra, Roman se incorporó en el asiento y descolgó la metralleta reglamentaria suspendida sobre el parabrisas. Revisó los mecanismos y el cargador. La dejó montada en posición de disparo, echado el seguro, lista. En aquel momento, muy próxima ya, la casa apareció ante el coche.

Era una construcción de líneas ultramodernas, llena de audacia, levantada en piedra gris. Lo más notable de ella, y quizá lo que mejor revelaba el talento artístico de su arquitecto, era el modo como encajaba perfectamente en el paisaje hasta ser una parte de él. Estaba rodeada de césped, en cuadro, y este cuadro rodeado a su vez de una frondosa masa de árboles y matorrales salpicados de flores. Al fondo contrastaban la arena dorada de la playa y el azul del mar.

El camino de grava abría una brecha en la muralla de vegetación, por la cual pasó sin novedad el coche de los federales.

Un momento después, cuando la casa se hallaba como a cincuenta metros, empezaron a Ocurrir cosas. La primera fue que

sonó el tableteo de una ametralladora, cuya descarga se perdió en el aire.

El conductor pisó el pedal del freno.

—Siga —ordenó ásperamente el capitán.

—Ha sido una advertencia, señor.

—¡Ya lo sé que ha sido una advertencia! ¡Siga!

El hombre obedeció sin otras objeciones, aunque comprendía, y sus tres acompañantes también, que avanzaba al encuentro de la muerte. Lanzó el coche hacia adelante a todo gas. Transcurrió un segundo. Nada. Otro. Otro. La descarga se repitió, y ahora ya no era una advertencia. Los cuatro hombres se agacharon. Las balas destrozaron los cristales, perforaron la carrocería, gimieron y zumbaron como pequeños monstruos sañudos. Un neumático estalló. Perdida la dirección, el auto se salió del camino, dio una serie de tumbos peligrosos y concluyó embarrancando en el césped.

Bajo una implacable lluvia de proyectiles, Sanders abrió la portezuela unos centímetros para examinar el terreno. A pocos metros, éste se elevaba en un ligero terraplén. La casa se hallaba casi al alcance de la mano, pero los tiradores permanecían invisibles.

—Todos afuera —ordenó, serenamente, el capitán—. Traten de parapetarse ahí delante hasta que lleguen los demás. No tardarán mucho.

Dio el ejemplo saliendo del coche, corriendo como un gamo y arrojándose al suelo allí donde se iniciaba la precaria ondulación. Era un refugio miserable, apenas mejor que el interior del auto, pese a que éste se hallaba totalmente batido.

Roman se le unió, seguido del conductor y el otro agente.

—¿Cómo es posible que nos reciban así? —preguntó Dick al capitán—. ¿Qué puede haberlos puesto en guardia?

—¿No se le ocurre?

—No.

—Sin embargo, hay una explicación muy sencilla —dijo Sanders—. Una llamada telefónica desde la Universidad debe haber prevenido al senador. A fin de cuentas, él es el presidente del Patronato, y es lógico que le hayan avisado de lo que allí sucedía antes que a nadie.

—Ugh —gruñó el

G-man.

Su jefe le miró y vio en su rostro una expresión que no le gustó.

—Roman, ¿qué le pasa?

—Nada.

—¿Está seguro de que no le pasa nada?

Roman guardó silencio.

—Tenga paciencia, ¡mil diablos! ¡Esto está a punto de terminar!

Sanders volvió su atención hacia la casa, porque en ella rugían nuevamente las ametralladoras. Como una segadora fantasma, las balas tronchaban el césped al borde mismo del terraplén, amenazando sus cabezas. Los invisibles tiradores se habían situado en las ventanas del piso superior.

De pronto, cuando la granizada era más recia, el capitán vio con asombro que Dick Roman se ponía en pie, abandonaba el parapeto y, encogido, echaba a correr en zigzag hacia la casa.

—¡Roman! —gritó—. ¿Se ha vuelto loco?

El

G-man

no le hizo el menor caso. Durante unos segundos angustiosos, eternos, se halló completamente al descubierto en campo libre. Por alguna especie de milagro lo respetaron las balas. Luego alcanzó la veranda que se abría en aquel lado, saltó a ella, y su metralleta rompió salvajemente a disparar. El chorro de plomo destrozó los ventanales. Roman se precipitó a través del gran boquete.

Sanders sabía que su subordinado acababa de cometer una locura suicida y que imitarle, seguirle, era una locura todavía mayor. Lo sabía de sobra. Era un hombre inteligente, sereno y ecuánime. Siempre lo había sido. Y sin embargo, antes de habérselo propuesto, antes de haberlo pensado, se encontró corriendo hacia la casa sobre los pasos de Roman.

«¿Qué hago aquí? —se dijo al trepar a la veranda—. ¿Qué es lo que quiero? ¿Por qué no he esperado a que llegaran todos?».

No halló respuesta a sus preguntas, ni la buscó tampoco. Saltó a través de la ventana destrozada. Inmediatamente tuvo que luchar, y ya no le preocupó la razón de sus actos ni la razón de nada en el mundo. Sólo entendió vagamente que había hecho aquello, como probablemente lo hizo Roman, por pura necesidad, porque, de no hacerlo, hubiera reventado.

Dick Roman estaba agazapado detrás de un sillón cuya tapicería tenía estampado un enjambre de mariposas. Disparaba. Disparaba su metralleta tiro a tiro, escatimando las municiones. Su objetivo parecía ser la puerta de una habitación situada a su derecha y, en cambio, no prestaba la menor atención a otra puerta situada al fondo, desde donde le hostilizaban tres hombres, quizá porque el grande y pesado sillón le defendía de sus proyectiles.

Aunque a cierta distancia, Sanders se encontró cara a cara con los tres hombres apenas entró allí. No se quedó quieto: saltó de un lado a otro mientras su pistola rugía. Hubo unos instantes de frenético tiroteo. Cuando éste terminó, el capitán estaba ileso, dos de los hombres habían muerto y el tercero se había retirado precavidamente.

—¡Bienvenido a la fiesta! —exclamó Roman, con extraño júbilo—. ¡Jamás en la vida me había alegrado tanto verle!

Sanders, tendido en el suelo, reponía velozmente los cartuchos de la pistola.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué pretende?

—¿Cómo es físicamente el senador Murphy?

—Grueso, cabellos blancos, cara roja.

—Perfectamente. Está en esa habitación, ahí al lado, con un espectro, una muchacha y dos guardaespaldas. Voy a entrar. El resto de la gente se encuentra arriba. Si bajan será demasiado tarde...

—¿Un espectro? ¿Se refiere a William Sandburg?

—Sí. Voy a entrar, Sanders.

Un gran estrépito de disparos llegó del piso superior. Otros disparos respondieron desde fuera. El cerco de agentes se cerraba ya en torno a la casa.

El capitán preguntó aún:

—¿La muchacha es Arabella Taylor?

—Sí.

Sanders asió con fuerza la pistola y respiró hondo.

—Adelante.

Con la cabeza baja, casi en idéntica posición, los dos federales emprendieron la carrera a la vez. Jugaban una baza con todos los triunfos en contra, pero no parecía importarles.

En cuanto cruzaron la puerta de la habitación contigua, el

infierno se desencadenó. Habían estado esperándoles: cuatro hombres armados; y uno de ellos, grueso y carirrojo, utilizaba a Arabella Taylor como escudo. Las armas de los cuatro confundieron su voz en un solo estampido.

Pero no era fácil cazar a Roman ni al capitán. Entrenados durante años para luchas de aquella índole, ambos sabían ya por una especie de instinto cómo comportarse. Se habían convertido en torbellinos. Giraban, saltaban, disparaban y sobre todo, acometían con el ímpetu y la furia desconcertantes, paralizantes, de un león en celo. No parecían dos hombres, sino diez.

Sanders le destrozó de dos balazos la cara a uno de los guardaespaldas del senador. Roman le metió al otro un chorro de proyectiles en el vientre y, enseguida, temblando de furor, arremetió contra Murphy. Éste empujó a Arabella ante sí, disparó tres veces en rapidísima sucesión y falló las tres. La cuarta, el percutor de su pistola golpeó en vacío. El cargador se había agotado.

Semejó entonces que el gordo fuera a morir de miedo. Lanzó un chillido increíble y se dejó caer de rodillas.

—¡Por su madre! —aulló—. ¡Por su madre!

Roman no sintió la menor compasión. Enderezó la metralleta.

—¡No!

Era Arabella quien había gritado. El

G-man

encontró sus ojos, sus encantados y bellos ojos. Tuvo conciencia de que no podía matar a un hombre desarmado e implorante, en presencia de la mujer que amaba.

En la habitación se había hecho el silencio. El

G-man

se volvió. A Sanders no le había detenido nadie: un hombre flaco y largo, de cabellos de color gris sucio y cara surcada de profundas arrugas, agonizaba en el suelo con un espeluznante estertor. Era el mismo hombre a quién Roman había entrevisto iluminado por un reflector tambaleante; el hombre a quién Arabella llamó Sandburg... ¡un hombre que moría por segunda vez!

La muchacha lanzó un desgarrado sollozo. Eludiendo a Murphy, el

G-man

fue hacia ella, la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí. Sintió que sus dedos se crispaban aferrados a su chaqueta.

—Llore —dijo él—. Es bueno llorar cuando ha acabado todo.

Sanders, que jadeaba, se aproximó al senador.

—Cerdo —articuló—, cerdo indecente, ¡hipócrita asqueroso! ¿Qué es lo que te asusta tanto, Murphy? ¿Correr la misma suerte que tus víctimas, quizá?

El gordo balbució:

—¡Por su madre!

—¿Pensaste tú en la madre de Sexton, en la Doris Lane, en la del teniente Parker, en la de Bruno Nazzi, en las de tantos y tantos muchachos cómo has podrido con tus malditas drogas?

—¡No me haga daño! —gimió el senador.

Sanders le descargó una tremenda bofetada.

—¿De dónde sacaste a Sandburg? ¡Confiesa! ¿Cómo fue que te uniste a él? ¿Cómo, cuándo, dónde?

—¡No me pegue!

—¡Confiesa!

—Nos co... conocimos cuando él era rector de la Universidad Hopkins —babeó Murphy—. Los dos com... comprábamos la hierba... en México... a los mismos explotadores... Sandburg había montado a través de la Universidad una organización excelente, y las autoridades de Pelhamville le respaldaban; pero el fiscal Taylor abrió una investigación, y hubo que eliminarle, y la posición de Sandburg se hizo insegura. Había ido demasiado lejos. Sus protectores, asustados, empezaban a fallarle. Entonces lo dejó todo, incluso la enseñanza, y se puso en contacto conmigo. Nuestro... nuestro mercado... era muy semejante. Nos asociamos en secreto. Sandburg, para eliminar cualquier sospecha, cualquier posible relación con sus actividades en Pelhamville, fingió su muerte y cambió de nombre, de residencia, de todo. Fue una idea genial. Empezamos a trabajar en la Universidad de Ciencias Sociales. Desde aquel momento... él ha dirigido el negocio...

Sanders sintió asco. Aquel repugnante gordinflón que lloriqueaba escupiendo chorros de saliva había sido un hombre en quien los ciudadanos del Bowery depositaron su confianza, un supuesto filántropo que ostentaba una representación en el Senado y nada menos que la presidencia del patronato de una Universidad,

jen cuyas aulas se iniciaba deliberadamente a la juventud en el uso de la más devastadora de las drogas!

—¿Vosotros enviasteis a Lou Sexton a California para extender allí el comercio de marihuana?

—Sí... fue un experimento... que no resultó.

—¿Vosotros le sacasteis de la penitenciaría de Folsom Hill?

—Sí. Sexton estaba a punto de confesar.

—¿Sabes que por todo eso irás a la silla eléctrica, Murphy?

El senador se cubrió el rostro con las manos.

Los agentes estaban asaltando la casa. Rugían en el vestíbulo las metralletas. Se oía el raro *chop* con que estallaban las granadas de gases lacrimógenos.

Sanders comprendió que era preciso salir rápidamente de allí.

Se volvió a Roman para indicárselo.

Pero no se lo indicó. El momento no le pareció oportuno. Uniendo sus labios a los de Arabella Taylor, Dick Roman estaba dando el primer paso que conduce al matrimonio. Como todo el mundo sabe, cuando se da ese paso, si se da bien, a uno le importan un pimiento las granadas de gases lacrimógenos y las descargas de metralleta.

El capitán, sonriendo en silencio, se inclinó para esposar a Murphy. Mientras lo hacía calculó mentalmente cómo se las ingeniaría para incluir en el presupuesto del mes el importe de un regalo de boda...

FIN



Tino chasqueó la lengua complacido al notar la proximidad de la despampanante rubia. La sujetó por los brazos y entonces descubrió el color de sus ojos...

¡Aquellos ojos verdes de mirada magnética y fija, le recordaron con exactitud el lio en que estaba metido!

MICKY ROBBETS

con su habilidad característica desarrolla una trama de intriga apasionante bajo el título

La rubia de los gatos

¡Un caso difícil de resolver cuya pista de partida estaba representada por un suave felino de Angora!

LA RUBIA DE LOS GATOS

¡Una novela que atraerá su atención desde la primera página!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará la próxima semana

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"

479. — Peter Debry
HOMBRES MARCADOS

COL. "SERVICIO SECRETO"

343. — Mark Halloran
MUERTE PARA DOS

COLECCION "BUFFALO"

176. — Clark Carrados
AGUAS TURBULENTAS

COLEC. "Salvaje TRIAS"

44. — M. L. Estefanía
"CACTUS". JON

COLECCION "CALIFORNIA"

28. — M. L. Estefanía
EL MENSAJE DEL "COLT"

COLECCION "PIMPINELA"

533. — Matilde Redón Chi-
rona
EL ULTIMO BLASON

COLEC "MADREPERLA"

434. — Jesús Navarro
MIENTRAS ALIENTE MI
VIDA

COLECCION "ROSAURA"

273. — Trini de Fiqueroa
NO SOY UNA PECADORA

COLECCION "AMAPOLA"

245. — María Teresa Sesé
UNA MUCHACHA CO-
RRIENTE

COLECCION "ALONDRA"

217. — María Morgan
EL PATIO DE LOS AMORES

COLECCION "OANELIA"

159. — María Adela Durango
TREINTA MINUTOS
DE ESPERA

COLECCION "ORQUIDEA"

128. — Agatha Mor
AGRADABLE SOLTERON

COLECCION "CORAL"

7. — Corina Tellado
UNA MUJER PELIGROSA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2. Barcelona • Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

¡VIVA NUESTRA SU VIDA, PERO VIVALA BIEN!

Es éste un consejo que en múltiples ocasiones le habrán dado y que seguramente habrá intentado seguir; tropezando con múltiples dificultades

Nosotros le brindamos la ocasión de ponerlo en práctica, ofreciéndole un volumen de inapreciable valor:

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

¡Alegria, felicidad y optimismo serán sus constantes compañeros durante el resto de su vida!

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

El libro de mayor venta en Estados Unidos durante 89 semanas consecutivas!

Precio 55 pts.

Una exclusiva para España e Hispano América de:

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡EL BEST-SELLER DEL AÑO!

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

que durante 48 semanas ha figurado entre las novelas de más venta en los Estados Unidos

Ha sido llevado a la pantalla con un reparto de excepción, entre el que figuran: Jennifer Jones, Marisa Pavan, Gregory Peck y Frederick March

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

la famosísima obra de

SLOAN WILSON

será publicada próximamente en exclusiva para España e Hispanoamérica, por

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Considerada como una de las diez
obras maestras de la Literatura
Universal

LA GUERRA Y LA PAZ

que surgió en el siglo pasado de
la pluma inmortal de

LEON TOLSTOI

ha dado lugar a la película más
ambiciosa del siglo presente, con
un reparto impresionante

LA GUERRA Y LA PAZ

¡Un prodigioso retrato de la so-
ciedad rusa de los tiempos zaristas!
¡El más dramático episodio de la
epopeya napoleónica!

Aparecerá próximamente en la
Colección

JOYAS LITERARIAS

EDITORIAL BRUGUEA, S. A.

¿Coleciona los apasionantes episodios de la serie

EL CAPITAN TRUENO?

Semanalmente le ofrece



COLECCION DAN

un nuevo cuaderno de tan popular personaje, en el que se unen las aventuras más apasionantes y una continua acción

EL CAPITAN TRUENO

es el héroe preferido por mayores y pequeños

Adquiera esta semana

¡LA MUERTE ACECHA!

¡Un título emocionante como todos los que componen esta serie!

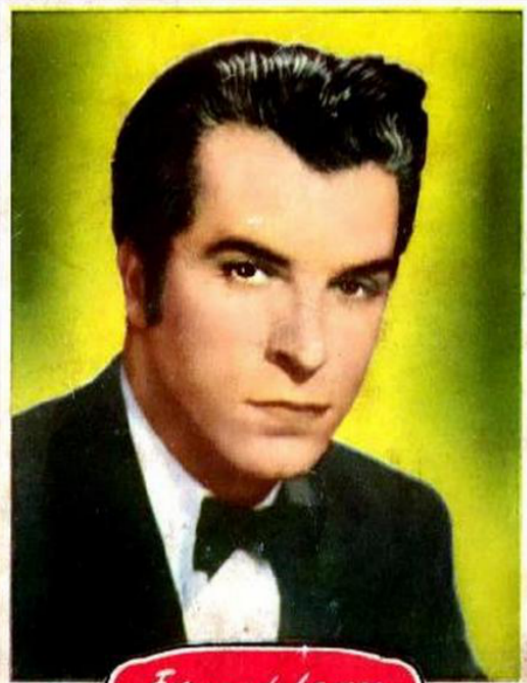
Precio de venta: 1'25 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Fernando Lamas

N.º 427 Este famoso actor y cantante argentino, es actualmente marido de Arlene Dahl y triunfa en Hollywood a través de "La mansión de Sangaree", "Rose Marie", "La viuda alegre", etc. Foto PARAMOUNT



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 pts. — Precio en Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4

